ATRAPADA
EN SU
JUEGO
EMMA WAGNER
MIAMI
FLAMES

Miami Flames

Atrapada en su juego

Emma Wagner

Bienvenidos a los Miami Flames, donde cada lanzamiento es un tiro directo al corazón.

Riley tiene una regla clara: nunca, pero nunca, saldría con un jugador de baloncesto profesional. Y no es porque sea amargada, simplemente odia todo lo que tenga que ver con ese deporte. Pero, cuando la única forma de demostrarle a su sobreprotector papá que no puede controlar su vida es enfrentándose al jugador más guapo y arrogante del equipo, las cosas se ponen interesantes. Colter Williams tiene fama de mujeriego, y aunque con sus ojos verdes y su sonrisa letal podría conseguir a cualquier chica, Riley tiene claro que no piensa ser una más en su lista… ¿o sí?

Colter vive por el baloncesto. Es su pasión, su escape, su vida. Y, bueno, realmente no le molesta que ese mundo venga incluido con un montón de chicas dispuestas a pasar el rato. Para él, las

relaciones solo tienen un significado: diversión rápida y sin ataduras.
Pero entonces aparece Riley. Solo basto una noche juntos y, de repente, todo lo que Colter creía tener bajo control empieza a desmoronarse. Porque, por más que lo intenta, no puede quitársela de la cabeza, aunque ella parezca decidida a ignorarlo.

Claro que hay un pequeño inconveniente: su entrenador no es cualquier entrenador, es el papá de Riley. Y ha dejado muy claro que su hija está completamente fuera de los límites. Romper esa regla podría costarle algo más que su carrera… tal vez incluso su corazón

Capítulo 1
Colter

Me despierto con la sensación de que Martin Garrix decidió dar un concierto privado en mi habitación.

—¿Qué demonios...? —murmuro, con la cara aún enterrada en la almohada. Tanteo con una mano sobre la mesita de noche buscando mi celular, mientras trato de recordar por qué me pareció buena idea elegir "Animals" como tono de notificación.

Con los ojos apenas abiertos, alcanzo a ver el nombre en la pantalla: Holden. Resoplo. Ignorar la llamada de mi agente es tentador, pero Holden es más insistente que un vendedor de telemarketing, así que mejor termino con esto rápido.

—¿Qué pasa? —murmuro, todavía con la voz áspera, mientras intento procesar el desastre a mi alrededor. Junto a mí, en la cama, hay una mujer dormida y, como es de esperarse, no tengo idea de su nombre. Clásico momento Colter. Ahora entiendo por qué mi cuerpo siente que apenas durmió.

—¿Te acuerdas del fin de semana? —la voz de Holden retumba en mi cabeza como el anuncio de una oferta que no pedí.

—Ni siquiera recuerdo que pasó anoche. ¿Por qué?

—Porque, si no logro controlarlo, estás a punto de volverte viral en TikTok y no de forma positiva. Hay un video que probablemente va a reventar las redes.

Parpadeo un par de veces, confundido. Mantengo la llamada y reviso la notificación que Holden acaba de enviarme. Le doy clic al enlace y ahí estoy yo, rodeado de cinco mujeres... más o menos vestidas. Fantástico. No tengo ni idea de quién grabó esto, pero es obvio por qué está circulando: ganar likes y dinero fácil.

—La luz en el video es horrible. Parezco un filtro mal aplicado.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —grita Holden como si le estuviera insultando personalmente.

—Créeme, no quieres escuchar lo demás.

—¡Colter! ¡Por Dios! —exclama, claramente perdiendo la paciencia—. ¿Qué tan difícil es mantenerte fuera de problemas? ¿Sabes que esto no solo afecta tu imagen, sino también la del equipo?

—¿Siempre hablas como si fueras una cuenta motivacional en Instagram?

—No, pero seguro fui alguien horrible en otra vida y ahora estoy pagando el karma, porque te tengo a ti como cliente.

—Aw, yo también te quiero, Holden. Contestando a tu pregunta, simplemente me estoy comportando como alguien quién no le importa la opinión de los demás.
—Exactamente. ¡Como un bastardo arrogante! Pero aquí hay un pequeño problema, novato: estás en Miami. ¿Cómo esperas ganarte a los fans de los Miami Flames con esa actitud?
—No tengo por qué hacerlo.
—¡Oh, claro que sí! Eres parte del equipo. La forma en que el público te ve refleja cómo ven a

los Flames. Y, en caso de que no lo hayas notado, no les caes bien.
—Tampoco tú me caes bien en este momento.
—No necesitas que te caiga bien. ¡Lo que necesitas es que alguien te patee el trasero! ¡Así que levántate de una vez!

Pongo los ojos en blanco, pero termino haciendo lo que dice.

—Deberías trabajar como sustituto del café a estas horas de la mañana.
—¡Es la hora de comer!

Camino hacia la ventana y descorro las pesadas cortinas. Gran error. La luz brillante de Miami me golpea como agujas directamente en el cerebro. Me apresuro a cerrar las cortinas de nuevo, tambaleándome como si acabara de sobrevivir a una explosión nuclear.

—Okay, puede que tengas razón. ¿Y bien?
—¿¿Y bien?? ¡Esto sigue tratándose sobre tu imagen! Y déjame decirte algo: salir en fotos con cinco mujeres semidesnudas no es exactamente el mejor truco para mejorarla. Sin una buena imagen, olvídate de los contratos publicitarios.

Recojo mis calzoncillos de la silla donde dejé tiradas mis cosas la noche anterior y me los pongo.

—Aunque no lo creas, esta vez no fue mi culpa.
—No te creo.
—Lo digo enserio.
—Dime algo, ¿acaso no hay una mujer desnuda en tu cama ahora mismo? —pregunta con un tono desafiante.
—No —respondo con toda la honestidad del mundo. Técnicamente, es cierto: ahora estoy en la ventana.

Me quito el celular de la oreja un segundo para ponerme la camisa. Claro, el destino siempre tiene que jugar en mi contra. La mujer en mi cama murmura algo y se cubre con la almohada antes de quedarse dormida otra vez.

—¡Te atrapé! —grita Holden triunfante.

Suspiro con resignación mientras me pongo los jeans y me abrocho el cinturón.

—Colter, escucha, tenemos que ponernos serios con esto de las fotos con las cinco chicas desnudas…
—Dos.
—¿Qué?
—Sólo dos estaban desnudas. Las otras llevaban tangas.
—¡Colter!
—Estoy siendo preciso. Pensé que eso ayudaría.
—¡No lo estás tomando en serio para nada!
—Obvio que no. Todavía no entiendo por qué a todos les importa tanto con quién me acuesto. Esto debería ser asunto mío y de las mujeres en cuestión, ¿no crees?

Hay un breve silencio en la línea. Luego, la voz de Holden suena más grave, como si estuviera apretando los dientes.

—¿De verdad te acostaste con las cinco?

Sonrío para mis adentros. Me divierte verlo tan molesto, así que decido no darle una respuesta directa.

—Pensé que querías que me ahorrara los detalles.

Holden respira profundo, como si tratara de no explotar.

—¡Dios, Colter! Me debes un favor gigante después de este desastre. Y ya sé qué favor será.

De repente, un mal presentimiento me revuelve el estómago.

—No me gusta ese tono. Eso nunca significa nada bueno para mí.
—Al contrario, este es un plan genial. Mira, eres increíble en el baloncesto, pero no eres exactamente la persona más querida fuera de la cancha. Y los mejores contratos son para los jugadores que caen bien. Así que, dime, ¿qué te falta?
—¿Una sonrisa permanente? Lo siento, no es lo mío.
—No, lo que falta es que la gente vea a Colter Williams, el humano. Quieren conocer tu vida, tus cosas personales…

—Aquí termina esta conversación. Que tengas un buen día.

—¡Colter, espera! Eres más reservado que un tarro de mermelada recién cerrado.
—¿Sabes qué palabras componen “vida privada”?
—Sí, pero esa misma reserva es lo que te está haciendo ver como un egocéntrico inalcanzable.
—Estoy bien con eso. Me preocupa más tu obsesión con hacer mermeladas.
—Necesito algo para calmarme después de lidiar contigo. Pero, en serio, escuché que hay más videos, y son aún peores. Dime que no tomaste drogas.

Su comentario me enciende como pocas cosas pueden hacerlo. Mi infancia estuvo rodeada de los horrores que las drogas pueden causar, y siempre agradezco que el deporte me alejara de ese camino.

—¡Sabes perfectamente que no fumo ni tomo durante la temporada! —le espeto, molesto.
—Okay, okay, tranquilo. Sólo tenía que confirmarlo. Pero igual, tienes que trabajar en tu imagen. Y sí o sí, eso significa ser más accesible para los fans. Y una entrevista es justo lo que necesitas.

—¿¡Qué!?

Holden suspira, como si le hablara a un niño terco.

—Es el trato. Ellos renuncian al derecho de publicar los videos en redes si apareces en su programa.

—Primero, eso es chantaje. Y segundo, ¡no pienso hacerlo! No quiero que hagan preguntas sobre mi familia. Ya tuve suficiente con el artículo del Times, y ese ni siquiera fue precisamente sobre lo que importa: mi desempeño en la cancha.

—Ese artículo era increíble. A la gente le encantan las historias de "de la nada al éxito". Y tú encajas perfecto en ese perfil.

—¿Ah, sí? ¿Se supone que debo estar agradecido porque antes no podía pagarme ni una hamburguesa diaria?

—Exactamente. ¡Porque ahora puedes aprovechar la situación! Hasta hace un año, nadie sabía

quién eras fuera del mundo del baloncesto. Y mírate ahora, siendo fichado por los Miami Flames con un contrato récord. Es más, el artículo del Times no se centró en tus actividades sexuales como hicieron otros medios.

—"Actividades sexuales" —repito divertido—. Eso diré en la entrevista: “Discutamos mis actividades sexuales”.

Holden jadea al otro lado de la línea.

—Quizá podamos negociar algo grabado en vez de en vivo…

Sonrío para mis adentros.

—Bueno, veamos si eres tan buen negociador como dices. Tengo que irme.

Cuelgo y salgo de la habitación antes de que empiece el drama habitual con la mujer que sigue durmiendo.

Por supuesto, le dejé bastante claro que esto era solo una noche, sin segundas ocasiones ni nada que se pareciera remotamente a una relación. Pero la experiencia me ha enseñado algo: las mujeres parecen tener un extraño filtro en los oídos. Toman mis palabras y las transforman en lo que ellas quieren escuchar. No es mi problema que la mayoría crea que deberían recibir un anillo solo porque tienen las uñas perfectamente cuidadas.

Mujeres disponibles hay a montones. La mayoría son iguales: intercambiables, sin aristas, ni profundidad. Ni siquiera algo que pueda mantenerme interesado más de una noche.

Y no, no soy tan ingenuo ni tan egocéntrico como para pensar que realmente les interesa quién soy como persona. Es obvio que se sienten atraídas por mi dinero y mi fama. Claro, tengo un cuerpo bien tonificado (lo sé, entreno duro todos los días), pero aquí en Miami, especialmente en lugares como Muscle Beach, no soy el único tipo con músculos.

No, lo que realmente las hace perder la cabeza es mi nombre, mi dinero, mi fama, o todo lo anterior. Pero si ese es el precio del éxito, puedo vivir con ello.

Mientras me inclino para atarme las zapatillas, el reflejo en el espejo atrapa mi atención. El tatuaje en mi pecho brilla bajo la camisa, y casi sin darme cuenta, mi mano lo roza. Mi mente, como siempre, se desvía hacia Emily.

Dejo escapar un suspiro, enderezándome de nuevo. Normalmente, puedo manejarlo.

Aunque, de vez en cuando, me pregunto cómo sería si una mujer realmente me viera a mí, a Colter Williams, y no solo a la estrella del baloncesto. Si pudiera tener a alguien que fuera mi compañera, con quien pudiera compartir tanto los buenos como los malos momentos. Pero sé que esa persona no existe.

Sacudo la cabeza, apartando esos pensamientos inútiles. No hay lugar para distracciones en mi vida, especialmente en el deporte profesional. Aquí, si no estás totalmente concentrado, quedas fuera del juego más rápido de lo que puedes reaccionar.

Así que no me sirve de nada pensar en mujeres que ocupen mi mente por más de unas pocas horas.

Capítulo 2

Riley

—Vamos, Riley, puedes volver manejando después de pasar el fin de semana en casa de tu papá. Pero si decides quedarte, te perderás toda la diversión de estas vacaciones con nosotras —dice Amber desde el sistema de manos libres de mi viejo Ford, con un tomo lleno de entusiasmo.

—Lo sé —respondo con un suspiro profundo, mis dedos tamborilean contra el volante mientras conduzco hacia el aeropuerto desde el lado oeste de Miami.

—Imagínalo por un segundo: arena caliente entre los dedos, el sonido del mar, fiestas con chicos lindos y bebidas increíbles. Y ni hablar de un chapuzón en el océano para refrescarte.

—Pero sabes que Miami también tiene playa, ¿verdad? Y que aquí el culto al cuerpo es como una religión —bromeo, intentando no sonar tan pesada como me siento por dentro.

—¡Ay, perdón! Se me olvidó por completo que vives ahí —se ríe Amber, claramente sin intenciones de ofenderme.

—No pasa nada, aún estás aprendiendo. —Mi mirada se enfoca en las señales de tráfico, asegurándome de no tomar la salida equivocada mientras ella sigue hablando.

Amber es de esas chicas que tienen una visión idealizada de Miami porque viene del lejano Alabama. Para ella, sol, playa y chicos bronceados suenan como un sueño, pero para mí, que he crecido aquí, es otra historia. Aquí la playa no es solo un lugar para relajarse, sino un escaparate donde la gente viene a presumir. Es como si las apariencias lo fueran todo, y yo siempre he odiado ese lado superficial.

—Entonces, ¿por qué estamos intentando convencerte de que vengas con nosotras? —pregunta Amber de repente, con un tono divertido.

—Porque aquí, aunque tengamos todo eso, diversión no es lo primero que se me viene a la mente. Y, bueno, también tengo que lidiar con mi papá.

—¿Es tan malo pasar tiempo con él?

—No. Pero llamarlo "sobreprotector" es quedarse corto. Es como comparar un charco con los Everglades. Quiero decir, estoy en mi segundo año en la universidad, pero él sigue actuando como si tuviera diez años. Me encantaría que entendiera que ya puedo cuidar de mí misma, pero no, si estuviera en sus posibilidades me tendría encerrada bajo llave, poniéndome un toque de queda a partir de las ocho o me encadenaría a su muñeca para vigilarme en todo momento.

—Sí, tienes razón, eso no suena divertido.

—Créeme, no lo es.

Tomo la salida hacia una parte menos glamorosa de la ciudad, donde los almacenes y las empresas de logística dominan el paisaje. Por desgracia, esta parte de la ciudad no tiene nada en común con la animada, colorida y vibrante Ocean Drive, con sus carteles de neón y edificios art decó, que todo el mundo tiene en mente cuando habla de Miami.

—Sinceramente, Amber, cada vez que estoy aquí, siento como si estuviera atrapada en mi peor

pesadilla adolescente.

—¿Entonces por qué no pasas las vacaciones de primavera con nosotras?

Hago una mueca de disgusto.

—Créeme, me encantaría. Incluso si no fueras a Pensacola, iría contigo a la gasolinera más cercana. Cualquier cosa sería mejor que pasar las vacaciones con mi padre, pero él insiste.

—¿Y eso por qué? ¿No puedes negociar al menos una excepción por ser vacaciones?

Suelto una risa seca.

—No, Amber. De hecho, creo que las vacaciones de primavera son la razón principal por la que mi papá inventó esta regla. Estoy segura de que en su cabeza cree que paso los días emborrachándome, bailando desnuda bajo la luna y acostándome con surfistas bronceados.

—¡Por Dios, Riley! Eso es exactamente lo que planeo hacer.

No puedo evitar reírme.

—Entonces diviértete y luego me cuentas cómo te fue.

—Lo haré, pero sería mucho mejor si tú también te animaras a venir con nosotras.

—Créeme, yo también lo creo. Pero no puedo negarle esto a mi papá.

—¿Por qué?

Resoplo, sintiéndome un poco frustrada.

—Bueno, para empezar, porque mañana es su cumpleaños. Y, en segundo lugar, porque, aunque a veces me saque de quicio, no quiero lastimarlo innecesariamente. Y no es que no lo quiera, pero me sofoca con tantas reglas, como si todavía tuviera dos años y no veintiuno.

—¿Y si no sigues sus reglas qué? ¿Te dejaría sin dinero?

—Eso sería lo de menos. Podría aceptar más trabajos de medio tiempo para mantenerme. Pero es mucho peor que eso.

—¿Peor? ¿Qué podría hacerte? ¿Secuestrarte y arrastrarte de vuelta a casa?

—Peor. —Suspiro, recordando lo que pasó la última vez.

Amber guarda silencio, esperando que continúe, así que lo hago.

—La última vez que me negué a volver para unas vacaciones, vino a visitarme. Y se instaló en el sofá de nuestro departamento.

—¿Eso qué tiene de malo? Siempre hay alguien durmiendo en el sofá de un departamento compartido.

—Sí, pero no suele levantarnos a todos a las cinco de la mañana ni darnos órdenes todo el día como si estuviéramos en un entrenamiento militar.

—Okay, empiezo a ver el problema.

—Sí, pregúntaselo a los demás. Se ponen pálidos solo con escuchar el nombre de mi papá. Jake, en especial, probablemente tiene un trauma real.

—¿Jake? Pero si es madrugador, ¿qué tan malo pudo haber sido para él?

—Levantarse temprano no fue el problema, claro. El problema fue que mi papá lo sermoneó por seguir estudiando a los veintiocho años y vivir del dinero de sus papás.

—Eso no suena tan diferente de lo que nosotras le decimos a Jake.

—La única diferencia es que Jake estaba tratando de pasar un buen rato con alguien.

—Ah.

El silencio que sigue me deja claro que Amber está tratando de imaginarse la escena. Pero nada en su cabeza podrá acercarse a lo que realmente pasó esa noche. Jake había llegado a casa después de una fiesta, todo emocionado y besuqueándose con alguien en el camino a su cuarto. Y ahí estaba mi papá, sentado en el sofá como un policía esperando atrapar a un ladrón.

Y como si eso no fuera lo suficientemente vergonzoso, no pude parar de reírme cuando salí somnolienta de mi habitación ante los gritos sobresaltados de Jake, quién estaba parado en medio del pasillo, sin pantalones y tratando desesperadamente de cubrirse con un calendario de pared. Mientras tanto, mi papá le daba un sermón interminable, y la pobre chica recogía sus cosas y huía como si hubiera visto un fantasma.

—¿Por eso Jake se aseguró varias veces de que realmente vas con tu papá? —pregunta Amber entre risas—. ¿Para evitar que aparezca de nuevo?

—Es lo más probable. En aquel entonces, mi papá volvió locos a todos en el departamento. Tanto, que mis compañeros me amenazaron con echarme si no me iba con él de vacaciones. Y, obviamente, si eso pasaba, todo el mundo se habría enterado, y jamás hubiera encontrado otro lugar para vivir. ¿Quién quiere vivir sola?

—¿Tanto así?

—Te lo juro. Mi papá puede lavarle la cabeza a cualquiera. No mide ni un metro cincuenta, pero he visto a tipos que le sacan el doble de tamaño salir llorando después de hablar con él.

—¿El doble de tamaño? Ahora estás exagerando.

—Bueno, tal vez solo un poco. Pero recuerda que en el baloncesto profesional, debes tener una altura de al menos 1.80 metros, que es lo mínimo. Y los más altos, los de dos metros, son los que llaman pívots por algo.

—Oh, cierto. Tu papá es entrenador, ¿no?

Precisamente por eso me encanta Amber. No solo es increíblemente cariñosa, sino que no sabe nada de baloncesto y no tiene el menor interés en aprender. Cuando nos conocimos, el nombre de mi papá no significaba nada para ella, y nunca ha sido un tema de conversación entre nosotras. Ser su amiga es un alivio en muchos sentidos.

—Pero incluso los jugadores más grandes se achican cuando mi papá habla con ellos —añado, riendo.

—Para ser honesta, ahora yo también estoy un poco asustada.

—No te preocupes —respondo entre risas—. Por eso estoy en Miami, para evitar que mi papá vuelva a Tallahassee a interferir en la vida de mis roomies como si fueran parte de su equipo.

—Bueno, en ese caso, ¡espero que te diviertas mucho y te quedes allá todo el tiempo posible!

Hago una mueca al escuchar eso.

—Amber, me debes una muy grande.

—Te compraré tu chocolate favorito y… espera un momento. ¿Acaso no hay suficientes jugadores de baloncesto guapos por ahí como para que, al menos, endulcen tus vacaciones?

—Primero: sí, hay muchos, créeme. Segundo: si hay una regla en la que mi papá insiste más que ninguna otra, es no salir jamás con un jugador de baloncesto.

—¿Y tú sigues esa regla?

—Sí, ni siquiera es difícil para mí. El baloncesto es una de las cosas que más odio en esta vida. Es lo que pasa cuando vives con un papá obsesionado con ese deporte. Pero, incluso si no fuera por eso, nunca saldría con un atleta profesional.

—¿Por qué no?

—Porque esos tipos son arrogantes, pretenciosos, egocéntricos y egoístas. Ven a las mujeres como juguetes desechables que cambian cinco veces por semana.

—¿Pero tu ex no era jugador de hockey?

—¿Y por qué crees que pienso todo esto?

—Oh, mierda. Lo siento.

—No pasa nada. Ya lo superé. Ha pasado un año.

—Bueno, entonces nada debería interponerse en tu camino para disfrutar tus vacaciones.

—No soy de encuentros casuales. Soy una persona de relaciones.

—Eres demasiado mojigata —responde Amber, riendo—. Una cosa no tiene que ver con la otra, Riley. Yo también quiero al hombre de mis sueños, pero mientras lo encuentro, no veo por qué no puedo divertirme.

—Es una forma de verlo, desde luego. —Doblo en la curva que lleva a mi destino y miro a mi alrededor con sentimientos encontrados.

Aunque estamos en pleno febrero y hace unos cómodos veinticinco grados, con un cielo azul perfecto, esta parte de la ciudad no tiene nada que ver con la imagen vibrante de Miami. Aquí no hay boutiques, ni restaurantes ni clubes elegantes. Solo veo paseadores de perros y empleados de empresas cercanas que aprovechan la hora del almuerzo para hacer ejercicio, algo que jamás entenderé. Yo apenas me arrastro de la cama para hacer aeróbicos si es absolutamente necesario, sobre todo después de días festivos llenos de comida chatarra y chocolate.

—Aun así, tal vez deberías mostrarle a tu papá tu identificación. —Amber retoma la conversación—. Quizá eso le haga darse cuenta de que ya eres capaz de amarrarte los cordones sola.

—Podría… aunque… —Me detengo de golpe, algo en lo que dijo hace que entre en pánico—. Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—No estoy segura de haber guardado la identificación. No puedo entrar al recinto sin ella.

Sin apartar los ojos de la carretera, meto la mano en mi bolso que está en el asiento del copiloto, revolviendo entre todo tipo de cosas inútiles: un labial, recibos arrugados, pero no la identificación plastificada con su clip y banda magnética.

—No está en mi bolso.

—¿Tal vez se cayó entre el asiento y la puerta? Siempre dejas la bolsa abierta.

—Sí, podría ser. O tal vez esté en la maleta.

No recuerdo haberla puesto ahí, pero últimamente he metido tantas cosas sin pensarlo que todo es posible. Inclino un poco el cuello para buscar mejor, aunque sé que no resolveré nada solo mirando.

—Quizá pueda conseguir una nueva antes de que mi papá se entere. Ernie me conoce.

—¿Ernie?

—Bueno, Ernest. El guardia de seguridad en la entrada del centro de entrenamiento.

Incluso mientras digo esto, noto que la caseta donde Ernie usualmente se sienta a leer revistas o divagar en su celular está completamente vacía. Por suerte para mí, hoy está enfermo y no de ronda.

Con un suspiro, me estaciono cerca de una pequeña área verde rodeada de palmeras y apago el auto. Me detengo a la sombra de los árboles y vuelvo a buscar frenéticamente en mi bolso, pero no hay rastro de la dichosa identificación. Recojo mi cabello, me inclino sobre el asiento del copiloto para buscar entre el espacio y la puerta, pero tampoco hay nada ahí.

De repente, noto un movimiento por el rabillo del ojo y levanto la vista.

Un hombre camina tranquilamente bajo las palmeras, con un celular pegado a la oreja. Lleva un atuendo de entrenamiento: pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Probablemente es uno de esos locos que aprovechan cualquier momento para hacer ejercicio. Pero ahora no corre, está de pie, hablando, y tiene la espalda hacia mí.

Su piel tiene un tono caramelo perfecto, y su cabello oscuro, ligeramente rizado, le cae sobre la frente, aunque él no para de pasarse la mano por él con un gesto impaciente.

—No… puede… ser —murmuro, quitándome el flequillo de la cara para verlo mejor.

—¿Lo encontraste?

—A Ernie, no.

—Entonces, ¿a quién?

—A un tipo…

—Tu exclamación no sonó como si fuera solo un tipo.

Y tiene razón. Este hombre no es "solo un tipo". Su camiseta de tirantes, aunque grande, no puede esconder esos hombros perfectamente definidos y sus brazos, tan marcados que parecen esculpidos. Es como si viviera haciendo flexiones o saltando entre edificios como en un parque de aventuras.

Aunque no puedo escuchar lo que dice a través de la ventana cerrada, su voz tiene un tono grave y cálido que envuelve todo. Me provoca un escalofrío agradable.

Habla con alguien al otro lado de la llamada con un tono calmado, aunque sus gestos dicen otra cosa. Se frota la frente, hace movimientos bruscos con las manos en el aire, e incluso aprieta el puño de vez en cuando. Y cada vez que lo hace, sus bíceps se tensan como si tuviera cocos donde la gente normal tiene músculos.

De vez en cuando, un tatuaje en la parte superior de su brazo izquierdo se asoma con sus movimientos. Me pregunto si tiene más… y dónde.

—¿Riley? ¿Sigues ahí?

—¿Cómo? Ah. Sí, sigo aquí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Encontraste la identificación?

Ah, sí, la identificación. Me esfuerzo por apartar la vista del hombre, aunque no es fácil.

—No.

—¿Crees que se te cayó en el camino?

—Dios, espero que no. Papá me va a matar cuando se entere que la perdí. Ya suficiente tengo con sus sermones sobre seguridad. Buscaré en mi maleta y te llamo luego.

—De acuerdo. Cruzaré los dedos por ti.

Le doy las gracias, cuelgo y salgo del auto. Suspirando, abro el maletero, rogando encontrar la identificación en la maleta. Si tengo que identificarme usando la cámara y el sistema de manos libres, lo más seguro es que llamen a mi papá para confirmar mi identidad. Y si eso pasa, mi secreto quedará al descubierto. Papá usará esto como una prueba más de que soy inmadura, y seguro añadirá más restricciones a mis estudios en Tallahassee.

En cualquier caso, es casi un milagro que finalmente cediera. Por supuesto, podría haber seguido adelante sin su aprobación, pero no quería herirlo innecesariamente después de todo lo que había pasado. Así que acepté condiciones molestas, como tener que llamarlo todos los días, aunque la mayoría de las veces solo lo hacía mandándole un emoji. Hubiera soportado casi cualquier cosa por la libertad de vivir mi vida lejos de su bendito baloncesto. Y ahora, todo podría venirse abajo por culpa de un estúpido pedazo de plástico.

Refunfuñando para mis adentros, intento encontrar ese estúpido pedazo de plástico. Mientras rebusco en mi neceser, lo único que encuentro son cosas innecesarias, como dos cepillos de dientes idénticos.

—¿Te fuiste de vacaciones con el calcetín perdido o qué? —murmuro con frustración, sacando ropa pieza por pieza: faldas, tops, sujetadores y demás. Pero no importa cuánto busque, la identificación no aparece—. ¡Si no sales ahora mismo, juro que te arrepentirás! —suelto, cada vez más desesperada.

Empiezo a sacar todo con movimientos frenéticos, pero después de un rato, tengo que rendirme.

Mi paciencia ya no da para más, y termino maldiciendo en voz alta. Si algo he aprendido viviendo con mi papá y su ambiente de trabajo, es que maldecir se me da demasiado bien. Después de soltar casi todo mi repertorio de palabras prohibidas, siento que al menos me he desahogado un poco.

—¡Maldición! ¡Ahora sí estoy en problemas!

—¿Puedo ayudarte? —pregunta una voz profunda y cálida detrás de mí.

Me giro de golpe, sobresaltada, y me encuentro cara a cara con el tipo que vi hace un momento. Bueno, no exactamente cara a cara. Lo primero que veo es su pecho ancho, increíblemente musculoso. Y ahora que lo tengo cerca, me doy cuenta de lo imponente que es en realidad.

Capítulo 3

Riley

Aunque llevo zapatos de tacón, bastante altos, tengo que inclinar la cabeza hacia atrás. Vale, eso también podría deberse a que no soy especialmente alta debido a mis antepasados italianos, pero me conformo con agradecerles por mi trasero prominente.

Mi mirada se desliza a lo largo de una mandíbula de bordes masculinos, sube por los pómulos cubiertos por una barba de tres días... y me fijo en los ojos más hermosos y fascinantes que he visto nunca en un hombre: verdes brillantes y rodeados por una gruesa línea de pestañas negras. Una pequeña cicatriz le cruza la ceja izquierda, dándole un aspecto atrevido. ¿De dónde vendrá? El pelo le cae por la frente en mechones enmarañados, lo que acentúa su atractivo desenfadado. El color de sus ojos me sorprende y me deja hipnotizada, ya que su tez y su pelo, son oscuros, lo que me haría esperar unos ojos marrones.

Sin embargo, probablemente debería empezar a decir algo en lugar de mirarlo como si nunca hubiera visto a un hombre. Me aclaro la garganta.

—Ejem. —Es todo lo que puedo decir por ahora.

Asiente y no parece especialmente sorprendido por mi reacción. Es como si estuviera acostumbrado, lo cual entiendo por su aspecto. Se me calientan las mejillas, porque normalmente no soy tan callada, por muy guapo que sea un chico. Pero antes de que pueda añadir algo significativo a mis increíblemente elocuentes comentarios, vuelve a hablar.

—Mencionaste un problema y me pareció que te vendría bien algo de ayuda. Aunque, pensándolo bien, quizás el pobre tipo sea realmente quien la necesite.

—¿Qué pobre tipo? —pregunto sin comprender.

—Tu novio que se escapó con otra y con quien obviamente no eres particularmente amigable.

El... al que yo... ¡¿Qué?! Oh, Dios, ¿me oyó hablar sola? ¿Y también lo malinterpretó completamente?

El calor en mi cara aumenta. El hecho de que su voz suene aún mejor de cerca no hace que la situación sea menos incómoda.

—No, no, no hay ningún novio —me apresuro a aclarar—. Y menos uno al que haría daño. Quiero decir, no haría daño a nadie en general, soy muy... pacifista al respecto.

—Me alegra mucho oír eso.

Una vez más, un acogedor escalofrío me recorre la espalda. Su voz me recuerda a mi chocolate favorito: negro y dulce. Y eso hace que el contenido de sus palabras tarde un momento en penetrar en mí.

—¿De qué te alegras exactamente? ¿De que no sea violenta o de que no tenga novio?

Su sonrisa se ensancha.

—Las dos. Pero, sin duda, más de la última.

¿Está coqueteando conmigo?

Mi corazón encuentra esta idea tan tentadora que se acelera.

¡Maldición, cálmate, Riley, es sólo un tipo!

Me aclaro la garganta y retomo mis sentidos.

—De hecho, tengo un problema, pero uno en el que no puedes ayudarme.

—Oh, seguro que puedo hacerlo —anuncia con una sonrisa encantadora.

—¿Aunque ni siquiera sepas cuál es el problema? —levanto la ceja izquierda—. Estás muy seguro de ti mismo.

—Por una buena razón —anuncia pomposamente.

Sin saber si habla en serio o no, frunzo el ceño, porque no soporto a los tipos con un ego demasiado grande, pero entonces se pone la mano en el corazón.

—Haría cualquier cosa por ti —anuncia con un guiño.

Llegue a la conclusión de que es una persona con sentido del humor y que sus declaraciones son en broma, y respiro aliviada. También me lo tomo en serio, porque este coqueteo exagerado y con desdén es algo simpático.

—¿Y? ¿En qué necesitas ayuda? —pregunta, inclinando la cabeza hacia un lado, causando que un rayo de sol destelle en sus ojos verdes.

Mi estómago revolotea excitado, pero dudo en mencionar el pase de seguridad. No quiero volver a ser la hija de y no quiero que la conversación con este semidiós en pantalón corto, que había empezado de forma tan prometedora, se convierta de repente en todo baloncesto. Porque siempre es así cuando la conversación gira en torno a mi padre. Entonces me piden su opinión sobre los últimos o próximos partidos de tal o cual equipo, sobre las clasificaciones en la NBL o las estadísticas de los jugadores. Y yo prefiero saltar desnuda a un hormiguero que hablar de ello.

—¿Qué buscabas tan desesperadamente en tu maleta? —Me saca de mis pensamientos—. Quizás no sea tu ropa interior.

¿Qué? Perpleja, parpadeo y él señala con la barbilla mi bota. Sigo su mirada y abro los ojos horrorizada. Toda mi ropa interior está allí extendida. ¡Maldita sea!

—Entradas —suelto con la cara colorada, porque es lo primero que se me ocurre (lo que demuestra sobradamente hasta qué punto mi vida está dominada por este estúpido baloncesto) mientras recojo apresuradamente mis cosas, las meto en la maleta y la cierro a presión. O, mejor dicho: intento cerrarla.

Mi neceser relleno se ha enredado en la maraña de ropa sucia y correas, por lo que ahora estorba. Tiro de él en vano mientras el tipo sigue mirando con interés el contenido de la maleta.

—¿Te ayudo? —pregunta finalmente, divertido.

—¡No! —Un último tirón y el neceser y mi sombrero de sol, en el que se han enredado los clips, vuelan hacia mí. Por fin puedo cerrar la maleta y el maletero. Respirando aliviada y con la cara

aún roja, me vuelvo hacia el Sr. Camiseta sin mangas.

—¿Para un partido de los Miami Flames? —pregunta.

—¿Cómo? —Lo miro confusa.

—Las entradas de las que hablabas. Son para un partido de los Miami Flames, ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

Señala las ventanillas de mi coche, las cuales tengo cubiertas con parasoles que tienen una enorme canasta de baloncesto y un balón bañado en llamas impresos: el logotipo de los Miami Flames. Son uno de los innumerables artículos de merchandising que me regala papá. Normalmente los regalo enseguida, pero estos me vendrían bien para variar.

—Es el coche de mi mejor amiga —digo rápidamente, para que el tipo atractivo no piense que soy una fanática y se le ocurra hablar de baloncesto conmigo—. Igual que las entradas. Así que seguramente me meteré en un buen lío por haberlas olvidado en casa. Como dije, es un problema en el que no podrás ayudarme.

—¿Me darías tu número si logro ayudarte?

Mi corazón da un salto, pero consigo atraparlo justo a tiempo antes de que se desvíe hacia lugares en los que no tiene nada que hacer.

—Difícilmente podrás hacerlo, porque actualmente vivo en Tallahassee, pero admiro tu optimismo. —De forma más seria, añado—: Gracias por la oferta, de todos modos.

Asiente como si hubiera ganado una apuesta consigo mismo y me mira con un interés que me produce otro escalofrío.

—Sospechaba que no eras de por aquí.

—¿Por la maleta?

—Por el sombrero… y el color tan sano que tiene tu piel.

Miro mi sombrero XXL de ala extra ancha, que aún sostengo en la mano, y me encojo de hombros tímidamente.

—Desgraciadamente, tengo que usarlo, porque nunca me pongo morena, sólo de un color rojo canceroso. Se debe a mis antepasados irlandeses por parte de madre.

Por desgracia para mí, no heredé sus ojos azules, sino los ojos marrones de mi padre italiano, mientras que mi pelo es probablemente una mezcla de los dos: castaño de costumbre, pero rojizo brillante a la luz del sol.

—No era una crítica, sino un cumplido. En Miami, la naturalidad es más rara que la nieve.

—Oh. Gracias. —Se me calienta el pecho—. Normalmente aquí suelen decirme lo contrario, que soy demasiado pálida. —Y demasiado gorda, por cierto. Pero me cuido de no llamar su atención sobre ello.

Sus dientes blancos brillan mientras sonríe ampliamente.

—Bueno, quiero decirte que, hoy es tu día de suerte. —A continuación, saca una cartera del bolsillo de sus pantalones cortos, donde también tiene su teléfono. La abre y saca algo que me entrega: ¡entradas para el próximo partido de los Miami Flames!

Apenas puedo reprimir una mueca de horror. Estas entradas son lo último que no necesito o quiero en el mundo, pero él no puede conocer mi alergia al baloncesto, además, su gesto me conmueve.

—Muchas gracias, eres increíblemente amable y servicial —le digo amablemente—, pero no puedo aceptar esto y…

—Son para la sala VIP —me interrumpe.

Eso me deja sin palabras por un momento. No sólo porque las entradas para la sala VIP cuestan una fortuna, sino porque nunca había conocido a un hombre que estuviera dispuesto a regalar ni siquiera un puesto de pie en la esquina más alejada del estadio en un partido de los Miami Flames, y mucho menos asientos VIP.

Antes de que me componga lo suficiente como para formar una frase sensata, me pone las entradas en el sombrero.

—He cumplido mi parte del trato. Ahora te toca a ti.

—¿Qué?

Se mete las manos en los bolsillos, con una sonrisa encantadora en los labios.

—Dijiste que me darías tu número si podía ayudarte.

—Eso lo dijiste tú, no yo —le corrijo, pero no me enfado con él. Su persistencia me impresiona y me halaga. Y oye, ¿cómo no derretirse bajo una mirada tan ardiente?

—Yo lo dije, pero tú lo estabas pensando —afirma en tono de broma.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con una sonrisa.

Levanta una ceja y su sonrisa se ensancha.

—Mis habilidades telepáticas son de primera clase.

—Tus habilidades telepáticas parecen ser tan grandes como mi interés por los documentales sobre colecciones de sellos.

—¡Vaya! Entonces deben de ser extremas, y deberías encontrar urgentemente una afición menos aburrida. Aparte de eso, sabía que teníamos una conexión especial.

—Sí. Bluetooth.

—Ouch. —Se lleva la mano al pecho en señal de consternación—. Esas palabras me han golpeado el corazón como un martillo a un clavo.

—Creo que sobrevivirás.

—Con tal de conseguir tu número, sobreviviré a lo que sea —dice, sin rendirse.

—Bueno, entonces probablemente debería llamar a una ambulancia.

—No hace falta, mi ego ya ha hecho una llamada de emergencia.

Ahora tengo que reírme a carcajadas y estoy seriamente impresionada. Este chico no sólo está bueno, sino que (y éste es el argumento decisivo para mí) también tiene sentido del humor.

—No doy mi número a desconocidos, si lo hiciera, tendrías que darme el tuyo.

—Ese debería ser el menor de nuestros problemas. —Me tiende la mano como si me saludara. Su sonrisa es amplia y confiada—. Hola, soy Colter Williams.

Lo miro fijamente, perpleja, y siento como si me hubiera echado un cubo de agua helada por la cabeza.

—Ya no soy un extraño, ¿verdad?

En efecto. Y, desgraciadamente.

Capítulo 4

Colter

—¿Colter Williams? —repite, con los ojos todavía muy abiertos y, obviamente, demasiado abrumada como para tomarme la mano.

—Correcto. —Asiento, vuelvo a bajar la mano y me siento muy satisfecho. Como está soltera, debería ser pan comido. Aunque incluso una relación no les impide a la mayoría de las mujeres meterse en la cama conmigo. Sobre todo, desde que mi cara aparece constantemente en los medios y en portadas de revistas en Miami e incluso el Times ha publicado un artículo sobre mí.

La chica no encaja con mi imagen, que se basa en rubias ardientes y latinas pícaras con ropa sexy, ella por otro lado tiene un atuendo sencillo que la hace parecer una vendedora de flores algo aburrida.

Pero al menos no hay nada artificial en ella, porque nada me disgusta tanto como las mujeres cuyos cuerpos contienen más plástico que la estantería de Barbie de una juguetería. Y, para mi desgracia, algunas de las mujeres que se me echan al cuello en las discotecas, son artificiales: con su pelo rubio de farmacia, sus pestañas de escoba mal pegadas, sus enormes pechos postizos y sus labios hinchados, parece como si todos los días fueran Halloween para ellas. Es más, la chica de aquí no sólo tiene una cara bonita con pestañas claramente reales, sino también sentido del humor.

Dicho esto, desde que la semana pasada una compañera de juegos especialmente hambrienta de sexo resultó ser bibliotecaria, estoy dispuesto a darle una oportunidad a cualquier profesión. Tal vez la potencial vendedora de flores me sorprenda también en este aspecto, al fin y al cabo, sabe maldecir como un camionero. Ese extraño contraste con su apariencia discreta despertó mi curiosidad, que se vio avivada por el contenido extremadamente apetecible de su maleta.

Las bragas de encaje rojo fuego con lacito negro han hecho volar mi imaginación. Será divertido

quitárselos. También me parecen muy atractivos sus pechos, que me enseñó sin querer cuando estaba agachada en su maleta. Son claramente reales y también están envueltos en un delicado encaje de un inocente color rosa pálido.

Y el mero hecho de que el vistazo que me dio tanto de su ropa interior actual como la que llevaba en la maleta fuera claramente sin intención, la hace diferenciar de las mujeres con las que tengo que tratar habitualmente, que acechan casi por todas partes. Con ellas, debo tener cuidado de no ahogarme porque literalmente me saltan encima y me ponen las tetas en la cara.

Sigue mirándome con sus grandes ojos marrones. Quizás demasiado grandes para mi gusto. También pienso que es mucho más sexy cuando las mujeres llevan el pelo suelto, mientras que ella lo lleva recogido en una coleta de niña. Sin embargo, parece tan suave, brillante y sedoso que quedaría bien en un anuncio de champú. Quizá sea su profesión. A lo mejor es muy buena soltando y sacudiendo el pelo de forma sexy. ¿Debería pedirle una demostración? ¿O mejor esta noche? Quizás, ¿Desnuda?

Me acaricio la barbilla, pensativo.

Sí, vale la pena intentarlo. Aparte de eso, no es exactamente como si yo rechazara la oferta de una mujer para algo de una noche si ella no encaja del todo en mi tipo (después de todo, sólo soy un hombre). Como ya he dicho, mujeres dispuestas las hay a montones, pero la rapidez mental de la chica que tengo delante hace que destaque entre la multitud. Lo único que parece estar un poco fuera de lugar es su voluntad.

Normalmente, las mujeres no reaccionan con tanta tranquilidad cuando se enteran de quién soy. Incluso el típico suspiro de éxtasis que suele seguir a la mención de mi nombre tarda en llegar. Probablemente la chica esté demasiado sorprendida por la buena suerte que ha tenido hoy.

—Así es. Soy Colter Williams —afirmo haciendo énfasis en Colter, aunque suelen ser las mujeres las que enfatizan la palabra "Colter" en relación conmigo.

Pero al menos ahora esto hace que su postura cambie. Como si hubiera despertado de una especie de trance, se tensa, se aparta con fuerza el flequillo de la frente y los ojos le brillan de verdad. Menos mal que no he planeado nada para esta noche.

Me froto la barba de tres días en las mejillas con satisfacción. Pero entonces me doy cuenta de que no sé su nombre. Eso también es extraño, porque normalmente las mujeres no solo se mueren de ganas de darme su nombre y su número de teléfono, sino también su dirección y su historia familiar completa.

—¿Me vas a decir por fin cómo te llamas?

Inclina la cabeza hacia un lado, me escruta de arriba abajo y mi sonrisa se ensancha aún más; después de todo, sé muy bien lo que tengo que demostrar.

—No.

¿No? Parpadeo, perplejo. Hacía años que no oía a una mujer decir eso, a menos que tuviera que irse a la mañana siguiente. Pero aún no hemos llegado tan lejos. Así que pongo mi sonrisa más encantadora.

—Pero me salvarías el día, que ha sido jodidamente duro.

En lugar de sentirse halagada o reaccionar con humor como antes, simplemente levanta una ceja.

—¿Esa es la frase que usas siempre?

Frunzo el ceño.

De alguna manera, no sale como esperaba. Normalmente mi nombre suele abrirme todas las puertas, pero tengo la impresión de que, en este momento, una se ha cerrado, no, se ha cerrado de golpe. Es más, me ha atrapado.

—No —admito libremente y me río—. Nunca he tenido que recurrir a decirla. Así que ahora sería la primera vez.

Su expresión se suaviza. Mi sinceridad parece ganar puntos, así que vuelvo a meter el pie en la mencionada puerta metafórica.

Duda un momento, pero luego se encoge de hombros y dice:

—Riley.

Bueno, ahí lo tienes.

—Riley —repito, dejando que la palabra se deshaga en mi boca.

El nombre le va bien. Suena tan suave y tierno como su aspecto. Sólo imaginarme el encaje rojo fuego sobre el cuerpo desnudo de esta mujer me hace sentir algo. Me da curiosidad saber cómo se comportaría en la cama alguien que parece tan tímida pero que lleva consigo una lencería tan sexy y es tan ágil, pero como no me apetece volver al entrenamiento por un café con leche, pospongo estos pensamientos para más tarde y saco mi celular.

—¿Y tú número?

Ella sacude la cabeza.

—Está bien que ahora sepa tu nombre, Colter, pero sigues siendo un desconocido, y no le doy mi número a cualquier chico.

La miro con incredulidad; después de todo, su coche está decorado con el logotipo de Miami Flames. Es en ese momento, donde descubro otro contraste: puede que tenga los ojos más inocentes del mundo, pero sus labios son carnosos y sensuales. El hecho de que sea tan tímida a la hora de darme su número despierta también mi instinto cazador.

—La verdad es que no soy un chico cualquiera —le digo guiñándole un ojo.

—Ah, ¿sí? ¿En qué sentido?

Me río, pero me detengo bruscamente al darme cuenta de que probablemente no lo decía en broma. Confundido, me aclaro la garganta, pero recupero la compostura cuando me doy cuenta de que es de Tallahassee y de que este no es su coche. Pero, aunque allí no se hable tanto de mí como aquí en Miami, su amiga, dueña del auto, debería haber informado a Riley de la última incorporación a su equipo favorito. ¿Verdad?

Sacudiendo la cabeza, señalo con el pulgar en dirección al edificio de entrenamiento.

—Yo trabajo allí. —Esa debería ser una pista suficiente para que se ponga en marcha. Le guiño un ojo con una sonrisa confiada.

—¿Con el equipo de limpieza?

Mi sonrisa se congela.

¡¿Qué?!

Hace un gesto con la barbilla en la dirección que he señalado y yo miro por encima del hombro.

A través de los arbustos a lo largo de la valla, puedo ver al personal del servicio de limpieza entrando en su auto a los estacionamientos frente al centro de formación. Ah, de acuerdo. Eso explica a medias cómo ha llegado a esa conclusión. Aun así, nunca me habían confundido con un limpiador. Especialmente desde que los periódicos de aquí han estado informando sobre mí casi a diario. ¿O se está burlando? La escruto, pero su expresión es de pura inocencia. A juego con su atuendo.

—No del todo —digo secamente—. ¡Soy el nuevo base de los Miami Flames!

—Oh, ¿entonces…?

Por fin. Respiro aliviado y me apoyo despreocupadamente en su coche.

—¿...no estás con el servicio de limpieza, sino con el de seguridad?

Ahora quedo perplejo. ¿Servicio de seguridad?, no sé si reírme u ofenderme.

—Bueno, como jugador, efectivamente soy una especie de vigilante o protector —aclaro, con un tono de amargura—. Pero eso está relacionado con la cancha. Soy jugador de baloncesto. —Para disipar cualquier duda y evitar más confusiones con el jardinero, añado por si acaso—: Juego para los Miami Flames, en la NBL. Es decir, soy jugador profesional de baloncesto.

No puedo creer que tenga que recalcarlo.

—Ya veo. Lo siento, no sé nada de baloncesto.

Mueve la cabeza con expresión angustiada.

—No hay problema —digo con una sonrisa irónica.

Me sonríe dulcemente.

—¿Es importante un base?

Esta vez me cuesta aún más que antes controlar mis expresiones faciales y no sé qué decir. El baloncesto es un deporte de equipo. Nunca destacaría mi posición ni la consideraría más importante que la de los demás. Pero, ¿de qué otra forma se supone que voy a sumar puntos con la chica aquí presente? ¿Y por qué quiero hacerlo?

Me rasco la cabeza, indeciso. Hasta ahora, nunca he necesitado convencer a una mujer de mi importancia dentro del equipo, así que ¿por qué no lo dejo así y encuentro a alguien a quien no tenga que explicarle eso antes de que se meta en la cama conmigo? La respuesta me la doy yo

mismo al momento: porque ya estoy aburrido de esas mujeres.

Pero si soy sincero, no es sólo eso lo que me hace querer convencer a Riley. Más bien, hay algo en ella que me intriga, que me hace sospechar que detrás de su inofensiva fachada de florista hay mucho más que un puñado de palabrotas. ¿Es el destello de sus ojos que de repente la hace parecer cualquier cosa menos inocente, o es su sonrisa extrañamente enigmática? Respiro hondo y me trago mi orgullo.

—Okey, Riley, presta atención: Como base, soy el jugador de referencia y, por lo tanto, el creador de juego. Tengo una visión general del juego, dirijo las jugadas, inicio las acciones ofensivas y distribuyo los balones. En defensa, me ocupo sobre todo del mejor jugador del adversario e intento interrumpir la construcción del juego. Básicamente, soy el brazo extendido del entrenador sobre el terreno de juego.

Me guardo para mí que mi posición requiere una gran inteligencia de juego, ya que exige una visión en conjunto de todo el partido y la capacidad de tomar las decisiones correctas en el momento crucial. Fracciones de segundo que pueden significar la diferencia entre la victoria y la derrota.

—¡Vaya! —Se maravilla con los ojos muy abiertos—. ¡Qué impresionante!

Me irrita un poco este repentino entusiasmo, pero bueno, no me quejo: por fin vamos por buen camino.

—Es una tarea muy importante —añado, aunque me siento bastante estúpido por ser tan autocomplaciente.

Se pone la mano en el pecho.

—Entonces debes ganar mucho dinero, ¿no?

Por un lado, me alivia volver a estar en terreno conocido cuando se trata de hablar con una mujer. Pero, al mismo tiempo, me decepciona extrañamente que ella, como todas las demás mujeres, reaccione con el tema del dinero.

—No puedo quejarme —digo encogiéndome de hombros.

—Y probablemente también conduzcas un auto caro —susurra.

Me rasco la barbilla, indeciso, teniendo poco a poco la sensación de que se me escapa algo importante, sobre todo porque Riley sigue teniendo un brillo extraño en los ojos.

—Los hay más baratos —digo finalmente, dejando deliberadamente en el aire mi respuesta. No me interesan mucho los coches, aunque tengo uno, pero sólo conduzco motos en mi tiempo libre. Si tengo que utilizar un coche porque tengo que ir a un partido, prefiero utilizar a un chófer para poder prepararme mentalmente mientras conduce.

—Y también debes tener una mansión impresionante, ¿no?

—Sí... —digo, estirándome, sin saber qué pensar de su comportamiento—. Con su propia sección de playa. —Fue algo que me regalé en cuanto firmé el contrato de Miami Flames y no me importó el precio. Sin embargo, no se trataba de mí...

—No, ¿en serio? —ronronea Riley con admiración, y me doy cuenta de que prefería mucho más el principio de nuestra conversación. Cuando se mostraba tan poco impresionada y natural, riéndose de mis bromas exageradas y desafiándome. Pero antes de que pueda continuar con este pensamiento, vuelve a hablar—. Así que eres un exitoso y millonario jugador de baloncesto.

—Te olvidaste de guapo —bromeo.

Por un momento hay otro destello extraño, incluso provocador, en sus ojos y levanta un poco más la barbilla con los labios apretados. Frunzo el ceño y la escudriño con dureza, pero entonces vuelve a sonreírme de la forma más dulce y me dice:

—Bueno, dadas las circunstancias, no puedo evitar darte mi número.

Ya está. ¿Por qué no hacerlo así? Me las he arreglado para conseguir a todas las mujeres que he querido. Satisfecho con mi actuación, guardo en mi celular el número que me da. Sin embargo, una parte de mí se siente asombrosamente decepcionada porque, obviamente, la he juzgado mal y va a por el dinero y la fama como todas las demás.

Cuando termino, levanto la mirada interrogante.

—Y, ¿cuál es tú apellido? —No es que me interese especialmente conocer los apellidos de todas las Mandys y Cheryls, pero me sirve para llevar la cuenta y tener ordenada mi agenda telefónica, no para volver a llamar después de una noche de fiesta, sino para estar prevenido en caso de que alguna de ellas consiga mi número. Ya sea disfrazadas de camarera o sosteniendo un cartel en el que me piden matrimonio mientras juegan con sus pechos descubiertos, la creatividad que despliegan algunas de ellas para meterse en mi cama y, luego, forzar su entrada en mi vida es asombrosa.

Riley se acerca un paso e inclina la cabeza hacia atrás.

Aspiro el fresco aroma a manzana de su champú e inspiro profundamente. La chica también responde a mis gustos en este aspecto. Las mujeres cuyo perfume está ahí una hora antes que ellas suelen terminar en mí cama, pero Riley.... Riley, en cambio, no necesita ni una sola gota de perfume para ser increíblemente atractiva.

—Lo sabrás si realmente me llamas esta noche —me dice, y la mirada que me dirige desde sus ojos de cierva está dirigida por una mirada seductora digna de una diva de Hollywood.

Vuelvo a guardar el celular. Junto con mis dudas sobre su repentino giro de ciento ochenta grados.

—Crees que no te llamaré, ¿verdad? Pero te equivocas.

—Llámame a las seis y te prometo una experiencia que no olvidarás —murmura en tono sugerente y se pasa la punta de la lengua por el labio inferior antes de tirar ligeramente de él entre los dientes.

Mis instintos no estaban equivocados. Realmente hay más en esta chica de lo que sugiere su apariencia modesta. Mi mirada se detiene en sus labios carnosos y tentadores, que literalmente piden a gritos ser besados. Me habría gustado probarlos ahora, pero entonces no podría escaparme durante un tiempo, y llevo demasiado tiempo sin entrenar.

—Lo estás poniendo muy emocionante, pero eso me gusta —digo en su lugar y apoyo el codo en el techo del coche con una sonrisa confiada—. Me gustan las sorpresas.

—Entonces no te decepcionaré —ronronea con un brillo prometedor en los ojos, estira la mano y me acaricia el pecho burlonamente con el dedo índice.

Ella quiere retirar la mano, pero yo ya he soltado la mía y le he agarrado la muñeca.

—Espero que no me estés tomando el pelo —digo y esta vez no sonrío—. Porque en ese caso, puedo ser muy, muy desagradable.

Sus ojos se abren de par en par, la incertidumbre se dibuja en su rostro. Me doy cuenta con cierta satisfacción de que la he disgustado.

—Si estás pensando en robarme, copiar mis llaves, espiar mi celular o abrir la puerta a algún paparazzi —continúo en tono duro—. Te arrepentirás amargamente.

No da la impresión de ser una delincuente ni, lo que puede ser peor, una reportera, pero la oportunidad hace al ladrón. Sin embargo, no me interesan mis pertenencias. Eso es reemplazable. No, tengo otras razones para proteger mi intimidad. Razones mucho más importantes.

—Desde luego que no, no te preocupes —dice y tira de su mano, pero sólo cuando estoy seguro de que ha entendido realmente mi advertencia la suelto.

Inmediatamente retrocede casi hasta el otro lado su auto, se frota la muñeca y sus ojos brillan de rabia, otra señal de que hay un fuego en su interior que estaré encantado de encender esta noche.

—Te llamaré a las seis —prometo, ahora amigable de nuevo. Como si no hubiera pasado nada.

Sus fosas nasales se estremecen, sus cejas se fruncen con fastidio y por un momento estoy seguro de que está a punto de mandarme a la mierda, pero de repente sus facciones vuelven a suavizarse y ronronea.

—No te imaginas las ganas que tengo de que llegue esta noche.

—Yo también. —Estoy de acuerdo y estoy deseando descubrir lo caliente que puede llegar a ser esta chica.

Entra en su auto, cierra la puerta y me sonríe por encima del hombro mientras se aleja.

Sin embargo, me percato de que su sonrisa parece más bien un gruñido, pero debe ser por lo reflectante de los vidrios de su auto. ¿O no?

Capítulo 5

Riley

—¡Un jugador de baloncesto de los Miami Flames! ¡De todas las personas que pude toparme! Y es el cabrón más arrogante de la historia. —Refunfuñando para mis adentros, paso lentamente por delante de la valla metálica que rodea el centro de entrenamiento—. ¿Acaso puedo tener más mala suerte?

Al parecer sí, porque el portón eléctrico sigue cerrado y la caseta está vacía. ¡Estupendo! Miro por el retrovisor y noto que Colter aún puede verme, así que sigo conduciendo, me detengo a la vuelta de la esquina y marco el número de mi padre.

—Hola, papá —le saludo alegremente.

—Riley, mia figlia. ¿Ya llegaste?

Aunque estoy aquí de forma involuntaria, y a sabiendas que me espera otro momento increíblemente estresante con mi padre, no puedo evitar sonreír, como hago siempre que se pone a hablar en italiano conmigo. Pero, al mismo tiempo, también me entristece, porque me parece que este idioma es ahora el único vínculo que sigue existiendo entre nosotros.

—Aún no he terminado —continúa—. El entrenamiento ha empezado más tarde hoy por problemas técnicos, pero por supuesto vamos a almorzar igual. ¿Vienes?

Parece un poco despistado. Probablemente está concentrado en el juego. De fondo, el chirrido de las zapatillas en el suelo de la cancha se mezcla con el rebote de los balones regateados y las órdenes gritadas.

—No estoy segura papá, sigo atrapada en el tráfico y, para ser honesta, estoy muy cansada. Prefiero ir a casa primero y descansar un poco antes de salir a cenar. —Y luego, con suerte, alguien estará allí para abrirme la puerta.

—Creo que no podrás hacer eso —dice mientras el sonido de un portazo y el ruido de fondo se vuelven repentinamente más silenciosos—. He hecho algunas actualizaciones en el sistema de seguridad y tu huella dactilar aún no ha sido registrada de nuevo.

—¿Otra vez? —Suelto un suspiro, aunque me lo esperaba. Papá es un fanático de la seguridad y siempre está cambiando algo en el sistema. Por eso fui primero a su centro de entrenamiento, en vez de irme directamente a casa. En más de una ocasión, he estado horas delante de una puerta cerrada porque papá se olvidó de informarme de una nueva contraseña para la cerradura y no podía localizarlo por teléfono—. Esperaba que Yvette siguiera allí.

—Sólo si tienes suerte. Ayer se fue temprano y quería ponerse al día hoy, pero no sé si ha terminado ya.

—Lo intentaré.

—Bien, pero si no está, vienes directamente aquí. ¡En tu auto! Bajo ninguna circunstancia lo dejarás allí para viajar en transporte público. Y si ella está allí, me avisarás de que estás en casa. Y, por favor, quédate allí hasta que haya enviado a alguien a recogerte. Bajo ningún concepto tomarás el metro, o algún bus o...

—¡Papá! ¡Para! ¡Por favor, no empieces otra vez! Conduje de Tallahassee a Miami yo sola sin ningún problema. ¿Por qué no iba a poder tomar el autobús?

—Porque ahora estás en Miami, niña.

—Y en la ciudad donde he pasado toda mi vida excepto los últimos años —le recuerdo, poniendo los ojos en blanco y luchando por no reaccionar con rabia ante el término niña.

—Entonces deberías saber lo peligrosa que es.

Resoplo.

—Todas las ciudades son peligrosas, papá. Y Miami no lo es más que cualquier.

—¡Y una mierda! ¿Has visto alguna vez las estadísticas de delincuencia? ¿Sabes siquiera lo que pasa en ciertos barrios? Hay bandas acechando en cada esquina, venden drogas, hay tiroteos y…

—¡Papá! Tranquilízate. Tampoco pienso pararme semi desnuda en la calle en Wynwood a mitad de la noche saludando a todo el mundo.

Se oye un ruido que bien podría proceder de una morsa con sinusitis.

—¡No bromees sobre algo tan importante como tu propia seguridad, Riley! —escupe finalmente papá—. ¡Si alguna vez te encuentro cerca de un barrio como Wynwood por la noche, se acabó la diversión!

Resoplo enfadada.

—Eso terminó hace mucho tiempo, créeme.

—¿Qué se supone que significa eso? —ruge, y puedo imaginarlo lanzando su celular de la rabia.

Estoy a punto de explotar. Por supuesto, llevo conmigo aerosol de pimienta cuando salgo por la noche, he asistido a cursos de defensa personal para mujeres y me considero perfectamente capaz de inmovilizar a un atacante desarmado el tiempo suficiente para huir con un uso selectivo de mi rodilla, mi frente o incluso dos dedos. Sin embargo, nunca desearía conscientemente que ocurriera una situación en la que esto fuera necesario vagando por los oscuros rincones de Miami por la noche, sobre todo sin compañía.

—Significa que eres tan exagerado con tu manía de la seguridad que hasta Fort Knox parece la puerta abierta de un granero comparado con nuestra casa. Y en cuanto a Wynwood, tampoco estás al día. Ha bajado mucho el crimen en los últimos años y ahora atrae a muchos turistas con su arte grafitero.

—Exacto. Para que les roben.

—¡Tonterías! Es un barrio bonito siempre que no seas una mujer caminando sola de noche.

—Lo que sin duda harías, conociéndote.

—No, ¿por qué debería? —A no ser que me presione tanto que me salga de mis casillas y haga exactamente eso, sólo para demostrarle que no puede controlarme. Después de todo, puedo arreglármelas muy bien sola— Actúas como si me estuvieran apuntando figuras siniestras cada

cinco metros.

—¿Cómo sabes que no es así? ¿Y cómo vas a protegerte de esos tipos?

Suelto un gemido.

—¿Quieres decir aparte de la pistola eléctrica que siempre llevo conmigo, incluso en South Beach?

—¿Sí? —Su tono pasa del asombro al alivio—. Eso me tranquiliza de verdad, que por fin hayas entrado en razón...

—¡Era una broma, papá! —lo interrumpo, completamente exasperada.

Jesucristo, ¿cómo puede pensar en serio que yo tendría una pistola eléctrica, y mucho menos que me pasearía por la playa con una?

—¿Cómo puedes imaginarte eso? ¿Crees que voy a meterla en el sujetador del bikini o a esconderla en mis bragas o qué?

—El hecho de que hagas bromas así es probablemente la mejor prueba de que tengo razón al preocuparme por ti.

—No la tienes y no tienes que preocuparte por mí. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—Eres demasiado descuidada con la seguridad como para cuidarte sola.

A estas alturas me alegro de no haberle contado lo del carné de identidad. Cansada, me masajeo las sienes, que ya me duelen. Aunque no podría estar más enfadada, no quiero que la conversación vaya a más, como suele ocurrir.

—Papá, aún no he llegado a casa y ya estamos discutiendo. ¿Podemos parar ya y vernos antes? Por lo que a mí respecta, no tomaré el transporte público y regresaremos a casa en los dos autos después de cenar, ¿sí?

Se hace el silencio al otro lado de la línea durante un momento, pero luego respira hondo.

—Tienes razón, cara mia, ven primero en paz y tranquilidad. Pero ahí no acaba el asunto. Hablaremos más tarde.

—No veo la hora —murmuro con los dientes apretados, contenta de que no pueda ver la mueca que hago ante este anuncio—. Hasta luego, papá.

—Arrivederci.

—Arrivederci —respondo amablemente, contenta de que hayamos conseguido dejar de discutir.

Cuelgo, respiro hondo y vuelvo a incorporarme al tráfico.

Cuando llego a casa, me alivia darme cuenta de que al menos aquí tengo suerte, porque Yvette sigue allí y me deja entrar en nuestra sala de alta seguridad.

Es una mujer regordeta y encantadora de unos cincuenta años con una familia enorme y muchos hijos, de los que siempre habla con entusiasmo. Me alegro mucho de verla y de escuchar sus

divertidas historias, así que tardo un buen rato en subir la maleta. Mientras ella sigue limpiando la planta baja, yo camino por el pasillo con sentimientos encontrados.

Aunque han pasado cinco años desde que murió mamá, aún sigue siendo extraño volver a estar aquí. Todavía hay fotos de ella y de nosotros tres colgadas por todas partes en el pasillo y en las cómodas. Y casi nada más ha cambiado aquí desde entonces.

Imagino que su perfume sigue en el aire, lo cual es imposible. Y, sin embargo, casi podría creer que el tintineo y el ruido de la vajilla al vaciar el lavavajillas de la planta baja se debe a ella...

Con un nudo en la garganta, parpadeo para disipar las lágrimas, vuelvo a respirar hondo y me dispongo a deshacer el equipaje.

Media hora más tarde, todo está recogido y, agotada por el largo viaje, me dejo caer sobre la cama para descansar un poco. Pero en cuanto cierro los ojos, vuelvo a ver a Colter Williams delante de mí y se acaba mi relajación.

Todavía me arrepiento por no darme cuenta más rápido que era uno de los jugadores de equipo, con ese cuerpo atlético y bien entrenado. Pero los miembros de los Miami Flames deberían haber estado en el gimnasio en ese momento, y papá no reacciona bien a que los jugadores salgan del gimnasio, por no hablar de todo el orden que conllevan las prácticas, durante un entrenamiento conjunto, mi padre en lugar de participar de forma muy concentrada actúa como una cobra a la que acaban de pisar. Colter debe haber tenido una muy buena razón o aún no ha llegado a conocer ese lado de papá. Pero si es esto último, lo hará ahora y papá se asegurará de que lo recuerde el resto de su vida. Además, cuando pienso en jugadores de baloncesto, lo primero en lo que pienso es en gigantes de más de metro ochenta, mientras que Colter (aunque es dos cabezas más alto que yo) es el jugador más pequeño del equipo como típico base. Es más, no llevaba su camiseta de jugador ni ninguna otra prenda de entrenamiento de los Miami Flames, ni siquiera una gorra con su logotipo. ¡Algo así debería estar prohibido!

Con todos los corredores que hay, nunca se me ocurrió que podría ser parte del equipo. Y lo que es peor: ¡de todas las personas, el chico con el que estaba coqueteando es Colter Williams!

Por supuesto, el nombre me sonó inmediatamente. Tenía muchas cosas mejores que hacer en la universidad que pensar en el baloncesto y nunca veo los canales de deportes, pero ni siquiera yo podía ignorar todas las noticias deportivas. Y menos las que estaban relacionadas con mi padre, que viene a ser lo mismo, porque prácticamente no hay otro tema para él. Por eso no conocía la cara de Colter Williams, pero si estaba al tanto de que es la nueva estrella del baloncesto y el nuevo miembro del equipo Miami Flames. Y, por tanto, como todos los profesionales del deporte que he llegado a conocer hasta ahora, un ególatra ensimismado. ¿O no lo es? ¿Quizá lo estoy juzgando mal y cometiendo una injusticia con él?

Dudando, abro el navegador de mi celular e introduzco el nombre de Colter Williams. Inmediatamente aparecen montones de artículos. Los medios respetables hablan de sus actuaciones en la cancha, que son realmente asombrosas. Al parecer, su punto fuerte es su excelente manejo del balón, y por eso se habla de él como el nuevo Steph Curry. Vaya. ¡Menuda comparación!

Aparte de los datos físicos y de juego habituales, apenas hay información privada divulgada o

confirmada por él más allá de su fecha de nacimiento. Otros jugadores de baloncesto tienen podcasts, canales de YouTube y, por supuesto, Instagram y similares, en los que les gusta presumir de sus lujosas villas y sus ostentosos autos modificados con todo tipo de lujos extras. En el caso de Colter, solo hay unas pocas imágenes tomadas con dron, obviamente por paparazzis, de una gran finca rodeada de altos muros y árboles.

Sin embargo, no faltan las especulaciones sobre su vida privada, madre mía, si realmente tuvo una relación con todas las celebridades con las que se rumorea actualmente, debe ser un genio de la logística, así como las especulaciones sobre el origen de la cicatriz que tiene encima de la ceja.

Me desplazo más abajo y termino en los artículos amarillistas, los cuales incluyen fotos. Fotos muy claras. Colter con una rubia con poca ropa en brazos. Colter besándose con una chica de pelo negro aún con menos ropa. Colter con una... ¿pelirroja? desnuda en un jacuzzi.

Mi mirada se detiene un instante en esta foto. Y ciertamente no por la pelirroja con tetas grandes, sino porque Colter también está desnudo. Por desgracia, solo sobresale del agua la parte superior de su cuerpo, pero su sola visión basta para dejarme la boca seca.

Me apresuro a avanzar y me encuentro con una foto de Colter sujetando no a una, sino a dos mujeres, que obviamente han perdido toda su ropa excepto un tanga reluciente. Una de ellas incluso se estira sobre su regazo.

¡Ya basta! No necesito más pruebas de mi suposición sobre su carácter.

Asqueada, cierro la ventana de búsqueda. Sus comentarios arrogantes no eran una broma, como pensé al principio. Por fin conozco a alguien que me acelera el corazón de inmediato, que comparte mi sentido del humor y con quien parezco estar exactamente en la misma sintonía, y al final resulta ser exactamente lo que no puedo soportar: un jugador de baloncesto arrogante, egocéntrico y completamente ensimismado, que piensa que todas las mujeres tienen que lanzarse a él y querer meterse su cama solo con mencionar su nombre. Pero conmigo, está totalmente en el lugar equivocado.

Capítulo 6

Colter

Wesley Chamberlain y yo nos enfrentamos en la línea de tres puntos. El día de entrenamiento fue largo y duro. Al final, jugar partidos de prueba alternando combinaciones es duro.

Ambos estamos agotados, pero decididos a luchar a muerte por la victoria.

El sudor me cae por la frente y me quema en los ojos. Lo ignoro y no quito los ojos del balón que el ayudante del entrenador Stanley tiene en la mano para abrir el último partido por hoy con un salto.

El propio entrenador DeLuca está en la banca, y sé que sus ojos siguen cada movimiento y que no se le escapa ni el más mínimo error. La delicadeza táctica de los movimientos de su libro de jugadas es tan legendaria como su temperamento fácilmente irritable, y le tengo el máximo respeto. Eso por sí solo ya sería motivo suficiente para darlo todo, pero también se trata de quién será el titular en el próximo partido, y haré todo lo posible para que no sea Wesley, ¡sino yo!

Para mí, no se sólo se trata de mi posición en el quinteto titular, sino de mi posición en el equipo en general. Soy nuevo y bastantes de mis nuevos compañeros tienen pensamientos no tan positivos sobre mí. Por desgracia, Holden tiene razón. Me consideran arrogante porque mantengo mi vida privada estrictamente en secreto, incluso para ellos, y nunca digo nada sobre quién me llama en los momentos más imposibles y por qué dejo todo y a todos para atender esas llamadas. Eso no facilitó precisamente mi presentación en mi nuevo equipo. Al igual que varios enfrentamientos en el pasado con los miembros de mi equipo actual. Logan Tucker, en particular, todavía me culpa de una falta técnica que le costó la victoria a su antiguo equipo en el All Star Games.

Ahora es aún más importante para mí demostrar que tengo lo que hay que tener. Que valgo el dinero invertido. Y que fue una decisión acertada incorporarme al equipo. No se trata sólo de mi carrera, sino también de ganarme el respeto de los miembros de mi equipo.

Pero para Wesley quizá sea incluso más importante que para mí: para él no se trata de su puesto en el quinteto titular o de su posición, sino de su lugar en el equipo en general.

La temporada pasada sólo pudo jugar ocho partidos de la competencia por una lesión en la rodilla que no dejaba de frenarlo. Tiene que demostrar que aún puede mantener el ritmo. Probablemente por eso su agente está hoy en el partido y pone nervioso al entrenador DeLuca desde las gradas.

Las condiciones de este partido de prueba, en el que nuestra plantilla se dividió en dos equipos para determinar si Wesley o yo pertenecemos al quinteto titular como base, no podían ser más duras.

Wesley sigue siendo un base sobresaliente y tiene a su lado al escolta más fuerte, Emerson Davies, que ha encestado cada uno de sus tiros en los entrenamientos hasta ahora. Además, Drake Palmer es el mayor de los dos pívots de su equipo, puede que no sea rápido para su tamaño, pero ha atrapado todos los rebotes hasta ahora.

Suena un silbato y Stanley se dispone a lanzar el balón al aire y un jugador de cada equipo intenta asegurarlo para su equipo con un tiro en suspensión. Wesley lo atrapa delante de mí y lo

golpea en dirección a su escolta Emerson.

—¡Joder! —No me permito sentir más que eso antes de desconectar todas mis emociones y concentrarme plenamente en el juego, a partir de ese momento el mundo fuera de este campo desaparece.

El reloj de tiro está en marcha, cada ataque puede durar un máximo de veinticuatro segundos y sólo hay ocho segundos para sacar el balón de la pista trasera y meterlo en la delantera.

El corazón me late con fuerza en el pecho, la adrenalina corre por mis venas. El chirrido de los zapatos en el suelo, el sonido de un balón regateado, las órdenes vociferadas... todo esto es lo que amo más que nada en el mundo y por lo que estoy dispuesto a darlo todo.

***

Jadeante, echo un rápido vistazo al reloj de tiro: nuestros equipos están empatados y sólo quedan unos minutos, la hora de la verdad. Estoy dispuesto a dar todo de mi para colocar el partido a nuestro favor, después de todo, nuestros rivales harán lo mismo.

Wesley y yo no nos regalamos nada en todo el partido y jugamos sin tener en cuenta las pérdidas, aceptando cada caída para salvar el balón.

Emerson la tiene ahora, se la pasa a Artos y éste a Malone. Wesley me cubre, pero aún consigo correr libre mientras grito órdenes a mi equipo para que haga un bloqueo. Demasiado tarde, porque Malone ya ha anotado dos puntos con una bandeja. No pienso en mi enfado, ya estoy concentrado en el siguiente ataque. Nuestro pívot, Kiano, toma el rebote y lanza al alero, Felipe, que vuelve a pasarme el balón. Tengo el presentimiento de que sé por dónde van a ir mis rivales y, en contra de sus expectativas, me lanzo a por un tiro desde la línea de tres puntos. Ya veo el balón en la canasta, pero Drake lo aparta en el último momento antes de que pueda entrar por completo.

Todo esto sucede en cuestión de segundos. La velocidad a la que el balón atraviesa el campo es casi imposible de seguir para un observador inexperto. Cualquiera que pierda la atención, aunque sólo sea un parpadeo está perdido. Y ése no seré yo.

—¡No aflojen, muchachos, podemos hacerlo! ¡Buen pase, Malone! Pásala, Álvaro —intento motivar aún más a mis compañeros.

—¡Más potencia, Wes! —ruge DeLuca, la placa circular de su cabeza brilla en rojo oscuro mientras la franja de pelo que la rodea sobresale en todas direcciones porque no para de despeinarla—. ¡Y toca los pases más rápido, Emerson! ¡Mierda! Dije más rápido, Emerson, ¡esto no es jugar a los bolos!

Felipe mete el balón en la canasta con un mate, pero Emerson contraataca con un tiro desde la línea de tres puntos para ponernos a un punto. Wesley tiene el balón, amaga a izquierda y derecha varias veces, pero yo veo a través de su maniobra y cuando pasa de nuevo a través de sus piernas, intercepto el balón y ya no puede detenerme.

—¡Wesley! ¿Qué demonios estás haciendo? —le grita su agente Mike Mulligan desde la banca, donde no tiene nada que hacer.

Más rápido de lo que Wesley puede pronunciar su nombre, cambio de adversario, lo dejo atrás, emprendo un salto y meto el balón en la canasta con un mate. Entre los vítores de mis compañeros, me cuelgo del aro durante un segundo antes de caer al suelo. Otro segundo después suena la bocina del reloj de tiro.

¡Mi equipo ha ganado!

Aunque esto por sí solo no determinó si Wesley o yo ganaríamos la carrera, me inundó el alivio y la euforia indescriptible que sólo una victoria puede provocar. Más aún cuando los chicos del equipo de Wesley me mostraron su respeto con un choque de puños o una palmada en la espalda.

—¡Muy buen juego! —Llega a atestiguar Logan.

—No está mal —dice Emerson, muy orientado al equipo sobre el terreno de juego, pero al que le gusta ser una diva fuera de él. Con un guiño, añade—: Para un novato.

—Pero la próxima vez deberías saltarte los somníferos —bromea Drake.

—¿Así que definitivamente quieres quedarte en casa la próxima vez? —respondo, a lo que Drake responde con su habitual risa estruendosa.

Todos me dedican unas palabras, excepto Wesley. La mirada que me dirige no me deja ninguna duda de que, si por él fuera, aquel suspiro habría sido el último. No puedo culparlo y eso no empaña mi humor en lo más mínimo, porque… ¡Me he unido al equipo!

Ahora sólo es cuestión de convencer a DeLuca para que se una a mí. Pero eso no debería ser demasiado difícil ahora. Camino tranquilamente hacia la banca de los jugadores y asiento satisfecho a DeLuca.

Sin embargo, su rostro no parece tan entusiasmado como yo esperaba, sino todo lo contrario.

—¿Necesitas cita con el urólogo? —me aborda.

Me detengo, perplejo.

—¿Qué?

—Con el descanso que te tomaste para orinar hoy, ese debe ser el caso. Porque si has estado fuera tanto tiempo por cualquier razón que no sea tu débil vejiga, ¡esta será la última vez que tendrás la oportunidad!

Mierda. Tenía la esperanza de que ni siquiera se hubiera dado cuenta del tiempo que llevaba fuera, o que no le pareciera tan importante porque aún no había dicho nada al respecto, pero por lo visto no quería perturbar la concentración del equipo, así que se guardó el sermón. Me alegro mucho de haberme guardado el celular en el bolsillo al volver de mi supuesta pausa para orinar.

—¡Espero una gran disciplina y concentración absoluta en los entrenamientos por parte de los miembros de mi equipo! —prosigue enfadado—. Lo que no soporto son los que esperan un trato especial. Si el éxito se te sube a la cabeza o te pasas de la raya de cualquier otra manera, te pasarás el resto de la temporada en la banca, ¡te lo juro! —Su expresión de enfado y sus ojos

entrecerrados no dejan lugar a dudas de que lo dice en serio—. ¿Lo entiendes?

—Sí, por supuesto —me esfuerzo por decir bajo las sonrisas de los demás y espero fervientemente que no insista en darme cita con el urólogo él mismo.

Afortunadamente, el jardinero Harry atrae la atención de DeLuca en ese momento porque empieza a gritar histéricamente. Al parecer, el motivo es Mike, el agente de Wesley, que está a punto de saltar al campo con zapatos de calle, algo que es un pecado mortal a los ojos de nuestro jardinero.

Aliviado por estar fuera de la línea de fuego, me doy a la fuga, cojo mi botella y me tiro un poco de agua directamente sobre mi cara antes de tomarme el resto casi inmediatamente, sediento como estoy después del intenso entrenamiento.

Sólo ahora admito mi cansancio y me dejo caer en mi asiento del banco.

—El entrenador está impresionado contigo —me saluda Drake.

—¿DeLuca? ¿Estás bromeando o simplemente no escuchaste? Se ha enfadado.

Kiano se une y se ríe.

—Créeme, si se hubiera enfadado de verdad, ahora mismo parecerías un conejo de origami. Hay exactamente dos cosas que el entrenador no tolerará en absoluto, y una de ellas es que abandones el entrenamiento durante más tiempo que un simple descanso para orinar.

—¿Y lo segundo?

—Eso es aún peor, mucho peor. Es como cuando haces un mate en tu propia canasta en el último partido ante millones de telespectadores: nunca te recuperarás de las consecuencias.

—¿Podrías ir al grano, por favor? ¿De qué se trata?

—Bueno, nunca, bajo ninguna circunstancia...

—¿Qué demonios fue todo eso? —la voz airada del agente de Wesley resuena en la habitación, dando a Kiano una pausa.

Ambos nos damos la vuelta tras el delirante Mike.

—¡Dejaste que un novato te pusiera en evidencia, Wesley! ¡Un puto novato! Has estado en este equipo durante años, ¡deberías ser mejor que eso! ¡Te atropelló como si no estuvieras allí!

—Bueno, definitivamente no fue así, al contrario —Salto verbalmente al lado de Wesley.

—Cállate, Williams —me suelta.

¿Se ha tomado mi intercesión como un trato condescendiente? Bueno, como quiera.

Encogiéndome de hombros, me seco la cara en la toalla y me la cuelgo al cuello.

—¡No jugaste con suficiente agresividad! —continúa furioso el agente de Wesley—. Actuaste como si fuera el primer partido de tu puta vida y como si nunca...

—¡Ya basta! —La voz de DeLuca, como un trueno, hace callar al agente—. El único que grita

aquí soy yo, ¿entendido? Así que cállate, Mike, y lárgate.

Mike se hincha.

—¡Soy el agente del Sr. Chamberlain! —dice indignado—. Puedo hacer lo que sea...

—Me importa una mierda quién eres o qué haces fuera, ¡pero aquí mando yo! —La voz de DeLuca se quiebra—. Y si no levantas los pies ahora mismo y sales de aquí, no podrás pisar ninguna cancha en ningún lugar de este país, ¡me aseguraré de ello!

El entrenador se ha puesto completamente rojo, y la pequeña vena de su sien palpita. Parece a punto de lanzarse a la garganta de Mike, y gesticula con tanta rabia y expansividad que le arranca de las manos el sujetapapeles al ayudante del entrenador Stanley. Sus rabietas son legendarias, pero también lo es su compromiso con sus jugadores.

Los ojos de Mike se abren de par en par, su boca se abre y se cierra un par de veces, pero luego asiente y se apresura a poner una distancia segura entre el entrenador y él.

—Hablaremos más tarde, Wesley —dice antes de salir a toda prisa del vestíbulo.

Cualquier otra cosa me habría sorprendido. El carácter colérico de DeLuca es famoso e infame desde el vídeo viral en el que rompió su bolígrafo, e incluso la pizarra de tácticas, durante un partido de pura rabia. Desde entonces, Sam, el encargado del equipo, no sólo ha llevado sus toallas y botellas de agua a todos los partidos, sino también numerosos bolígrafos y tableros tácticos de repuesto. Hay que tener muchas agallas para enfrentarse a un DeLuca enfadado, y Mike no me dio la impresión de tenerlas. Mientras se da a la fuga, DeLuca se vuelve hacia Wesley:

—¡Reunión en mi despacho! ¡Ahora!

Le doy crédito al entrenador no sólo por mandar de paseo a Mike, sino también por no querer acorralar a Wesley delante del resto por su rendimiento.

Qué estupidez que se diera cuenta de lo largo que había sido mi descanso. Tengo que arreglármelas para ocultar mejor este tipo de acciones en el futuro. Porque volverán a ocurrir.

Pensar en la catástrofe de la que estuve a punto de ser víctima me enferma. Y no estoy hablando de la ira de DeLuca, si no de la desesperación de otra persona...

—Entonces lo daremos por terminado, muchachos, aunque aún no sean las seis —grita DeLuca —. Asegúrense de dormir lo suficiente este fin de semana, será el último sin partido en mucho tiempo. El lunes nos pondremos en marcha de verdad y el entrenamiento no será tan relajado como hoy. Lleguen a la hora, y sin su maldito ego.

—¿Relajado? —repite incrédulo Emerson.

—¡Eso no fue para nada relajado! —se queja Artos, pero en voz muy, muy baja.

Quiero preguntarle a Kiano qué es lo segundo, y aparentemente peor, que no puedes hacerle al entrenador DeLuca bajo ninguna circunstancia, pero ya se ha colgado la mochila al hombro y marcha hacia los vestidores.

Estoy a punto de hacer lo mismo, pero algo resuena en mi cabeza al oír las palabras de DeLuca y

vacilo. Frunciendo el ceño, miro a mi alrededor, mis ojos se posan en el reloj y me doy una palmada mental en la frente. Casi se me pasa llamar a la chica que conocí hoy en el descanso.

Ahora que ha terminado oficialmente, probablemente podré hacer una llamada sin que DeLuca se ponga furioso. ¡Porque no puedo y no me permitiré otro paso en falso con el entrenador!

Saco el celular, busco el número de Riley y le marco. Mientras se establece la conexión, la imagino sacudiéndose el pelo a cámara lenta. Esos estúpidos anuncios no me dejan en paz. Aunque, por supuesto, Riley haría eso desnuda. O en la ducha. Sí, una mujer desnuda enjabonándose con movimientos sexys siempre es una buena idea.

Contesta la llamada y anuncio en mi tono de voz más insinuante:

—Te dije que llamaría. Y olvidé decir antes que tienes un pelo jodidamente bonito.

Un extraño silencio contesta a mis palabras. Al menos al otro lado de la línea, porque aquí en el pasillo el volumen sigue alto. ¿Acaso no he oído la respuesta de Riley?

Me tapo la otra oreja y repito mis palabras, pero esta vez más alto:

—Hola, guapa, te dije que llamaría.

—¿Me estás tomando el pelo, Colter? —me grita a través del móvil ¡Y escucho la voz del entrenador DeLuca!

Giro la cabeza, sin comprender y miro el rostro de DeLuca. Su cara está roja de ira, con una amenazadora vena temporal palpitante, y también tiene el celular en la oreja.

—¿Qué mierda? —me grita directamente.

Cuando me doy cuenta, casi se me cae el celular: ¡Estaba coqueteando con mi entrenador!

Capítulo 7

Riley

¡Espero que eso le enseñe a ese machista arrogante una lección sobre el narcisismo hacia las mujeres!

Apenas puedo contener la risa al ver la cara de horror de "Yo soy Colter Williams". A pesar de tener los labios apretados, me río para mis adentros mientras bajo las escaleras de la plataforma y me dirijo hacia mi padre, que en estos momentos está dándole a Colter su merecido.

La mayoría de los jugadores se marcharon en cuanto papá anunció el final de la sesión de entrenamiento de hoy, sólo Artos y Emerson se quedaron en la banca, observando con satisfacción cómo Colter recibe una paliza de mi padre. Casi siento pena por él, después de todo, no es culpa suya, pero se merece esta lección.

Ahora es el momento de distraer a mi padre antes de que lo destruya por completo, y mi remordimiento, a pesar de mi triunfo, sea demasiado grande.

—Crees que eres muy gracioso, ¿no? —Papá está gritando ahora—. Si tú...

—Ni siquiera entiendo cómo esto...

—...crees que tienes un futuro aquí comportándote así, entonces...

—Pero ya le dije que debió ser una coincidencia, el número de teléfono debió estar mal guardado o tal vez...

—¡Puedes recoger tus cosas e irte! ¡Espero haber sido lo suficientemente claro!

Colter lanza un suspiro.

—Sí —admite derrotado, aparentemente habiéndose dado cuenta de que no tiene sentido discutir con Giovanni DeLuca en este momento.

Entonces mira a un lado, me ve y se sorprende.

—¿Cómo has entrado aquí?

No tiene ni idea de lo bien que encaja esta pregunta en el contexto. Pero esta vez tuve suerte en cuanto al control de acceso, porque Harry estaba ocupado descargando una nueva máquina de limpieza para pisos en los estacionamientos y me abrió la puerta. También le pedí que le dijera a Ernie que necesitaba un nuevo carné de identificación.

Papá sigue la mirada de Colter.

—Ahí estás —grita, porque, al igual un coche que viaja a una muy alta velocidad y con una distancia de frenado a su vez larga, papá siempre necesita un momento para volver a un tono de voz normal. Se aclara la garganta y vuelve a decirlo, pero mucho más bajo—: Ahí estás.

Colter, por su parte, está empezando a voltearse, mientras mira a un lado y a otro entre papá y yo, sin comprender.

—¿Una nueva empleada?

—No del todo —respondo, sonriendo inocentemente a Colter antes de volverme a dirigir a mi padre—. ¿Estás listo, papá?

Rápidamente la sorpresa se dibuja en la cara de Colter.

—¡¿Papá?!

—¿De qué otra forma se supone que me llame? —dice mi padre—. ¿Abuela? —Sacudiendo la cabeza, se vuelve hacia mí—. Sólo tengo que hablar con Wesley, cara mia, y luego podemos irnos—. Y se marcha, refunfuñando.

En cuanto papá se aleja, Colter, aún atónito, lo señala a él y luego a mí.

—¡¿Qué demonios...?!

—¿Olvidé mencionarlo? —pregunto inocentemente.

—Al parecer sí —gruñe y se lleva las manos a los costados.

—Bueno, ¿cómo se me ha podido olvidar algo así? —No me molesto en fingir que estoy cabizbaja por ello y saludo alegremente hacia la banca de los jugadores—. Hola, chicos.

Mientras Emerson me devuelve el saludo con un signo de victoria, Drake responde con más confianza.

—¿Todo bien, cariño? —Esto se le debe haber escapado por hábito, porque probablemente llama así a todas las mujeres con las que sale o de alguna forma parecida, porque en cuanto se da cuenta de lo que acaba de decir, mira a su alrededor sorprendido. Sin embargo, papá ya abandonó el lugar, así que Drake vuelve a sentarse, aliviado.

—Así que eres la hija del entrenador. —Colter vuelve a llamar mi atención y mi mirada.

La hija de... ¡Cómo odio ser siempre la hija de! ¡Como si esa fuera mi única característica, el único propósito de mi existencia!

¿Por qué no un “el entrenador es tu padre” para variar? Claro, significa lo mismo, al menos para otros. Para mí, sin embargo, después de tantos años, por mucho que intente que no me afecte, es algo que no puedo ignorar.

—Siento muchísimo no habértelo dicho enseguida, pero no creí que fuera necesario, después de todo, asumí que eras del equipo de limpieza.

—¿Equipo de limpieza? —Los chicos del banco agudizan el oído y se enderezan.

—No lo he olvidado —gruñe Colter.

—Lo siento, no era mi intención recordártelo —susurro—. Sólo que pensaba que los jugadores de baloncesto eran altos.

—¡Auch! —dice Drake desde la banca, sonriendo ampliamente.

—Cállate — le dice Colter con el ceño fruncido.

—No estés triste, chico —continúa Drake—. ¿Para qué sirven los banquitos? Harry seguro que tiene uno en alguna parte.

—Deberías estar ocupado secándote todo el sudor que derramaste hace un rato —dice Colter—. Fue demasiado para ti, ¿no?

Mientras Drake asimila esta respuesta con una sonora carcajada, Colter se vuelve hacia mí, con los ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿por qué no dijiste nada cuando supiste quién era yo?

—Supongo que estaba demasiado ocupada admirándote —digo, sonriendo dulcemente—. Cuando eres… ¿puedo citarte? El gran Colter Williams.

Emerson, en la banca, le da un codazo a Drake en el costado. Los dos se divierten visiblemente a costa de Colter.

Pero éste mantiene la calma.

—No te reíste mucho en la cancha como ahora. Uno pensaría que alguien que es casi tan alto como la canasta anotaría mejor contra un enano como yo.

Estuve a punto de discrepar, porque contrariamente a mi afirmación anterior, Colter es cualquier cosa menos enano, pero es evidente que sabe reírse de sí mismo.

—Sólo quería darte una oportunidad, novato —responde Drake con una sonrisa, toma su bolsa y sale de la cancha. Pero he visto antes a Colter en acción y sé que la afirmación de Drake no es más que una broma entre compañeros. En secreto, incluso me resulta difícil no sentirme impresionada por el desempeño de Colter en el campo.

Se ahorra la respuesta y se gira hacia mí.

—Así que crees que soy un egocéntrico y sólo actuaste así para darme una lección —dice y cruza los brazos, que es bastante insoportable porque siguen siendo impresionantemente musculosos—. No está mal, felicidades.

Ladeo la cabeza, asombrada. Lo último que esperaba era que me elogiara por mis acciones. Y el hecho de que pareciera que está reprimiendo una carcajada me molesta casi más que su compostura.

—No fue difícil —respondo—. La experiencia me ha demostrado que muchos atletas suelen tener más músculo que cerebro.

Colter está perplejo. ¿Por fin le di en un punto sensible? Al menos es el caso de Emerson, porque de repente no parece estar muy contento como antes, y sin duda me habría lanzado una estúpida frase si mi padre no fuera el entrenador.

Colter, por su parte, para mi asombro, se echa a reír de repente.

—¿Algún cliché más que puedas sacar? —pregunta divertido.

Molesta porque no he conseguido enfadarlo, cruzo los brazos y me quito el flequillo de los ojos.

—¿Quieres decir, por ejemplo, que los que presumen su auto como tú, lo hacen para compensar otras cosas? —Le dirijo una mirada significativa a sus pantalones—. ¿O no todos los clichés son ciertos?

—Definitivamente lo son con él, créeme —comenta Emerson con una amplia sonrisa.

Colter lo ignora y me mira significativamente.

—Pareces muy interesada en demostrar algo.

—No, gracias, no me gusta que me decepcionen en la cama.

Emerson se da palmadas en los muslos y aplaude divertido.

—¿Tienes algún problema conmigo en particular o con todos los hombres? —me pregunta Colter en tono interesado.

—Sólo con jugadores de baloncesto arrogantes que se creen el centro del mundo.

—¿Y con los demás?

Entrecierro los ojos.

—¡Contigo!

Colter me mira con expresión impenetrable, pero antes de que pueda responder, Emerson se le adelanta:

—Es una pena que me tenga que ir, chicos —dice y se levanta—. Me hubiera encantado buscar unas palomitas y seguir viéndolos. —Dicho eso, sale de la sala.

Lo que nos deja a Colter y a mí solos, como de repente me doy cuenta. Trago saliva. ¿Fue buena idea tomarle el pelo? Por precaución, doy un paso atrás.

—No te preocupes —dice levantando la ceja izquierda—. Suelen ser las mujeres las que se me tiran encima, no al revés.

Suelto un bufido despectivo.

—Precisamente por eso te mereces esta lección.

—¿Porque las mujeres se me tiran encima?

—Porque crees que eres irresistible.

—No creo que lo sea, lo soy.

—Oh sí, algo parecido a la gripe.

—Así que te haré ver estrellas.

—Realmente, hablo del tipo de gripe que te hace vomitar.

Las comisuras de sus labios vuelven a crisparse.

—Tengo la sospecha de que no tienes muy buena opinión de mí —dice.

—Oh, yo no lo diría así. De todos modos, tu ego está flotando tan alto que podrías pasar fácilmente por un globo aerostático.

—Estás aludiendo al hecho de que las mujeres se calientan a mi alrededor, ¿verdad?

—No, me refiero al hecho de que la fiebre y los vómitos suelen ir de la mano.

Colter se ríe y yo frunzo el ceño, irritada. Debería estar molesto, ¡por el amor de Dios!

En lugar de eso, da bruscamente un gran paso hacia mí.

Quiero retirarme, pero su olor, una mezcla extrañamente seductora de sudor, loción para afeitar y mucha masculinidad, me envuelve y me retiene.

—Bueno... —dice en voz baja y oscura, y el profundo timbre de su voz hace vibrar algo dentro de mí—...te olvidarás muy rápido de esos clichés cuando me des tu número real.

Eso me deja sin palabras por un momento. ¿Todavía no se rinde? ¿Después de lo que le hice? Su reacción me confunde demasiado. Y me confunde aún más mi cuerpo, que sigue negándose a moverse fuera del alcance de esta carga concentrada de testosterona.

—Eres el último hombre del mundo al que le daría mi número —anuncio finalmente con una calma que en realidad no siento—. Porque no me sirven los chicos que se acuestan con una mujer distinta cada noche.

—Ah, sí... —Asiente pensativo—. No me sorprende lo bien informada que estás sobre mí.

—¿No te sorprende? ¡Ja! Sólo tuve que buscarte en Google.

Levanta la ceja izquierda significativamente.

—Vaya, vaya, así de interesada estás en mí.

El calor se dispara en mi cara y espero fervientemente que mis mejillas no brillen como la puesta de sol en Santorini.

—¡Claro que no!

—Como dije, mi oferta sigue en pie. —Sonríe ampliamente.

—¡Prefiero comer cucarachas que salir contigo!

Espero que por fin se enfade o reaccione ofendido, pero en lugar de eso el único movimiento que hace es contraer las comisuras de los labios.

—Eso ha sido muy... gráfico.

Dios mío, ¿a este chico no lo pone nervioso nada?

Obviamente no, porque ahora se inclina lentamente hacia mí.

—Sin embargo, es obvio que nos hemos malinterpretado.

De nuevo, quiero retroceder, pero al mismo tiempo no quiero darle la satisfacción de haberme obligado a hacerlo, así que no me muevo.

Colter se detiene junto a mi oreja, siento su aliento caliente en mi cuello y se me erizan los pelos de todo el cuerpo.

—¿Porque quién dijo que quería salir contigo? —susurra Colter.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Entonces qué querías decir?

—Sólo sexo.

Aturdida, abro los ojos mientras mi pulso se acelera más que cualquier auto de carreras y mi corazón late con fuerza contra mis costillas.

—Algo único —añade Colter con voz ronca—. En todos los sentidos.

Finalmente recupero el control de mi cuerpo, retrocedo bruscamente y no sé si abofetearle o admirarlo por su valentía; al fin y al cabo, papá le arrancaría la cabeza si se enterara de su insinuación.

Colter, sin embargo, se endereza tranquilamente, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y parece como si acabara de ofrecerme una galleta. Por un momento me pregunto si lo habré oído mal y estoy a punto de seguirle la corriente. Pero entonces me doy cuenta de que, ni borracho, sería capaz de confundir las galletas con el sexo.

—Algo únicamente malo, ¿no? —me esfuerzo por decir, fingiendo compostura.

En su cara se dibuja un gesto de diversión.

—No puedo negar que las mujeres me odian después de solo estar una noche conmigo, pero sólo porque siempre he mantenido mi promesa de que sería una sola vez.

La forma en que me mira, con ese brillo oscuro en los ojos que me promete la noche de mi vida, hace que el calor me inunde. Quiero darle una respuesta picante, pero de repente tengo la garganta demasiado seca para responderle. A diferencia de mi cabeza, mi cuerpo sabe exactamente cómo reaccionar a sus palabras y amenaza con traicionarme. Pero eso es obviamente sólo porque no he tenido sexo durante demasiado tiempo. Lo que, por otra parte, hablaría a favor de al menos pensar en la oferta de Colter...

—Bueno... eh... yo...

—Date prisa, Riley. —Suena la voz de mi padre desde uno de los pasillos del vestíbulo y, por suerte, me saca de mi confusión emocional.

—Sigue soñando —murmuro.

—El sueño te lo dejo a ti. Porque por mi parte, sería ojo por ojo.

Parpadeo, perpleja.

—¡¿Qué?!

Sonríe complacido.

—Ahora estamos en paz.

Me quedo mirándolo sin palabras.

—Yo no te tiraría en serio —continúa—. Ahora que sé que eres la hija del entrenador.

¡Y ahí está otra vez! Hijo de ...

Antes de darme cuenta, levanto la mano para darle una bofetada.

Pero sus reflejos son los de una cobra. Interceptó mi movimiento en el último momento agarrándome de la muñeca.

—Vaya, el gatito tiene garras —susurra.

Trato de liberar mi mano de su agarre, pero es como tratar de mover una montaña.

—¡Riley! Odio llegar tarde. —Vuelve a sonar la voz de papá, mucho más impaciente.

Sólo ahora Colter me suelta y me arranco de un tirón.

—¡Hijo de puta! —siseo, dándome la vuelta bruscamente y asegurándome de salir lo antes posible de su alrededor, que me está haciendo sentir tan extraña.

¿Qué demonios me pasa? Y no estoy hablando del hecho de que casi golpeo a alguien por primera vez en mi vida.

Capítulo 8

Riley

—... ¡y luego ese creído de Caden tuvo la osadía de intentar decirme cómo organizar mi entrenamiento! —se enfurece papá, clavando el tenedor en el aire como si quisiera ensartar al director general de los Miami Flames, con quien mantiene una especie de relación de amor-odio.

Mientras mi padre habla, yo empujo con desgana la hamburguesa de un lado a otro en mi plato. Me limito a dar sorbos al champán que nos ha servido el camarero Keith. Casi nunca bebo alcohol, pero antes de irnos, Yvette también quiso brindar por su cumpleaños con papá y conmigo, y un poco más tarde vino un viejo amigo de papá con la misma idea. No podía ofenderlo a él ni a Yvette negándome. Así que ya me siento bastante mareada, pero ese no es el motivo de mi mal humor.

El plan de ayer de comer relajadamente en un restaurante tras mi llegada se vio estropeado por una interminable discusión entre mi padre y Reeve Rockwell, el propietario de los Miami Flames, que apareció en el estacionamiento del centro de entrenamiento justo cuando estábamos a punto de irnos. Como después casi nos morimos de hambre, nos conformamos con pedir comida para llevar del local de la esquina. Y hoy parece que es Caden, con quien mi padre estaba

hablando por teléfono desde hace un momento, quien me va a estropear la noche.

Pero no es lo único que me molesta: también he intentado convencer, en vano, a papá de que al menos hoy en su cumpleaños me lleve a Lorenzo's, nuestro restaurante italiano favorito, al que íbamos con mamá... Siempre celebrábamos allí ocasiones especiales con ella, en nuestra mesa habitual de la pequeña alcoba con el precioso cuadro de Roma en la pared y la inigualable pasta que sirven allí. Revivir esta tradición y todos los maravillosos recuerdos juntos me habría hecho sentir más cerca de mamá.

En cambio, ahora estamos sentados en el Blue Light, un bar de deportes. Aunque en realidad ese no es el problema, sobre todo porque Keith es un auténtico bombón y un tipo realmente agradable. Es más, el bar se parece al de How I Met Your Mother, pero eso es todo lo positivo que puedo sacar de este lugar, porque es uno de los lugares favoritos de los jugadores del Miami Flames.

Al menos ninguno de ellos está aquí hoy. Sin embargo, vuelvo a pensar en Colter. Ese arrogante, prepotente y, por desgracia, maldito imbécil.

Cuando pienso en lo que me dijo, me siento muy diferente. Ese brillo en sus ojos, ese tono en su voz... Incluso recordarlo me hace estremecer. También es injusto que alguien con una cara tan bonita tenga un cuerpo tan sexy. ¿En qué demonios estaba pensando el universo? Lo mismo ocurre con el color exageradamente maravilloso de sus ojos. Con esa maldita cicatriz encima de la frente, que le da ese toque atrevido y misterioso para rematar. ¿De dónde habrá salido? ¿Y qué significa el tatuaje de números en el pecho que pude ver en una de las fotos? Sólo el que tiene en la parte superior del brazo podría corresponder al día en que fue reclutado para la NBL. El otro, al igual que la cicatriz, fue objeto de las más descabelladas especulaciones y...

—Pero ¿qué hace? —Papá me saca de mis pensamientos golpeando su vaso sobre la mesa.

—¿Colter?

—¿Qué? ¿Por qué Colter?

—Ejem, quise decir Caden.

—¡Estoy hablando de Malone!

—Oh. Okay. —Obviamente, mi mente se había quedado demasiado absorta con Colter y me perdí parte de la conversación. O más bien del monólogo, porque hasta ahora sólo ha hablado mi padre. Y el tema es siempre el mismo. Molesta, aparto el plato de mí—. ¿Podemos hablar de otra cosa que no sea baloncesto, para variar? —pregunto, pero papá ya ha vuelto a hablar.

—...quién se cree que es, que...

—Papá.

—... puede comportarse así conmigo y ...

—¡Papá!

—¿Eh? ¿Qué? —Confundido, levanta la vista de su plato.

—Estoy bien.

Parpadea.

—Ejem. Bien. Es estupendo. Y me alegro.

—Pensé en mencionarlo, porque aún no me lo has preguntado.

—Sí, claro que sí.

Suspiro.

—No.

Se rasca la nuca y carraspea.

—Estaba seguro de haberlo hecho. Lo siento, supongo que han pasado muchas cosas en el entrenamiento de hoy y durante todo el día.

Me río amargamente.

—Como siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Es lo mismo de siempre: el baloncesto gobierna tu vida el cien por ciento del tiempo. La mía no te interesa y yo no tengo cabida en la tuya.

—¡Tonterías! —ruge—. ¿De dónde has sacado semejante basura?

—¿Cómo van mis estudios ahora?

—¿Qué? ¿Cómo? Ehm, ¿no se supone que eres tú la que debes responder a eso?

—Me encantaría, pero no me lo has preguntado. Tampoco me preguntaste cómo me llevo con mis compañeros de piso o cualquier otra cosa que esté pasando en mi vida.

—Bueno... yo... pensé que, si había algo importante, ya me lo dirías.

—Ah. Qué interesante. ¿Así que no hay nada en mi vida que sea tan importante como en la tuya?

Frunce el ceño.

—¡Yo no dije eso!

—Pero sí que lo crees —respondo con tristeza—. ¡Porque para ti simplemente no hay nada en el mundo más importante que el baloncesto!

Su boca se abre y se cierra. No puede contradecir mis palabras con nada sólido. No me sorprende, pero me duele. Tanto que puedo sentir literalmente cómo se me aprieta el corazón por un momento, aunque hace años que ya lo siento así.

—Eso no es cierto —afirma finalmente con desgana—. Tú eres importante para mí. Todo lo que tiene que ver contigo.

—¿Me preguntaste si estoy saliendo con alguien?

—No, pero... bueno... quiero decir... no es un problema para... quiero decir, yo... Jesús, Riley,

¿qué esperas que haga? Es algo con lo que prefieres... —Se interrumpe.

—¿Hablarlo con mi madre? Bueno. —Lo miro significativamente, pero él evita mi mirada. Como siempre, cuando la conversación gira en torno a mamá, estalla mi ira—. Incluso podría estar embarazada —suelto—. De una aventura de una noche.

Papá se congela.

—Y puede que el padre sea uno de tus jugadores —añado, recordando la oferta de Colter.

A papá se le va el color de la cara.

—Eso... todo eso es puramente hipotético, ¿no? —grazna.

Me planteo brevemente responder que no a la pregunta, pero papá ya está tirando de su collar, jadeando. No quiero arriesgarme a que le dé un infarto.

—¡Claro que sí! —aclaro, poniendo los ojos en blanco; después de todo, nunca he tenido una aventura de una noche, pero sospecho que mi padre no está receptivo a escuchar esos detalles ahora mismo—. ¿Pero entiendes lo que trato de decir?

El color vuelve lentamente a la cara de papá. Más de lo que debería.

—¡No se bromea con algo así! —me suelta.

—Creí que sólo no se bromeaba sobre la seguridad. —Estoy tan decepcionada por la falta de interés que mostró por mí durante toda la velada que no pude evitar hacer este comentario sarcástico.

—¡Eso también! ¿Te has vuelto completamente loca para pensar siquiera en algo como... ya sabes qué... con uno de los jugadores? —resopla, secándose las gotas de sudor de la frente con la servilleta—. ¡Ninguno de ellos tiene intenciones serias! Para ellos, no es más que otro deporte acostarse con jovencitas ingenuas como tú y luego dejarlas tiradas.

Sus palabras son como una bofetada.

—¿Crees que soy ingenua? —Mi voz tiembla de rabia reprimida.

—En cualquier caso, me refiero, a que eres demasiado bondadosa y de buen corazón, mientras que la mayoría de los hombres son todo lo contrario, ¡especialmente los deportistas profesionales! ¿No te he dejado siempre muy claro que esos tipos no son para ti y que deberías alejarte de ellos? —Me habla con el dedo índice levantado. ¡Como si yo tuviera cinco años y hubiera pintado las paredes!

Ahora también me tiemblan las manos.

—Oh, sí, lo hiciste, pero hace tiempo que perdiste el derecho a decirme con quién puedo y con quién no.

—¡¿Perdón?!

—¡Soy una persona adulta!

Jadeando, resopla ruidosamente.

—¡Sólo en papel!

Dejo su punto sin comentar y me atengo a los hechos.

—No me importa cómo lo veas. Soy mayor de edad y puedo hacer lo que quiera.

Inclinados hacia delante, nos miramos fijamente, él tan alterado como yo. Le tiemblan las fosas nasales, le palpita la vena de la frente, pero entonces, para mi sorpresa, no explota definitivamente, sino que se masajea la sien.

—Muy bien... ¿quieres hablar? Pues habla. ¿Cómo van tus estudios?

Lo miro con incredulidad, pero luego contengo mi orgullo y mi rabia. Realmente me había imaginado que las circunstancias serían diferentes, pero no quiero desperdiciar esta rara oportunidad de tener por fin una conversación adecuada con él.

—Bien, presta atención: Tengo una nueva compañera de piso, Amber, es muy simpática y…

—¡Giovanni, viejo gánster! —dice alguien en voz alta. No, no alguien, sino Ken Banes, el entrenador de atletismo. De todos los momentos en los que podría aparecer, ¿tiene que ser justo ahora?

Completamente desconcertada, doy la vuelta y me quedo boquiabierta, porque Ken no sólo viene hacia nosotros, sino que lleva a medio equipo consigo. Y todo el mundo lo felicita a gritos.

Papá se levanta feliz e inmediatamente es abrazado por Ken.

—Feliz cumpleaños —vuelve a tomar la palabra—. ¡Tenemos que brindar por el hecho de que ya eres oficialmente un viejo! ¿O creías que podías cumplir un año más sin nosotros, y mucho menos celebrar este acontecimiento solo?

¿Solo? ¿Y yo qué? Me giro hacia papá.

—¿Lo sabías?

—No, quiero decir... —Se aclara la garganta y parece un poco culpable—. Sabía que Ken quería quedar conmigo, pero no tenía ni idea de que iba a traer a los chicos y que esto iba a ser una especie de fiesta sorpresa.

Papá levanta las manos un poco impotente, pero puede prescindir de esta disculpa.

Con gran dificultad, y solo porque detesto las escenas públicas, me abstengo de golpear la mesa con rabia o simplemente de gritar mi decepción. En lugar de eso, vuelvo a agarrar la copa de champán y la vacío de un trago. Me doy cuenta de que es una de mis peores ideas, cuando el calor que deja en mi garganta y estómago me calienta todo el cuerpo hasta los dedos de mis manos y pies, haciendo que mis piernas se sientan pesadas. Por reflejo, bebo un buen trago de mi vaso de agua, aunque, por supuesto, eso no neutraliza los efectos del alcohol.

Quiero decirle a papá que quiero irme, pero ya es el centro de atención del bar, rodeado de jugadores, personal y otros invitados que lo celebran. El número de personas en el Blue Light casi se ha duplicado desde que llegaron los jugadores, en parte porque muchos de ellos llevan en brazos a una mujer más o menos vestida. Los ruidosos jugadores de baloncesto empujan involuntariamente a mi padre lejos de mí. Tan altos y musculosos, son como un muro tras el que

ya no puedo ver a papá, y mucho menos comunicarme con él, así que, me quedo sola en la mesa.

De nuevo, todo gira en torno al baloncesto, ¡mientras que yo no tengo cabida en la vida de papá!

Mi mano se aprieta alrededor de mi vaso de agua aún lleno, estoy a punto de tirarlo contra la pared, pero no lo hago. A pesar de todo, es mi padre y no quiero arruinarle su cumpleaños.

De repente, echo de menos a mi madre con una fuerza que hacía años no sentía, se me aprieta el corazón y trago saliva con fuerza, intentando deshacer el nudo que se me hace en la garganta.

¿Qué debo hacer ahora? Preferiría recoger mis cosas y volver a Tallahassee, aun con el riesgo de que mi padre aparezca mañana y que mis compañeros me echen del piso. Volver a casa, o mejor dicho, volver a la que alguna vez fue mi casa, y consumirme sola en mi ira no es una opción. Prefiero quedarme sola en rincones oscuros para enojar a papá. Otra opción sería ahogar mi frustración en más alcohol. Dado que ya me siento bastante mareada, eso debería suceder bastante rápido.

En silencio, cojo el bolso, me levanto y abandono la mesa para abrirme paso entre la gente hasta la barra.

Mi padre ni siquiera se da cuenta que me marcho.

Capítulo 9

Riley

Al llegar a la barra, me doy cuenta de que sigo agarrando mi vaso de agua. Keith, sin embargo, está mezclando las bebidas para el equipo de papá, al parecer por encargo del entrenador de atletismo, y tengo que esperar a que termine para poder pedir algo.

—Feliz cumpleaños —murmuro amargamente y alzo mi vaso de agua en un irónico brindis por el grupo que rodea a mi padre.

—Pero no pareces muy feliz —dice una voz a mi izquierda, cuyo sonido hace que se me ponga la piel de gallina.

¡Me estás jodiendo! De todas las personas, ¿tiene que ser Colter el que presencia esta escena?

—No me extraña, viéndote a ti —le digo bruscamente.

—Es extraño que seas la única que lo ve así —responde divertido.

Idiota arrogante.

—Sólo tengo buen gusto.

—La frase perfecta para mi próximo tatuaje.

¿Tiene una respuesta para todo? Debería irme antes de que esto empeore más, porque ya estoy bastante enfadada y frustrada como para estar cerca de Colter, y eso no es bueno para mi equilibrio emocional. Solo unos segundos cerca de él, y ya está haciendo que todo dentro de mí hormiguee. Sólo con ira, por supuesto, o al menos, la mayor parte. Pero la mención de su tatuaje ha despertado mi curiosidad. Con el ceño fruncido, me vuelvo hacia él.

—¿Qué significan los números de tu pecho?

Levanta una ceja significativamente.

—Es interesante que sepas de su existencia, porque que yo recuerde, nunca estuve sin ropa en ninguno de nuestros encuentros anteriores.

El calor se dispara a mis mejillas.

—Si no quieres que nadie vea el tatuaje, no deberías seguir tomándote fotos medio desnudo con mujeres cualquiera.

—Ahora suenas como Holden.

—¿Quién?

—Mi agente. Siempre está regañándome por eso.

—Ya me cae bien. ¿Entonces? ¿Qué significan esos números? Definitivamente no es tu cumpleaños.

Se pasa la mano por la barba de tres días con fruición.

—Vaya, vaya, alguien estuvo investigando mucho sobre mí.

Me ruborizo, para mi disgusto.

—No te creas tan importante—siseo—. Hasta la fecha de nacimiento de mi fontanero está en Internet.

Su risa suave hace vibrar algo dentro de mí. ¿Por qué demonios hasta su risa tiene que ser sexy? ¿Y por qué tiene que ser tan increíblemente sexy? Incluso las otras personas del bar lo notan. No me sorprendería que su sola presencia subiera la temperatura del lugar.

Molesta, me doy la vuelta y quiero marcharme, cuando de repente me pasa por la cabeza un pensamiento tan absurdo y a la vez tan obvio que me deja sin aliento.

Me vuelvo lentamente hacia Colter y lo miro pensativa.

—Te me insinuaste incluso antes de saber quién era mi padre. Así que, en ese momento, ibas muy en serio.

—Después de todo, no soy adivino —responde encogiéndose de hombros.

Eso es todo lo que necesito de él para adentrarme.

—Tu reacción estuvo justificada, lo admito. La única razón por la que quería abofetearte era porque una vez más era sólo “la hija de”.

Frunce el ceño, confundido, pero no tengo ganas de explicar mi afirmación ahora y vuelvo a mirar a mi alrededor en busca de mi padre antes de continuar.

—Debería haberlo hecho, por la impertinencia de la oferta que me hiciste.

Colter lanza un suspiro.

—Vale, vale, si de verdad te hace sentir mejor abofetearme, adelante.

Papá aún no se ha dado cuenta de mi ausencia y eso duele. Así que respiro hondo y me vuelvo hacia Colter.

—Vámonos.

Levanta las cejas con asombro.

—¿Quieres pegarme fuera?

Sacudo la cabeza.

—Vamos a tu casa.

—Ahora estás exagerando.

Pongo los ojos en blanco, exasperada.

—¡No quiero pegarte!

—¿Entonces? —Me mira, visiblemente confuso, y da un gran trago a su Budweiser.

—Quiero tener sexo contigo.

Escupe la cerveza con un bufido, lo que provoca fuertes quejas de los que estaban pasando en ese momento, pero que cesan rápidamente en cuanto se dan la vuelta y ven quién está frente a ellos.

—¿Quieres qué?

—Sexo.

—¿Acaso estás borracha? —Mira mi vaso con desconfianza.

—Ojalá. —Después de todo, estar cabreada no es lo mismo que estar borracha—. De hecho, es una muy buena opción. —Miro a Keith, que sigue muy ocupado.

—No —contradice Colter enfáticamente—. En realidad, es una mala idea.

—Mira quién lo dice. —Señalo la botella en la mano de Colter y el vaso de whisky frente a él, que obviamente ya se ha vaciado.

—Exacto. Mira quién lo dice. —Me devuelve con una sonrisa y, como para fastidiarme, da un gran trago.

—Si te hace sentir mejor, adelante —repito sus palabras de antes—. Siempre que no estés demasiado borracho para acostarte conmigo después.

Al menos esta vez no escupe el trago, sino que se atraganta y tose violentamente. Cuando recupera el aliento, me mira bruscamente a los ojos.

—¿Hablas en serio?

—Ya lo creo.

Sin más preámbulos, me quita el vaso para ponerlo en la encimera, fuera de mi alcance.

—Eso era agua, idiota —le informo secamente.

—Más vale prevenir que lamentar —dice, mirándome con escepticismo.

Pongo los ojos en blanco.

—Esto no puede ser verdad, ¿tengo que hacer una prueba de alcoholemia para acostarme con alguien?

Varios de los tipos que acababan de quejarse de la lluvia de cerveza se vuelven hacia mí.

—Conmigo no —habla uno de ellos y se acerca con el pelo brillante y una sonrisa igual de babosa.

Sólo da dos pasos antes de chocar con el brazo extendido de Colter.

—Vete a la mierda antes de que tus compañeros tengan que llamar a una ambulancia —le dice Colter con el ceño fruncido.

Por un momento, parece como si el otro hombre estuviera a punto de involucrarse en una pelea, ya que se echa sobre su pecho, jadeando, pero después de dar un rápido repaso a la parte superior de los brazos de Colter, que es mucho más ancha y musculosa que la de él, levanta apresuradamente las manos.

—Oye, no te ofendas. No tenía forma de saber que querrías acostarte con ella.

—No quiere, ése es el problema —digo encogiéndome de hombros mientras sonrío inocentemente a Colter.

Al segundo siguiente, Colter me agarra bruscamente por el hombro y me empuja más allá del bar, hacia el pasillo de los aseos.

Oh. Vale. Eso fue más rápido de lo esperado. Sinceramente, incluso demasiado rápido para mi gusto. De repente vuelvo a sentir calor y mi corazón empieza a dar tumbos.

Colter tira de mí y me mira a los ojos oscuros y brillantes, sus cejas casi se tocan por encima de ellos, los ha juntado con tanta fuerza.

—¿Estás loca?

Yo me estoy haciendo la misma pregunta ahora mismo, después de todo nunca he tenido una aventura de una noche, mucho menos en público, y no creo que sea especialmente sexy tener sexo en un baño. Pero admitirlo delante de él ahora está fuera de lugar.

—¡No puedes quedarte ahí y anunciar que quieres acostarte con alguien!

—Claro que puedo. Acabas de verlo. Y no tengo ningún problema en repetirlo. —Pongo los brazos a los lados y levanto la barbilla desafiante—. Además, fuiste tú quien me ofreció sexo hace menos de dos horas. Únicamente sexo en todos los sentidos, para ser precisos.

—Sí... —dice, estirándose—. Y eso terminó contigo queriendo abofetearme.

—¿Y si ya no quiero hacerlo?

Me mira inmóvil durante un momento, y sólo cuando estoy a punto de preguntarle si realmente está bien, habla.

—¿Por qué? —pregunta, sacudiendo la cabeza.

—Bueno. En primer lugar, porque no me gusta el sadismo ni nada parecido y no soy…

—¿Por qué de repente quieres acostarte conmigo? —dice enfadado—. Primero me das la espalda y me haces quedar mal con tu padre y cielos, terminé diciéndole lo lindo que era su cabello, ¿y ahora quieres acostarte conmigo? Me refiero, no es que no entienda por qué una mujer querría acostarse conmigo, pero ¿por qué tú y por qué tan de repente?

Pongo los ojos en blanco. Qué puto fanfarrón.

—¿Necesitas una razón? —sugiero, encogiéndome de hombros—. Pero no hay problema, no eres el único en este bar, y mucho menos en Miami.

Estoy arriesgándome bastante con eso, porque nunca podría meterme en la cama con un completo desconocido, por muy bueno que esté. Y los otros chicos del equipo de papá huyen cuando oyen mi nombre para evitar meterse en problemas con mi padre. Colter es, por tanto, la única forma de demostrarle a mi padre que no puede decirme cómo vivir mi vida. Él sería mi rebelión personal.

Al menos intento convencerme a mí misma que esa es la única razón por la que siento un

cosquilleo al pensar en acostarme con él. Sospecho que la copa de champán que bebí tiene algo que ver también, pero eso lo pensaré después.

—Estoy harta de que me digan qué hacer y qué no hacer, ¿sí? Y eso te incluye a ti. —Tras dudar un momento, añado—: ¿O tu propuesta era pura palabrería, señor Zeppelin? —Frunzo el ceño confundida, porque hay algo extraño en esta afirmación.

—Querrás decir globo aerostático. Los zepelines se llenan de hidrógeno.

Ah, eso era. Bueno, puede que no esté tan sobria como para pasar una prueba de alcoholemia.

—No importa, los dos vuelan —anuncio con un gesto de la mano.

Sus cejas se mueven entre sí y, de repente, apoya sus manos a ambos lados de mi cuerpo contra la pared. Retrocedo involuntariamente, pero inmediatamente choco con la pared con la espalda.

Su mirada se clava en la mía, se oscurece y su expresión repentinamente hambrienta hace que se me ericen los pezones. Dios, este chico está tan bueno que me pregunto si su sensualidad por sí sola está derritiendo los cubitos de hielo de su whisky.

—¿De verdad quieres? —gruñe suavemente y me fulmina con la mirada.

Se me seca la garganta y tengo las manos húmedas, pero si cree que voy a echarme para atrás ahora, está equivocado. Dudo un instante antes de asentir.

Al momento siento sus labios sobre los míos, duros y feroces.

Es el tipo de beso que nunca había imaginado, y mucho menos experimentado antes. Me besa como si quisiera demostrarme algo, asustarme. Y, sin embargo, el beso es exactamente como debe ser, porque refleja mi propia ira. Y yo se lo devuelvo de la misma forma en cómo me siento.

Colter sabe a cerveza, whisky y lima... ¿quizá a otra copa? Por un instante, me asalta la idea de que tal vez él sea el más borracho de los dos y quizá sepa incluso menos que yo de lo que está haciendo en realidad.

Pero este pensamiento se ahoga en la insistencia con la que su lengua reclama su derecho. Una sensación que me atraviesa, porque... ¡maldita sea, besa increíblemente bien!

Me deja sin aliento, hace que me flaqueen las rodillas y el calor se dispara por todo mi cuerpo. Levanta mi barbilla con la mano y profundiza el beso. Le paso los dedos por el pelo, lo atraigo hacia mí, saboreo sus labios ásperos sobre los míos. Su mano se desliza hasta la parte baja de mi espalda, la mía se mueve alrededor de los duros músculos de su cuello.

Mi corazón bombea adrenalina por mis venas, mi pulso se acelera y ...

De repente, se aparta.

Lo miro confusa y mareada, en estos momentos estoy contenta de tener la pared a mi espalda.

—Dios, de verdad vas a seguir con esto —gime Colter, respirando con dificultad.

—Tú tampoco te quedas atrás —jadeo, sin aliento.

Colter traga saliva, y cuando mi mirada se desliza hacia abajo, queda claro que hay otras cosas difíciles en juego.

Oh, Dios, realmente voy a tener sexo con un hombre de cien kilos de testosterona.

¿O no? Colter aún no parece del todo convencido, no se mueve, pero su cara está trabajando. Parece esforzarse por tomar una decisión.

—¿Cuál es el problema? —pregunto provocativamente—. Tú tampoco eres precisamente un defensor de la castidad y cosas por el estilo.

—No te preocupes por mí castidad que eso lo hago yo. ¿Cuánto has bebido?

—¿De nuevo con eso?

—Así es. No me voy a la cama con mujeres que no saben lo que hacen, ya sea porque estén borrachas o porque consumieron algo más.

Si esta actitud no fuera en contra de mis planes, estaría impresionada. Quién hubiera pensado que Colter Williams tenía estándares morales.

—Sólo un sorbo de champán, ya lo has visto —afirmo—. Y créeme, sé exactamente lo que estoy haciendo.

Una vez más, su mirada penetrante se fija en mí, frunciendo el ceño. Parece luchar consigo mismo. Luego señala por encima del hombro con el pulgar.

—Ahí dentro hay una especie de fiesta de cumpleaños de tu padre. ¿No crees que te echarán de menos?

Me río amargamente.

—Definitivamente no.

Algo cambia en la expresión de Colter, se suaviza y leo algo parecido a la comprensión en su mirada. Su mandíbula rechina una vez más, luego asiente y dice secamente:

—Toma tus cosas, te esperaré fuera del hotel, en la calle transversal.

Mi corazón se detiene por un momento. Luego una oleada de hormigueo y excitación me invade el cuerpo, y tengo que recomponerme para asentir con la mayor tranquilidad posible.

Con las rodillas repentinamente muy débiles, me abro paso de nuevo entre la multitud hasta mi asiento, donde mi bolso aún cuelga sobre el respaldo.

Se me pasa por la cabeza que aún tengo tiempo de arrepentirme. Pero cuando veo a papá entre la multitud de jugadores y varios entrenadores asistentes, brindando por la nueva temporada y el futuro de los Miami Flames, este sentimiento se desvanece de inmediato.

Antes de salir del bar, cojo mi celular y le escribo a mi padre que voy a pasar la noche en casa de un amigo para que no avise a la policía, al FBI y quién sabe a qué más.

***

Fuera, la fila de gente que quiere entrar en el bar no para de crecer. Gracias a las redes sociales, la noticia de que un grupo de jugadores famosos ha entrado recientemente en el bar se ha extendido como la pólvora. El número de mujeres con poca ropa se ha multiplicado. Sin embargo, los fornidos guardias son muy estrictos y sólo dejan pasar a unos pocos, sobre todo, oh sorpresa, a las mencionadas mujeres con poca ropa.

Sacudiendo la cabeza, me doy la vuelta y camino por la calle, la cual está cubierta por un colorido reguero de vividores de fin de semana: fiesteros y paseantes tranquilos, lugareños y turistas de diferentes colores de piel y estilos de ropa. Los hombres llevan desde traje de director general hasta hippies, rastafaris y Snoop Dogs. Algunas mujeres van tan adornadas con joyas que parecen bolas de discoteca andantes, otras van con trajes de diseñador o como clones de Kim Kardashian. Y otras parecen haber perdido la tela para vestirse, porque tienen menos tela en el cuerpo que yo en la playa.

Verlas me pone nerviosa, tal vez porque, a diferencia de mí, tienen cuerpo de modelo. O quizá porque los efectos del alcohol están desapareciendo, dejando al descubierto mi vulnerabilidad. En cualquier caso, la confianza que tenía en mí misma ya ha saltado del barco que se hunde y la última pizca de valor está trepando por la barandilla, pero definitivamente no se lo voy a decir a Colter.

Cuando llego frente al hotel, miro a mi alrededor buscándolo. Los bajos retumban en los coches que pasan y varios farsantes se apoyan en un auto modificado que está en la zona de no estacionarse con algún rap de gánster a todo volumen por la ventana abierta. Colter no aparece por ninguna parte. ¿Se estará vengando de mí?

—¿Riley?

Doy volteo. Colter está de pie detrás de mí en la entrada del hotel.

—Ya me he registrado.

—¿Qué? ¿Cómo has llegado tan rápido?

—El camarero es un colega, me dejó salir por la puerta de atrás.

—¿Por qué?

—Demasiadas fans. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a la cola frente al Blue Light, que ahora incluso da la vuelta a la manzana.

¿Piensa que yo también lo soy? ¿Alguien que quiere disfrutar de su fama? ¿Cuándo en realidad no hay nada que odie más que la fama de papá? Al fin y al cabo, tiene parte de la culpa de que mi vida y nuestra relación sean como son. Sin esta fama, estoy segura de que no sería tan loco y sobreprotector. Lo único que quiero es dejar todo ese circo atrás.

Por un momento, se me ocurre que acostarme con un jugador de baloncesto no es lo más sensato si quiero olvidarme de ese mundo, pero no hay nada más que pueda hacer para sortear mejor las estúpidas normas de papá. Y si soy sincera conmigo misma, después de ese beso, habría dado el siguiente paso, aunque Colter fuera un albañil o un lavaplatos.

—¡Bueno, no soy una fan! —aclaro, para estar segura.

—Lo sé. Sólo estás completamente loca.

Me encojo de hombros.

—Me han insultado peor.

—¿Cómo qué? ¿Como una tormenta andante: impredecible, cambiante y con un noventa por ciento de posibilidades de drama?

—No, como fanática del baloncesto.

—¿No soportas el baloncesto?

—Odio el baloncesto.

—Lo cual tiene todo el sentido cuando tu padre está metido en el deporte y tú planeas acostarte con un jugador de baloncesto.

—Exactamente —digo.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Decido ignorarlo y señalo al hotel.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿No tienes más que ofrecer que promesas vacías?

Antes de que me dé cuenta, me ha llevado de la mano al interior del edificio, y en menos de cinco minutos me encuentro en el pasillo, fuera de la habitación del hotel, mientras Colter abre la puerta.

Una parte de mí se pregunta qué demonios estoy haciendo aquí y si he perdido completamente la cabeza. La otra parte se dice a sí misma: Oye, si Amber está coqueteando con chicos al azar durante las vacaciones de primavera y se acuesta con ellos, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo? Soy adulta y Colter es un arrogante, pero está bueno. Aunque no quiera admitirlo, al menos me siento atraída físicamente por él, y eso no es ilegal. Quizás es estúpido, demasiado estúpido probablemente, pero también comprensible. Y si es tan bueno besando, ¿cómo sería acostarse con él?

Además, sigo queriendo rebelarme contra las normas de papá. A pesar de que el alcohol me nubla un poco los sentidos, no puedo evitar la sensación de que he pasado por alto un factor importante en algún punto de este plan, pero en ese momento Colter abre la puerta, me acerca y mi cerebro deja de funcionar.

Cuando la puerta se cierra de golpe, me agarra por la cintura, me levanta y me coloca sobre la cómoda para que nuestras cabezas queden a la misma altura.

—Espero que sepas en lo que te metiste —me murmura al oído. Su aliento en mi mejilla y el suave sonido de su barba rozándome la piel, me producen un hormigueo de excitación.

El tocador es tan estrecho que amenazo con deslizarme por la parte delantera, aunque tenga la

espalda apoyada en el espejo, pero Colter me abre las piernas, la falda se me sube por encima de los muslos, y se mete entre ellas. Con una mano en la nuca y la otra en la parte baja de la espalda, estampa sus labios contra los míos, en un beso tan caliente y hambriento que me mareo. Y yo le sigo el juego con su cálida y suave lengua mientras mis manos se deslizan por los fuertes músculos de sus hombros. Me quito las bailarinas de los pies y caen al suelo con estruendo, junto con mi bolso. Entonces nuestros jadeos se convierten en el único sonido y la luz turquesa del neón que entra por la ventana es la única iluminación.

Con dedos temblorosos, le desabrocho el botón de los pantalones, pero él me aparta las manos y me sube el top por debajo de la chaqueta, y aunque no quiero soltar sus labios en absoluto, me aparto brevemente para que pueda deslizarme ambos por la cabeza.

La ropa cae al suelo junto a nosotros y, para mi alivio, sus labios vuelven inmediatamente a apoderarse de los míos mientras sus manos se deslizan por mi espalda desabrochándome rápida y hábilmente el cierre del sujetador. Al instante, mi sujetador se une a mi top y la barba de Colter roza ligeramente mi piel mientras me besa por la barbilla y baja por el cuello hasta la clavícula.

Me agarra el pecho izquierdo con una mano y me acaricia el pezón con el pulgar, que se eriza inmediatamente. Me recorren maravillosos escalofríos cuando me besa el otro pecho, rodeando el pezón con la lengua, a veces lo muerde suavemente, luego lo vuelve a chupar con suavidad, arrancándome placenteros suspiros.

—El otro también —susurro con voz ronca, con los dedos enterrados en su suave pelo, y él accede inmediatamente a mi petición, haciendo que mis pechos pesen más y que el deseo en mi interior crezca aún más—. Tu camisa —exclamo por fin y tiro del dobladillo. Pero esta vez no reacciona de inmediato, sino que me tortura los pechos de la forma más deliciosa durante un momento, como si no pudiera separarse de ellos, pero entonces se endereza, se quita la camisa con un movimiento fluido y se me seca la boca al instante.

Incluso a la tenue luz del letrero de neón, los contornos de sus definidos músculos son claramente visibles. Pongo la mano sobre su pecho, recorriéndolo con las yemas de los dedos, al principio con vacilación, pero luego cada vez con más audacia. Su piel es aún más sedosa de lo que había imaginado. Con creciente avidez, mis manos se deslizan por la parte superior de su cuerpo y descienden a lo largo de sus abdominales hasta la línea de vello oscuro que desaparece tras el borde de sus pantalones, atrayendo mi mirada hacia el enorme bulto que tiene allí.

El hecho de que ya esté tan excitado por mí me acelera el pulso. En un arrebato de voluptuosa audacia, cojo la cremallera y busco la mirada de Colter mientras bajo lentamente el metal, deslizo los pantalones por sus caderas y acaricio el bulto que hay debajo. Éste crece aún más, casi reventando sus calzoncillos.

Una sonrisa de satisfacción tira de las comisuras de sus labios hacia arriba y mis ojos se entrecierran al despertar mi duda. Puede que haya sido yo quien lo haya convencido para hacer esto. Y quizás que parezca un dios griego, pero eso no significa que sea bueno en la cama.

Sin dejar de mirarlo, le bajo los calzoncillos por encima del mismo bulto. Su erección salta a la vista, atrayendo mi atención, y jadeo en busca de aire. Vale, definitivamente todo es real. Y grande. Y grueso. Joder, qué injusto. Este tipo no solo tiene una cara increíblemente hermosa y un cuerpo absurdamente maravilloso, uno pensaría que le faltaría algo al menos a ese nivel para

compensar, pero en cambio está mejor dotado que cualquier hombre que haya visto desnudo.

Cuando vuelvo a levantar los ojos hacia su cara, su sonrisa se vuelve un poco más perezosa. Como la de un gato saciado. Pero por mucho que ahora mismo mi cuerpo esté deseando el suyo y mi centro palpite de deseo, voy su arrogancia por completo, al fin y al cabo, no es la primera vez que tengo sexo en mi vida.

Mientras sigo observando su reacción, me humedezco demostrativamente los labios con la lengua mientras le agarro firmemente el tronco con una mano y le acaricio el glande con las yemas de los dedos de la otra, muy suavemente al principio, hasta que noto su humedad y, frotándolo, lo masajeo cada vez con más firmeza.

Un gemido ronco se le escapa de la garganta, los ojos se le ponen vidriosos. De repente, mete la mano entre mis piernas, me aparta las bragas, es evidente que quiere tomarme aquí y ahora. Y, Dios, cuánto lo deseo yo también, pero todavía no. Lo suelto y apoyo las manos en su pecho para defenderme:

—Primero me toca a mí —le exijo sin aliento.

Frunce el ceño, pero luego sus ojos brillan con una mezcla de burla y lujuria.

—¿Tienes miedo de que no te salga rentable? —murmura.

—Bueno, aún estamos a un mundo de distancia del sexo único que nos prometieron —respondo desafiante, pero mi voz suena estrangulada porque intento desesperadamente que no se note el acalorado anhelo que me invade.

Sus ojos se abren de sorpresa.

—Vaya, la gatita está sacando sus garras de nuevo. —Algo parecido al reconocimiento se dibuja en su rostro—. Lo que tú digas —pronuncia con voz ronca, y al instante desliza la mano bajo mi trasero y me levanta de un tirón. Sorprendida, rodeo sus caderas con las piernas, le rodeo el cuello con los brazos y jadeo cuando su miembro abultado me oprime el centro. Pero no hace más que llevarme hasta la cama, con una facilidad como si pesara menos que una tableta de chocolate. Un suspiro después me tumba en el colchón, levantando mi pelvis, quitándome la falda y las bragas con un hábil movimiento.

No estoy segura de que sea una buena idea desafiarlo, pero hay algo en él que siempre me hace desear hacerlo. Sin embargo, antes de que pueda pensarlo más, ya se ha inclinado sobre mí y me besa por los muslos, sus manos siguen sus besos y, de repente, el calor me recorre el cuerpo.

Sus labios calientes sobre mi piel temblorosa son tan excitantes, pero no como lo que está por venir. Quiero más de él, mucho más.

Sin embargo, este tipo tan desagradable no me toca el centro, sino que me recorre el estómago con un cosquilleo. Me besa por todo el cuerpo y me derrito bajo sus caricias. Pero quiero más. Temblando de tensión y lujuria, empujo su mano derecha hacia mi centro, exactamente donde más lo necesito.

No lo duda, y hunde dos dedos en la caliente humedad de mis piernas, masajeándome mi punto más sensible con el pulgar y torturándome de la forma más dulce, haciéndome gemir de placer y

causando que las endorfinas recorran mis venas.

Finalmente, no puedo aguantar más, empujo su cabeza hacia mi centro y jadeo cuando me separa las piernas, colocándose entre ellas, utilizando su lengua exactamente donde más placer me da. Me provoca, me tienta, me acaricia. Todo en mi interior vibra como una cuerda tensada. Empujo mi pelvis hacia él, retorciéndome con los dedos clavados en la sábana en un éxtasis con espasmos. Una embriaguez mucho mayor y más maravillosa que la que cualquier alcohol podría provocarme.

La habitación de hotel que me rodea desaparece, sólo percibo los movimientos de Colter, su hábil lengua y sus dedos expertos, que casi me transportan a otra dimensión del placer. Mis suspiros ansiosos hace tiempo que se han convertido en gemidos lujuriosos. Dios, ¡este hombre sí que sabe lo que hace!

De repente, sin y por desgracia, me suelta.

—¿Pero qué ...? —jadeo, y un suspiro después me doy cuenta de que está en el guardarropa con los pantalones en la mano. Saca una cartera del bolsillo y me doy cuenta de lo que está buscando.

—En el bolso hay —le digo entre dientes, pero para entonces ya ha encontrado un paquete de condones, se vuelve hacia mí, abre el paquete crujiente con los dientes y se lo pone por encima sin dejar de mirarme.

Se me seca la garganta cuando da dos largas zancadas hacia la cama. Tiemblo de tensión y deseo, mientras se me aprieta el pecho. Por fin quiero sentir su cuerpo encima de mí, su erección dentro de mí. Pero él no se mueve, sólo su mirada recorre mi cuerpo, presa de la lujuria, como estoy segura de que también lo está el suyo. Su ancho pecho sube y baja con violencia, pero sólo se mueve cuando extiendo los brazos hacia él. Acepta al instante mi invitación y se desliza sobre mí. Se apoya en los antebrazos, y por fin siento el peso satisfactorio de su cuerpo encima de mí. Y entonces me penetra profundamente con un gemido lujurioso y jadeo mientras una oleada de placer me invade.

—Joder, qué bien se siente —jadea, y yo habría dicho lo mismo, si hubiera sido capaz de formular siquiera dos palabras coherentes. En lugar de eso, le araño, clavándole involuntariamente las uñas en la espalda, y me alegro de que estén cortas.

Lento y cuidadosamente al principio, luego cada vez más deprisa y con más violencia, empuja dentro de mí. La fricción hace que mis terminaciones nerviosas se enciendan sin pausa hasta que todo pensamiento que no se origine en ese latido entre mis piernas se apaga. Me agarro a él, le rodeo con las piernas, aprieto su cuerpo contra el mío y sigo sin saciarme.

—Dios, estás tan apretada —murmura con voz ronca, y eso me da el impulso que lleva mi lujuria a niveles sin precedentes y hace que por fin abandone todas mis inhibiciones.

—Túmbate boca arriba —jadeo, y rodamos por las sábanas hasta que estoy encima de él. Me agarra de las caderas y me muevo al ritmo de mi lujuria, que también hace que su respiración se acelere y sus gemidos sean más fuertes.

De repente, tira de mi cabeza hacia él y me besa aún más ferozmente que antes.

—No puedo más —gimo finalmente en su boca—. Quiero correrme, pero no así.

—¿Cómo?

—¡Ya te enseñaré!

Aunque me doy cuenta de la fuerza de voluntad que le cuesta no continuar, se separa de mí y me arrodillo sobre él a ambos lados de su cabeza, agarrada al respaldar de la cama.

—Tú sí que sabes lo que quieres —murmura con voz ronca y no duda mucho en volver a enloquecerme con su lengua y sus dedos.

Hasta que todo mi cuerpo tiembla, mis barreras no pueden resistir más la fuerza de mi lujuria y estallo en un grito liberador de puro placer. Pero él no afloja, sigue provocándome más y más, y mi éxtasis no cesa. Hasta que me mareo, jadeo y me deslizo rápidamente hacia abajo. Me dejo hundir en su erección, deseando saborear esta increíble sensación hasta que se apague el último eco de las pulsaciones en mi interior. Y esta vez dejo que Colter tome la iniciativa, lo que hace inmediatamente. Me penetra cada vez más deprisa hasta que, de repente, aprieta la almohada contra su boca y grita llegando a su clímax.

Ambos permanecemos inmóviles durante un momento, completamente abrumados, luego me dejo caer impotente sobre el colchón junto a él.

Durante un buen rato, sólo se oye nuestra respiración agitada.

—Nunca había sentido nada tan intenso en toda mi vida —confieso, sin haber recuperado aún del todo la cordura.

Colter se pone de lado y me mira con expresión inescrutable mientras me pone la mano en la mejilla.

—Y acabo de empezar —anuncia con un brillo prometedor en los ojos.

¿Cómo?

Pero cumple su palabra y me lleva al orgasmo dos veces más esa noche. Dios del cielo, puede que no haya sido la primera vez que tuve sexo en mi vida, ¡pero fue la primera vez en la que tuve sexo y me hizo sentir como si el mundo estuviera girando al revés!

Capítulo 10

Colter

El celular me despierta y la resaca me golpea el cráneo como un baterista enojado que se desquita con su batería. Mierda. Eso fue probablemente demasiado alcohol ayer sobre todo porque nunca bebo durante la temporada. ¿Por qué demonios rompí mi regla?

Entrecierro un ojo y abro un poco el otro, busco a tientas mi celular y suelto una maldición cuando empieza a sonar una llamada que penetra en mi cabeza como un rayo ardiente.

Maldiciendo en silencio, miro la pantalla.

Holden. Estupendo.

Decido ignorarlo cuando deja de sonar. Estoy a punto de volver a colgarle cuando un mensaje entrante se enciende en la pantalla: ¡¡¡No te atrevas a ignorarme!!!

Vuelve a sonar y contesto a la llamada con un suspiro.

—Hola, Hol... —No llego más lejos.

—¡Colter! ¿Qué mierda es esto?

—Buenos días a ti también —le respondo, preguntándome por qué está enfadado. ¿Me han vuelto a fotografiar con cinco personas desnudas? Si es así, ¿por qué no puedo recordarlas?

—¿Dónde demonios estás?

—En la cama. —La única pregunta es en cuál. Parpadeo confundido y miro a mi alrededor.

—Qué bien que estés tan a gusto —susurra, y luego estalla enojado cuando sigue hablándome—. Tienes una cita para grabar la entrevista dentro de una hora, ¡por Dios!

Ah, ahora recuerdo por qué me emborraché ayer en contra de mi norma: primero tuve problemas con Emily otra vez, lo que me sacó de mis casillas, luego Holden y yo discutimos sobre marketing y esa estúpida entrevista, hasta que finalmente me metí dos whiskys de rabia y frustración. Inmediatamente después, Drake me llamó y me uní al grupo que se había organizado para celebrar el cumpleaños del entrenador y… y de repente me acordé de anoche.

¡Mierda! ¿De verdad me acosté con la hija de mi entrenador? ¿Quién también resultó ser todo lo contrario a lo que originalmente pensaba de ella? Tímida florista mi culo. ¡La bibliotecaria hambrienta de sexo no es nada comparado con ella! Sólo que... ¿Dónde está?

Miro a mi alrededor confundido. No hay ni rastro de Riley ni de su ropa. ¿O es que alguien puso algo en mi bebida y por eso estoy teniendo sueños extremadamente vívidos y reales sobre una noche con Riley?

Oigo una regadera, Riley debe estar en el baño. Así que no me lo estaba imaginando después de todo. Lo que no me hace sentir mejor, porque significa que he roto mi segunda regla: ¡Nunca te acuestes con nadie del negocio!

¡Maldita sea! ¡Y maldito alcohol!

Esa es la única razón por la que sucedió. Si no hubiera estado borracho, me hubiera contenido.

Aunque... No, si soy sincero conmigo mismo, en ninguna circunstancia habría sido capaz de contenerme con ella después de ese beso. En cualquier caso, me costó mucho esfuerzo recomponerme para no llevarme a Riley contra la pared en el pasillo del Blue Light. Había probado las fresas y el champán con el que había brindado por el cumpleaños de su padre y... ¡espera!

Frunzo el ceño, pero luego sacudo la cabeza. Tomar una copa de champán no emborracha, y desde luego ella no tomó más alcohol en mi presencia.

Si hubiera temido seriamente que estuviera borracha (y si yo mismo hubiera estado sobrio, cosa que desgraciadamente no estaba ayer) nunca la habría besado, y mucho menos me habría acostado con ella. Porque no haría ninguna de esas cosas con una mujer de la que sospecho que ya no controla sus sentidos por la razón que sea.

Pero Riley obviamente sabía exactamente lo que quería. Y eso fue muy caliente. Especialmente porque todavía estoy absolutamente seguro de que ella no es el tipo de chica que suele tener aventuras de una noche. Al menos hasta ahora, esa es la sensación que he tenido.

¡Y luego el sexo con ella! Tan lleno de pasión, olvidada de sí misma y de una lujuria que parecía abrumarla. ¡Y a mí aún más! Y eso que realmente tengo bastante experiencia en la que basarme.

Pocas veces una mujer me ha sorprendido tanto como ella. En este sentido, ha cumplido realmente la promesa que me hizo cuando nos conocimos y...

—¡Colter! ¿Me estás escuchando?

—¿Cómo? Sí, por supuesto. Sólo repite lo que acabas de decir.

—¡Por Dios! ¡Colter! ¿Quién está a tu lado en la cama?

—No te lo vas a creer, pero no hay nadie.

—No te creo.

Lanzo un profundo suspiro.

—Dije que nadie. —Y esta vez apenas puedo creérmelo.

—¿Tienes idea de lo que he tardado en conseguirte esta entrevista? —se enfurece Holden.

—Me lo dijiste ayer —murmuro distraído mientras mis pensamientos pasan de la calurosa noche con Riley a la pregunta de por qué ocurrió esa noche.

Sus extraños comentarios sobre sus razones para querer acostarse conmigo ayer siguen sin tener sentido para mí.

No pueden interesarle ni el dinero ni la fama. Su padre debe tener más que suficiente de ambos, y ella misma parece evitar el centro de atención, de lo contrario la habría visto en una de las páginas de chismes que a Holden tanto le gusta restregarme en la cara con tanto fastidio.

¿Será una especie de cosa de niñas ricas? ¿Una especie de reto entre hijas aburridas de clase alta para ligar con un deportista? No, no me da esa impresión. ¿Pero qué es entonces? Y, de todos

modos, ¿por qué yo? Prácticamente ha crecido con chicos musculosos y no debería tener problemas para llevarse a un jugador a la cama.

Pero, sobre todo: ¿por qué su motivo de repente me importa? Normalmente, no me importaría por qué una mujer quiere acostarse conmigo.

—¡Colter! —grita Holden de repente y me quito el móvil de la oreja.

—Oye, ¿quieres que me quede sordo?

—¡Quiero que traigas tu culo aquí al estudio ahora mismo! ¡O será tiempo de que te consigas otro agente!

—Me estás tentando para que acepte tu oferta —refunfuño, pero él ya me conoce lo suficiente como para saber que nunca lo haría. Al fin y al cabo, él sólo hace su trabajo. Y aunque nuestras ideas de lo que debe ser ese trabajo son muy diferentes en ciertos aspectos, sé que necesita el dinero para tratar a su esposa enferma, y sólo por eso nunca lo despediría. Así que me incorporo con un suspiro—. Ya voy, pero a la primera pregunta que sea sobre mi familia en vez de sobre deporte, me voy.

—Entonces te espero en la puerta de la emisora dentro de cuarenta y cinco minutos por tarde. Te enviaré la dirección enseguida. No quiero que luego me digas que no la encontraste.

—Yo no —respondo con una mueca. Por desgracia, me conoce demasiado bien.

El agua corre en el baño, lo que me lleva de nuevo a Riley. Y a la pregunta que, objetivamente hablando, es mucho más importante que sus razones: ¿Cómo se supone que le voy a dejar claro a Riley que esto ha sido sólo una vez? Que no estoy interesado en una relación. Pero… es la hija de mi entrenador. No puedo echarla de mi vida como a cualquier otra mujer. ¡Exactamente por eso tengo mi maldita segunda regla! Pero para empeorar las cosas, Riley me había sorprendido tanto ayer que, por primera vez en mi vida, me había olvidado por completo de señalar de antemano que esto sólo fue algo de una noche. ¿Qué debo decir ahora? ¿Cómo debo comportarme?

El pestillo de la puerta del baño se gira con un chirrido y me apresuro a reunir todas las frases que suelo utilizar para sacar a las mujeres de mi vida. La puerta se abre, me aclaro la garganta y respiro hondo.

—Riley, yo...

—Oye, Colter, se está haciendo tarde, me tengo que ir. Cuídate. —Pasa junto a la cama hasta la puerta de la habitación sin mirarme y saca los zapatos de detrás de la cómoda, ocultándolos a mi vista.

Perplejo, parpadeo.

—¿Quieres irte? ¿Así sin más?

—Por supuesto. ¿Por qué no?

—Ehm... porque... que... que... Quiero decir...

¿Tenía algo más que alcohol después de todo?

—Te acuerdas de anoche, ¿no?

—Por supuesto que sí. Lo hago. —No dice nada más, se pone los zapatos y se gira hacia la puerta.

—¿Eso es todo? —pregunto incrédulo—. No dirás: "¿Cuándo volveremos a vernos? ¿No quieres hablar de lo de anoche?"

Con la mano ya en el pomo de la puerta, se vuelve lentamente hacia mí.

—Escucha, Colter. Espero que no te ofendas, pero ha sido algo de una sola vez que no volverá a ocurrir.

La miro boquiabierto y, antes de que pueda serenarme y responderle, sale de la habitación y la puerta se cierra tras ella. Espera, ¿qué? ¡Ninguna mujer me ha dicho algo así a la mañana siguiente! ¿Acaso pensó que el sexo fue malo?

—¡Riley! —Salto de la cama, corro hacia la puerta y la abro de un tirón—. ¿Qué se supone que significa eso? No puedes simplemente... quiero decir, eh... ¿por qué...?

—Sólo quería demostrarle algo a mi padre. —Encogiéndose de hombros, pulsa el botón del ascensor.

Ahora entiendo aún menos.

—¿Qué demonios intentabas demostrarle a tu padre? ¿Cómo soy en la cama?

Se da la vuelta y me mira irritada.

—¿Qué?

—¿Debo recordarte que eras tú quien realmente quería acostarse conmigo?

—No contigo específicamente. Sólo con un jugador de baloncesto en general. Siento que te haya pasado a ti.

Sí... si no recuerdo mal, ella había insinuado algo así ayer, aunque yo lo reprimí con el subidón de alcohol y hormonas. Además, se había mostrado dispuesta a aceptar al tipo del pelo brillante. Aun así, no me gusta mucho este giro de los acontecimientos. Insatisfecho, me muerdo la mejilla.

—Creo que deberíamos volver a hablar de lo de anoche. —Por el amor de Dios, ¿acabo de decir eso? ¿Desde cuándo quiero hablar? ¿Especialmente sobre sexo? Soy alguien que tiene sexo. ¡No alguien que lo discute!

—No, no creo que debamos hablar de ello —discrepa con firmeza—. Que tengas un buen día. —Las puertas del ascensor se abren, ella entra y pulsa el botón.

—¡Espera un momento!

¿Qué demonios me pasa? Por primera vez, una mujer con la que me he acostado no quiere que a la mañana siguiente caiga rendido a sus pies y le pida matrimonio, debería alegrarme que se vaya voluntariamente, pero estoy cualquier cosa menos contento por ello. Empiezo a preguntarme si

no es ella la que está loca, sino yo.

No obstante, corro tras ella, pero a los pocos pasos me doy cuenta de que no sólo se han cerrado ya las puertas del ascensor, sino que además sigo desnudo. Me doy la vuelta a toda prisa y me encuentro ante la puerta cerrada de mi habitación. ¡Mierda! Vale, vale, es temprano por la mañana, no se ve un alma en kilómetros a la redonda. Podría llegar a la recepción sin que nadie me vea.

En ese momento, la puerta de otra habitación se abre detrás de mí y oigo un grito desgarrador.

Sobresaltado, miro por encima del hombro a una mujer de pelo gris horrorizada.

—Lo siento, lo siento, no es lo que parece —me apresuro a intentar tranquilizarla mientras busco desesperadamente algo tras lo que esconderme. Pero, aparte de la palmera dorada bajo la ventana, el pasillo está vacío—. ¿Podría quizá ayudarme con un teléfono o al menos una toalla?

Vuelve a gritar y cierra la puerta de un portazo.

Como estoy bastante seguro de que no volverá a abrirla, diga lo que diga, no me queda más remedio que ir al vestíbulo. ¡Qué montón de mierda! Pero bueno, no puede ser peor mientras no vea a nadie más. Y especialmente nadie que me reconozca.

Maldiciendo en voz baja para mis adentros, consigo bajar las escaleras sin que se den cuenta (sosteniendo unas cuantas hojas de palmera de la planta de interior delante de mi intimidad) y me apresuro a llegar a recepción, donde llamo frenéticamente a uno de los empleados.

En ese momento, se abre la puerta del hotel y entra un autobús lleno de turistas. Mierda. Bueno, al menos son señoras mayores. Seguro que ninguna me reconoce.

—¡¿Colter Williams?!

¡Maldita sea!

Capítulo 11

Riley

—¿Qué has hecho qué? —Amber suena tan atónita como yo cuando se termina mi chocolate favorito.

—Me acosté con un jugador del equipo de papá —repito.

—No me lo puedo creer —exclama Amber.

—Yo tampoco —digo con un suspiro. Especialmente no podía creer que de todas las personas, fue con Colter Williams—. Un error, lo sé. Me dio un ataque de locura temporal por el alcohol. —Intento explicarme.

—Tonterías, por fin te divertiste. ¡Estoy celebrándolo ahora mismo!

—Bueno, eres la única.

Me paseé de un lado a otro delante del centro de entrenamiento mientras esperaba a que Ernie apareciera con el carné de identificación de repuesto que le había pedido que me consiguiera el otro día a través de Harry.

Me pasé todo el fin de semana preguntándome qué demonios me había pasado el viernes. Claro que quería rebelarme contra papá, pero el alcohol había quitado algunos factores lógicos en mi plan de venganza durante el período previo a su ejecución, y ahora que el alcohol se ha evaporado resultan ser tan grandes como el Gran Cañón. El primero y más importante, el hecho de que no puedo demostrarle nada a papá con algo que no puedo contarle. Y es obvio que no puedo contárselo: papá probablemente mataría a Colter.

—¿Al menos fue bueno? —pregunta Amber.

Lanzo un profundo suspiro.

—Suponiendo que no fuera el champán lo que distorsionó mi percepción, entonces... déjame explicártelo de esta forma: Este tipo probablemente podría llevar hasta unas piedras al orgasmo. Y ni siquiera Orfeo podía hacer eso. Con él, sólo aullaban.

—Que yo sepa, Orfeo también cantaba y no se acostaba con ellas. ¿Seguro que no sigues borracha?

—Sí. Desgraciadamente.

—¿Por qué desgraciadamente?

—Porque las imágenes de esa noche están demasiado presentes.

—¿Por qué no oigo el Aleluya?

Resoplo.

—Porque es injusto. Uno pensaría que un tipo tan engreído, guapo y caliente al menos sería terrible en la cama.

—Sigo sin ver el problema.

—Porque no lo conoces —explico sombríamente—. Se cree irresistible y ahora, para colmo, yo lo animé.

—El hecho de que sea bueno en la cama no lo convierte automáticamente en una mala persona. —Amber suena divertida.

Pero no tengo ganas de reír. Y es porque sospecho exactamente lo mismo. Para él era importante que yo no estuviera borracha, sino que supiera lo que hacía. Le creo que no se habría acostado conmigo si yo hubiera bebido demasiado. Lo cual, desafortunadamente, mejoró los estándares que tenía sobre él. Así que no sólo es un jugador de baloncesto, sino que, para colmo, es mucho más decente de lo que esperaba. ¡A pesar de todo lo egocéntrico que puede llegar a ser!

—El tipo es un mujeriego, un jugador. Para él, sólo soy un número más.

—No sé nada de baloncesto, pero me imagino perfectamente que alguien rico, guapo y que está tan expuesto públicamente difícilmente puede salvarse de las ofertas de mujeres que sólo están interesadas en aprovecharse de su fama para hacerse notar. Y mientras no les dé falsas esperanzas y la otra parte también se divierta, ¿por qué no?

—No me gusta que seas tan sensata —refunfuño.

Si soy sincera conmigo misma, mi enfado con Colter no tiene tanto que ver con sus acciones, si no con el miedo de descubrir que su carácter es mejor de lo que imaginaba, porque de serlo existiría el peligro de que acabara enamorándome de él. Y no puedo hacerlo, precisamente por el hecho de que recibe tantas ofertas de mujeres, que no hay razón para que se conforme con una. Y menos con una como yo.

—Volví. —Suena la voz de Ernie.

Me despido apresuradamente de Amber, cuelgo y me dirijo hacia él.

—Muchas gracias, Ernie, me has salvado la vida. O al menos mi tranquilidad y libertad. —Aliviada, me cuelgo del cuello el carné de identificación de repuesto por la cinta que lleva atada —. Pero como te he dicho, por favor, no se lo cuentes a papá.

Ernie me sonríe un poco confuso, probablemente más por la primera parte de lo que he dicho que por la segunda, y me da unas palmaditas en la mano con buen humor.

—Está bien, pequeña, me lo guardaré para mí.

—Gracias. —Respiro hondo—. ¿Cómo están tus nietos? ¿Se ha curado bien el dedo roto de Jason? ¿Y tu esposa por fin te ha convencido de ir a bailar con ella?

—Jason ha vuelto a estar bien, sí —continúa Ernie—. Pero en cuanto a Dorothy, lloverán ranas antes de que yo vaya a bailar.

—Bueno, estaré pendiente del pronóstico del clima. Conociendo a Dorothy, será dentro de dos meses a más tardar.

Se ríe, lo deja pasar y vuelve a su puesto de guardia.

Yo, en cambio, dudo si marcharme y me muerdo la mejilla indecisa. ¿Echo un vistazo rápido al vestíbulo? La sola idea de volver a ver a Colter me produce un cosquilleo, un mareo de nerviosismo y… algo más en lo que no quiero pensar porque me recuerda demasiado a aquella noche.

La noche que nunca debe repetirse, esa decisión está escrita en piedra.

Capítulo 12

Colter

Gotas de sudor recorren mi frente mientras una ancha goma elástica me rodea las caderas, cuyos extremos se sujetan a la pared... y corro contra su resistencia. A mi lado, Drake y Emerson van igual que yo, mientras Holden, mi agente, me observa desde las gradas, medio compadeciéndose, pero a la vez regodeándose.

El desarrollo de habilidades está a la orden del día, con un programa de entrenamiento específicamente adaptado a cada jugador para mejorar sus aptitudes físicas, baloncestísticas y de juego. Además, los entrenadores de desarrollo han recibido instrucciones de DeLuca para llevarnos al límite.

Aunque después de este fin de semana ya lo estoy. Por supuesto, no llegué a la reunión de relaciones públicas, lo que a su vez provocó otra discusión con Holden, que ahora amenaza seriamente con renunciar. Por suerte no sabe que estuve desnudo en el vestíbulo del hotel.

Pero, sobre todo, es que no puedo dejar de pensar en Riley. Observo al entrenador con más atención que de costumbre. Está de mal humor, pero siempre suele estarlo. No consigo averiguar qué es lo que sabe de la escapada de su hija y no pienso preguntárselo.

No tengo ni idea de qué pensar acerca de lo de Riley, nunca me había pasado nada remotamente parecido. Y es totalmente estúpido, porque en lugar de alegrarme de que no hiciera un escándalo como todas las demás mujeres, su reacción a la mañana siguiente me sigue molestando demasiado. Y me confunde, simplemente no puedo sacármela de la cabeza. ¡No puedo sacarme a Riley de la cabeza! Y la noche que pasé con ella.

Nunca había visto a una mujer entregarse a mí tan completamente, sin vanidad ni fingimiento. Claro que, desde la película Harry y Sally, todo el mundo sabe que las mujeres pueden fingir perfectamente un orgasmo, y no soy tan vanidoso ni tan ingenuo como para creer que nunca lo harían conmigo, al menos el tipo de mujeres que están interesadas en hacerse famosas o ricas, o ambas cosas, a través de mí, aunque sólo sea abriéndose camino en el mundo mediático como celebridades momentáneas de baja relevancia después de pasar una noche conmigo...

Ésa es por sí sola una de las razones por las que nunca les digo muchas cosas sobre mí, y mucho menos sobre mi familia. Ciertamente no siento la necesidad de hablar con ellas después del sexo, a diferencia de todas estas mujeres, por desgracia. Ellas solo quieren usar el sexo para envolverme entre sus dedos y hacer que me enamore de ellas. Y por eso normalmente sólo dan y no exigen, porque tienen miedo de no conseguir su objetivo si exigen en la primera noche.

Riley no tiene ningún miedo en este sentido. Me mostró exactamente lo que quería y lo que no. No tuvo reparos en apartarme o acercarme a ella, empujando mi cabeza hacia donde quería mi lengua. No hubo ninguna de esas contorsiones típicas de las películas porno que tan a menudo experimento con las mujeres de mi cama, que hacen poses extravagantes, me muestran sus pechos a menudo y, lo mejor de todo, echándose el pelo por encima del hombro durante el supuesto orgasmo. A diferencia de ellas, Riley se había revolcado extasiada debajo de mí con el pelo enredado, sin ninguna consideración por el aspecto que pudiera tener. Los sonidos que había emitido no habían sido gemidos artificiales, sino agudos soniditos de placer.

Su forma totalmente genuina de entregarse al placer me había incitado a darle mucho más de lo que normalmente estoy dispuesto a dar. Por primera vez, el placer no era mío, sino suyo. Y aunque parezca una locura, verla perder el control me excitó más que cualquier mamada que me haya dado cualquier mujer en el pasado. Todo en Riley es real. Su cuerpo, su humor, su risa... y su pasión. Su disposición a perderse en ella era tan embriagadora que me arrastró a un auténtico torbellino de lujuria.

Cielos, sólo de pensarlo se me pone dura otra vez.

Suena otro silbato y de nuevo nos sumergimos en el entrenamiento de carrera contra la resistencia de la banda elástica, una y otra vez. Hasta que el sudor me gotea de la cara y me arden los pulmones. El ayudante del entrenador, Stanley, va de un grupo a otro con su portapapeles bajo el brazo, comentando cosas con los entrenadores, hojeando sus documentos y tomando notas.

—Cámbiense chicos, vamos al el entrenamiento con saltos —grita por fin uno de los entrenadores de desarrollo que nos supervisa a los tres, y yo hago una pausa aliviado. Encorvado, me apoyo en los muslos y recupero el aliento.

—Bueno, es demasiado para ti, ¿no? —suena una voz burlona detrás de mí.

Me enderezo, me doy la vuelta y miro a Wesley a la cara.

Eso también. Me quito el cinturón y doy un paso hacia él.

—Escucha, no estoy de humor para el estrés, aunque no me importa si quieres un poco, pero créeme, ¡te arrepentirás!

—¡Un paso más y también tendrás una cicatriz sobre el otro ojo! —dice Wesley enfadado.

—Chicos, chicos, cálmense —interviene Drake, separándonos—. Somos un equipo ahora, ¿recuerdan?

Wesley resopla despectivamente, deja que lo empuje, pero no se va sin expresarme su enojo.

—No eres ni de lejos tan bueno como te crees.

—No todo el mundo está contento de que sustituyas a Wesley —comenta Drake.

—No me digas —respondo—. Veo que Malone aún me echa en cara esa falta.

—De hecho, Álvaro y Felipe no creen que tengas las cualidades de liderazgo necesarias debido a tu falta de experiencia —añade Drake—. Esta temporada será probablemente la última para ellos también y quieren terminarla con una victoria, pero ven que eso peligra porque tú no estás con Wesley en el quinteto titular.

—Gracias. Ahora me siento mucho mejor.

—De nada. —Sonriendo, Drake me da un puñetazo en el brazo—. Asegúrate de no estar nervioso para partido del sábado, ¿sí? Eso les quitará el aliento.

—¿Qué hacen ahí parados? —grita el entrenador DeLuca desde algún lugar más atrás, donde Logan y Artos, entre otros, están trabajando en el manejo del balón—. ¡Si quieren tomar un café,

los inscribiré a la residencia de ancianos!

Así que ahora pasamos al siguiente entrenamiento, que consiste en atarnos las pesas a los tobillos y dar cincuenta saltos desde una sentadilla profunda tan alto como podamos.

—El factor decisivo para que el efecto del entrenamiento incremente es la velocidad con la que se realiza —nos sermonea Stanley, como si no lo supiéramos—. ¡Un contacto más corto con el suelo, Colter! Y permanece en el aire más tiempo, Emerson, ¡mucho más tiempo!

—Oye ¿deberían crecerme alas o qué? —gruñe Emerson en voz baja. Está claro que antes estaba en mejor forma.

Por último, es hora de entrenar los lanzamientos.

Uno de los entrenadores nos pasa los balones y durante los tres cuartos de hora siguientes practicamos sin parar los lay-ups, es decir, introducir el balón en la canasta desde un salto en diferentes posiciones, desde el give-and-go hasta las variantes del fastbreak.

—¡La defensa en zona es un desastre y la defensa presionante aún más! —refunfuña en voz alta a DeLuca en un momento de la conversación con Stanley—. ¡Tenemos que estar en buena forma si queremos tener una oportunidad en los play-offs!

—¿Tenemos? —se queja Emerson a mi lado—. Todo lo que veo aquí es a nosotros rompiéndonos el culo.

—Que no te oiga decir eso el entrenador —le advierte Drake con una sonrisa—. O te matará.

Eso a su vez me recuerda algo y me vuelvo hacia Kiano.

—Oye, ¿a qué te referías la semana pasada cuando dijiste que había una segunda cosa que nunca podrías permitirte con DeLuca?

—¿La que es peor que todo lo demás? Sencillamente... —Hace una pausa porque le toca a él. Sale corriendo, salta, el entrenador le pasa el balón y él lo mete limpiamente en la canasta.

En ese momento, alguien silba en voz baja en señal de aprobación.

—Mira quién está aquí.

Como en la natación sincronizada, todas las cabezas se vuelven hacia la puerta por turnos.

Al momento me doy cuenta del por qué: Riley está allí de pie, vestida con una blusa rojo fuego y falda lápiz negra, que acentúa perfectamente sus curvas. Me deja boquiabierto.

¿Cómo pude pensar que era discreta? Es todo lo contrario: ¡brilla! Como una antorcha que alguien ha encendido en una cueva oscura.

Drake me da un codazo en el costado.

—¡Oye, tu turno!

—¿Qué? Ah. —Justo a tiempo, inicio mi salto, cojo el balón que me pasa uno de los entrenadores y… fallo la canasta.

—¡Colter! —grita DeLuca—. ¡Concéntrate!

Es fácil decirlo cuando no tienes las imágenes de una Riley desnuda tan vívidamente ante tus ojos.

Nuestras miradas se cruzan e intento en vano descifrarla, pero al momento siguiente ha vuelto a centrar su atención en Harry. Sin mostrar ninguna emoción hacia mí.

¡Un momento! Ese es mi trabajo. Yo soy el que debería estar totalmente relajado cuando me encuentro con una de mis aventuras de una noche. Debería ser yo el que pasea su mirada tranquilamente sobre la otra persona. ¡Así es como siempre ha sido! ¿Qué demonios ha pasado para que de repente sea diferente? ¿Y por qué no me deja estar tranquilo?

Riley, que ahora también la ha visto su padre, habla con Harry y lo sigue hasta el pasillo.

Pero el hecho de que ya no pueda verlos no me ayuda a concentrarme mejor. Cuando DeLuca hace sonar el silbato en menos de diez minutos después, nunca me había alegrado tanto del final del entrenamiento como hoy.

Drake y yo chocamos los puños y nos dirigimos a la banca de los jugadores, pero nada más llegar veo a Riley. Está de pie en el pasillo con Harry y Malone, divertida por algo que ha dicho Malone, y por un momento me quedo embelesado no solo por la forma en que se ríe, sino por todo su cuerpo.

Malone vuelve a decirle algo, ella le pone la mano en el brazo, riéndose de nuevo, y... espera, ¿está coqueteando con él?

Una idea que, curiosamente, no me gusta nada. Y que me lleva a preguntarme si ella también quiere acostarse con él. Una idea que me gusta aún menos.

Antes de darme cuenta, yo también estoy en el pasillo.

—Pues venga, Malone —dice Harry en ese momento—. Tengo el collar en mi despacho. Tienes suerte de que no lo encontrara un fan loco, sino la señora de la limpieza.

Los dos se van, Riley se da la vuelta, sus ojos se posan en mí y se estremece.

Bueno, obviamente no es tan indiferente a mí después de todo. Sin embargo, preferiría que me hubiera sonreído como lo hizo con Malone. En cambio, da la impresión de querer huir.

A mí tampoco me ha pasado nunca, ya que normalmente tengo que lidiar con antiguos ligues que se me tiran encima cuando me ven con la esperanza de que, después de todo, me case con ellas. O abofetearme cuando se dan cuenta de que definitivamente no es así.

Por suerte, al menos ya Riley no quiere abofetearme, pero ella no da precisamente la impresión de querer casarse conmigo solo con verme. Al contrario, parece sorprendentemente poco emocionada al verme. Esta mujer me confunde. Y eso me inquieta. Otra razón para mostrarme tranquilo, sereno y no demostrar que no me ha gustado lo íntima que era con Malone, sino más bien averiguar sutilmente si pasa algo.

—Hola —digo y me apoyo en la pared lo más relajado posible.

—Hola —dice, tirando nerviosamente de su labio inferior entre los dientes.

Me cuesta apartar los ojos de ella. Maldita sea, cuánto me gustaría...

—¿Algo más? —me saca de mi ensoñación.

—Pensé que querrías desahogarte.

—¿Crees que eres mi psiquiatra o qué?

—No, pero no se me da mal escuchar.

—Oh, así que eso es lo que haces con todas las mujeres con las que te acuestas, las escuchas.

¡Ja! Así que no es tan poco importa como pretende.

—¿Celosa? —pregunto con una sonrisa.

—No, sólo impresionada por lo mucho que te gusta hablar con ellas por teléfono. —Me sonríe dulce e inocentemente, pero hay un destello de diversión en sus ojos.

Y también me sorprendo al darme cuenta de que disfruto de las pequeñas batallas verbales con ella.

—Al fin y al cabo, en la cama no hay tiempo para hablar —respondo con satisfacción, antes de ver hacia el pasillo, al final del cual han desaparecido Harry y Malone—. Pero pareces muy habladora, al menos con Malone. Lo conoces bien, ¿verdad?

Parpadea sorprendida, sigue mi mirada y vuelve a mirarme.

—¿Me lo he imaginado o pareces estar celoso?

—¿Qué, yo? ¿Qué te hace pensar eso? —Me río a carcajadas y tomo nota mentalmente de que necesito trabajar urgentemente en mi sutileza.

—Bien, porque puedo ligar con quien quiera.

—Por supuesto que puedes. Sin embargo, no te aconsejo que vayas más allá con Malone, porque después de mí, puede ser una gran decepción. —Oh Dios, ¿de verdad acabo de decir eso?

Obviamente lo sabe, porque levanta la ceja izquierda con incredulidad. No me extraña, ¡no he dicho nada más estúpido en toda mi vida! ¿Qué me pasa que siempre actúo como un completo idiota cuando estoy con ella?

Ella pone la cabeza a un lado.

—¿A qué te refieres exactamente?

Ahora tengo que llevarlo a cabo.

—Bueno, después de tener sexo conmigo.

—Lo siento, pero... —Me sonríe inocentemente—... a menudo olvido cosas sin importancia.

La verdad es que eso me deja sin palabras al principio, pero dos podemos jugar a este juego.

—Vamos, Riley, admítelo —la insto con una sonrisa—. No te cansas de mí.

—Creo que, después de todo, sí tenemos que ocuparnos de tu ego —dice significativamente.

—Preferiría que te ocuparas de otras cosas —respondo insinuante.

—¿De tu extraña declaración sobre mi padre?

—¿Qué?

Echa la cabeza a un lado y me mira con interés.

—¿De verdad crees que mi padre tiene el cabello lindo?

Lanzo un suspiro de resignación. ¿Por qué tuve que decirle eso en el bar?

—¿Ese es lo más importante que sacaste de nuestra conversación?

—No… pero al menos es lo más extraño. —Las comisuras de sus labios se elevan.

Yo mismo me sorprendo de lo contento que estoy de que ya no esté enfadada conmigo.

—Sólo para tu información ¡eso fue cuando pensé que estaba hablando contigo por teléfono!

—¿En serio?

—¿Crees que me gusta tu padre?

—¿Te gusta? —Echa la cabeza a un lado, y ahora es ella la que sonríe.

—¿Te estás burlando de mí?

—¡Y cómo no hacerlo! —dice alegremente y se echa a reír.

La miro fascinado. Su risa es tan genuina como ella. Todo su cuerpo está en movimiento (algo que resulta especialmente atractivo alrededor de sus pechos) e increíblemente cautivador.

—Es una pena no haber estado ahí, me habría encantado ver su cara. Sería algo digno de ver, la forma en que se veía cuando te le insinuaste.

—Un recuerdo del que definitivamente preferiría olvidarme —explico secamente—. Me debes una, y podríamos empezar por tu cabello.

—Pareces un poco obsesionado con este tema. ¿Quizás deberías dedicarte mejor a ser peluquero?

—En realidad no se me da tan mal, después de todo, solía cortarle el pelo a mi madre.

—¿Tú? —Desconcertada, se endereza un poco y yo mismo me quedo perplejo por haberle dicho esto. Durante años, me las he arreglado para no decir una palabra sobre mi vida privada sin ningún problema. ¿Por qué me cuesta tanto mantener la boca cerrada con Riley?

—Tengo todo tipo de habilidades inesperadas —me apresuro a decir con un guiño de humor—. Especialmente en la cama. Deberías comprobarlo por ti misma.

—En tus sueños, Colter. Prefiero tener otra cita con mi dentista.

—Eso al menos explicaría por qué estás tan irritable.

—Y tú tan encantador como una falta antideportiva.

—Creo que me estás juzgando completamente mal.

—¿No eres un jugador de baloncesto egocéntrico?

—No, no lo soy.

—¿Así que sólo estás enamorado de ti mismo?

Ahora sí que tengo que reírme a carcajadas. El humor de Riley me encanta, como el resto de ella. Y por primera vez me pregunto si no debería romper otra de mis reglas: no acostarme de nuevo con la misma mujer.

Ya lo había rechazado en la habitación del hotel, pero si algo he aprendido en el baloncesto es a darle la vuelta a un partido. No todo está perdido y por algo se me conoce como alguien que le da la vuelta al juego. Ahora sólo es cuestión de hacer todo lo posible para parecer sexy y causar impresión para que...

—¡Colter! —La voz enfadada de Holden me saca de mis pensamientos.

Esto de nuevo. ¿Y por qué precisamente ahora?

—¿Quién es? —pregunta Riley mientras corre por el pasillo hacia nosotros, completamente angustiado.

—Mi agente —le explico—. Que siempre aparece en los peores momentos. —Suspirando, me paso la mano por la cara, decidido a librarme de él rápidamente y luego seguir trabajando para ganar puntos con Riley.

—¿Qué demonios ha sido todo eso? —gime Holden cuando llega hasta nosotros.

—¿Mi entrenamiento? Ey, hasta yo puedo equivocarme a veces.

—¡Eso no! —Me pone el móvil delante de la cara—. ¡Esto!

Mi mirada se posa en el llamativo título de letras amarillas. Y una foto mía con el culo desnudo, sujetando las hojas de la palmera de la habitación delante de mi intimidad, mientras me alejo a toda prisa de la recepción del hotel. ¡Mierda!

Me apresuro a apartarle la mano, pero es demasiado tarde: Riley también lo ha visto y suelta un sonoro bufido.

Lanzo un profundo suspiro. La sincronización de Holden no es sólo mala, es horrenda.

Mientras él mira perplejo a la risueña Riley, yo me paso la mano por la nuca, profundamente avergonzado. ¿Qué demonios pasa? Las cosas han salido mal, pero se pueden sobrellevar con humor. Así que le confieso la situación de esa mañana a Riley.

—Las señoras del viaje pensaban que yo era el programa cómico de su gira en autobús —digo encogiéndome de hombros.

Ahora por fin se echa a reír.

—¿Hiciste de stripper?

—No, para eso probablemente debería haber elegido una palmera más pequeña —digo guiñando un ojo—. Pero me alegré de poder encontrar una, si no, mi otra opción era un cactus.

Se ríe aún más fuerte y no puede contenerse. Y de repente no puedo evitar reírme.

—¡Me alegro de que al menos a ustedes dos les haga gracia! —regaña Holden—. ¡Porque a mí no y a tus socios publicitarios tampoco les hace gracia!

—No, claro que no. —Lucho por contenerme y Riley se ríe, intentando reprimir la risa.

—¡Colter! —La voz de Stanley resuena desde el pasillo—. ¡Artos! ¡Felipe!

—Bueno, tengo que irme, pero... —Se seca las lágrimas de risa de las mejillas y me sonríe con picardía—. De hecho, una palmera más pequeña habría bastado. Una palmera mucho más pequeña.

Se da la vuelta y se va.

Ahora soy yo quien se ríe casi tan ruidosamente como sólo Drake suele hacerlo. Esta pequeña, y por desgracia demasiado caliente, es todo menos aburrida y predecible. Al contrario, reacciona de forma totalmente imprevisible, me hace pasar un mal rato y ni siquiera se puede comparar con ninguna mujer con la que haya estado. Además, no sólo es sexy, sino también ingeniosa, divertida, auténtica y honesta. A diferencia de las otras mujeres, no sólo quiere usarme para conseguir dinero o fama, porque ya tiene una cosa y obviamente no quiere la otra.

Esta mujer es una mezcla peligrosa para mí, porque podría perder mi corazón por ella.

—¡Sólo puedo esperar por tu bien que no hubiera drogas de por medio, Colter! —retumba Holden, señalando la pantalla de su celular.

Sonriendo para mis adentros, miro a Riley con aprecio.

—Solo una —murmuro pensativo.

—¡¿Qué?! —Holden jadea y se agarra el corazón.

—No te pongas así, sólo bromeaba. —Le doy una palmada en el hombro.

—No bromees con eso, ¡casi me da un infarto! —se queja Holden, frotándose el hombro con expresión de dolor. Debo de haber exagerado un poco lo que dije.

—Pero ¿podrías explicarme de qué iba todo eso? —exige—. ¿Y por qué sonríes como si te hubieras vuelto loco?

—Créeme, no quieres saberlo —digo y vuelvo al pasillo.

—Oh Dios, ¿por qué siempre me temo lo peor cuando dices eso? —se queja Holden, corriendo detrás de mí.

—¡Colter! ¡Artos! ¡Felipe! —La voz de Stanley resuena hacia mí—. El entrenador quiere decir algo.

Me dejo caer en el banco junto a Kiano, sumido en mis pensamientos. Por supuesto, Holden tiene razón: desde el punto de vista de mis socios publicitarios, la foto ha sido un mal paso en mi carrera, pero podría ser peor.

—Oh, sobre tu pregunta... —empieza—. ¡Lo que nunca debes hacer, bajo ninguna circunstancia,

es meterte con la hija de DeLuca!

Se me cae la mandíbula.

—¡¿Qué?! ¿Por qué?

—Lo verás en un momento. Este discurso al principio de cada trimestre pertenece a DeLuca como Michael pertenece a Jordan.

De hecho, cuando Artos y Felipe también se sientan, DeLuca se planta delante de nosotros.

—Antes de que se vayan, quiero quitarme algo de encima, y sólo lo diré una vez. —Nos mira con los ojos entrecerrados—. Mi hija está fuera de los límites. Si se atreven a si quiera mirarla, perderán su carrera. Y cualquiera que la toque debería esperar que le cosan algunas partes muy privadas en el hospital. ¿He sido lo suficientemente claro?

¡Mierda! Supongo que acostarse con Riley cae en la misma categoría para su padre que ligar con ella. A mi alrededor empiezan a surgir asentimientos y murmullos mientras me pregunto cómo demonios se ha podido descontrolar tanto la situación.

Pero entonces me doy cuenta de algo sobre Riley. Y darme cuenta de esto me golpea más fuerte de lo que creí posible.

Capítulo 13

Riley

—¿Hay algo malo con el chocolate? —me pregunta Yvette cuando entro en la cocina, bostezando.

Es de madrugada, pero después de pasar la mitad de la noche pensando en Colter, tenía que recuperar algo de sueño.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con el chocolate?

—Todavía está ahí. Me pediste que trajera un poco ayer porque era una emergencia.

Como la hermana de Yvette es dueña de la pastelería donde hace el mejor chocolate del mundo, Yvette es mi salvadora en momentos de desequilibrio emocional.

—Oh, sí. Puedes llevártelo.

—¿Estás segura? —pregunta escéptica.

Asiento con la cabeza e Yvette se encoge de hombros y vuelve a guardar el chocolate en el bolso que cuelga del respaldo de su silla.

—La emergencia resultó ser un golpe de suerte —explico—. Para mis caderas, al menos.

Me río tímidamente. Por mucho que me guste culpar a mis genes de mis caderas pronunciadas y mi trasero curvilíneo, posiblemente se deban a mi afición por el chocolate. Sin embargo, esto podría ser sustituido simplemente por una preferencia hacia otra persona. En cualquier caso, después de conocer a Colter ayer, estaba más animada de lo que he estado en mucho tiempo. Porque está bueno. Y es divertido. Además, puede reírse de sí mismo. Pero, sobre todo, porque estaba claramente celoso de Malone. Y si está celoso, debe ver en mí algo más que una aventura pasajera. ¿No es así?

Aunque no quiero seguir pensando en esto y, a pesar de que Amber afirma lo contrario, sigo intentando recordarme a mí misma que es un rompecorazones y que alguien como él nunca cambiará... sigo sin poder evitar que mi corazón se acelere al pensar en él. Al parecer, mi obsesión relacionada con Colter no es temporal después de todo.

Una sonrisa se dibuja involuntariamente en mi rostro.

Pero no dura mucho porque ahora, a la luz del día, vuelvo a darme cuenta de que hay otro problema: Incluso si Colter estuviera genuinamente interesado en mí, ciertamente nunca iría en contra de mi padre. Y él, a su vez, jamás toleraría una relación entre uno de sus jugadores y yo. Es ahí cuando mi felicidad desaparece de nuevo.

—Sabes, Yvette, ¿por qué mejor no dejas el chocolate?

Con una ceja levantada, vuelve a sacarlo de su bolso.

—Aunque... —Respiro hondo y me pongo de pie—. No, llévatelo contigo. Tengo que encontrar otra solución.

Levanta las manos con resignación antes de guardar el chocolate en el armario encima de la

nevera en vez de en su bolso.

—¿Y cómo?

—Iré al centro de entrenamiento.

—¿Quieres hacer deporte?

—Por el amor de Dios, no. Quiero hablar con papá. Tiene que dejar su comportamiento sobreprotector.

Yvette me mira incrédula y luego suspira comprensiva.

—Probablemente debería salir a comprar más chocolate.

***

La reacción poco alentadora de Yvette no es la única razón por la que estoy tan nerviosa durante todo el trayecto, tanto así que el volante se me pega a las manos sudorosas. La razón de mi nerviosísimo se debe en parte a la conversación que tengo prevista con mi padre. Y además, de que espero volver a ver a Colter.

Ayer fue una coincidencia, había dudado en echar un vistazo a la sala. Pero al hacerlo me he arrepentido profundamente. Incluso a distancia, había luchado por mantener una expresión neutra al ver a Colter. Cuando de repente se paró delante de mí, ya no fue posible mantenerme así aunque tuviera la mejor voluntad del mundo.

Quién iba a decir que poco después estaríamos riéndonos juntos. Más aún, que me sentiría a gusto a su lado. Todavía me sorprende lo bien que me lo paso en estas batallitas de palabras con él. Y me alivia saber que (ahora estoy completamente segura) la mayoría de los chistes que suelta están llenos de auto ironía. No se toma a sí mismo demasiado en serio, como demostró claramente su reacción a la foto con la palmera; eso me gusta. Incluso más que la foto de su cuerpo desnudo. Estaba claro que la habitación del hotel estaba demasiado oscura.

Sonrío para mis adentros, muestro mi carné de identidad a la cámara de vigilancia de la puerta, ya que en la garita no había ningún guardia de seguridad en ese momento, y conduzco hasta el estacionamiento.

Apenas me bajo y paso al lado de un auto lujoso muy cool con llantas doradas, veo a Colter a cierta distancia detrás de la esquina de la casa entrenamiento.

Se pasea entre los autos con su teléfono. ¡Y no lleva camiseta!

Al ver su torso sudoroso se me seca la boca y mi pulso se acelera.

Como el otro día, gesticula salvajemente, lo que hace que sus músculos destaquen aún más. Yo sólo lo veo por detrás, pero tiene más músculos ahí que yo en todo mi cuerpo. Y mientras camina de un lado a otro bajo las palmeras, a veces la luz del sol hace brillar su piel color caramelo, a veces las sombras bailan sobre ella. Una imagen para los dioses.

Pero ¿con quién demonios habla constantemente por teléfono durante los entrenamientos? ¿Y luego tan emocionalmente?

Con dificultad, me aparto de su vista para buscar a mi padre.

Entro en el edificio y casi he cruzado el vestíbulo cuando la voz de Colter suena detrás de mí.

—¡Riley!

Miro por encima del hombro y él se precipita hacia mí mientras mira apresuradamente a su alrededor. Pero estamos solos y se me pone la carne de gallina.

Colter también parece haberse dado cuenta de que no hay nadie. Porque en cuanto me alcanza, me agarra del brazo y me arrastra al siguiente pasillo que sale del vestíbulo.

El contacto desencadena una tormenta de emociones en mí, ya que todos los recuerdos de la noche que pasé con él pasan por mi mente, las imágenes de un Colter desnudo vuelven a inundarme y mi cuerpo habla con una urgencia extremadamente inapropiada pero aún más poderosa.

¿Quiere besarme? ¿Como en Blue Light?

Mi corazón late con fuerza como si quisiera continuar justo donde lo dejamos en aquella noche completamente loca.

Está bien, puede que mi resolución de no volver a tener sexo no esté tallada en piedra, sino más bien... en cera. Cera que se está derritiendo porque él se ve tan increíblemente sexy cuando el sudor hace que sus músculos brillen a la luz como si estuvieran aceitados.

Me echa otra mirada escrutadora a lo largo del pasillo, luego se vuelve hacia mí y mi corazón da un vuelco al ver la expresión de Colter. Pero esta vez, por desgracia, no es de placer ni de alegría, porque parece más oscuro que el cielo antes de que empiece una tormenta.

—¿Qué demonios te pasa? —me grita.

Parpadeo, desconcertada.

—¡Primero me metes en problemas con mi entrenador principal y, por si fuera poco, ahora intentas destrozarme la vida! ¿Qué demonios te hice, aparte de coquetear contigo?

Lo miro boquiabierta, necesito un momento para recuperar el habla.

—¿De qué hablas?

—¡No te hagas la inocente! No puedes decirme que esto no fue otra acción de venganza. ¿Tienes un odio total por los hombres en general o sólo por mí? ¿Estás loca o sólo cuando se trata de destruir aquello por lo que otra persona ha trabajado muy duro?

—Qué... No... No lo entiendo... —balbuceo, aún sorprendida y perdida.

—No finjas —me suelta de inmediato—. ¿Cuándo ibas a decirme que estabas poniendo en peligro mi carrera?

Por fin me doy cuenta de lo que está hablando. Al parecer, mi padre ya ha pronunciado su

discurso habitual, creo que he llegado demasiado tarde.

—¡No me digas que no sabías cómo era tu padre! —sisea, y la ira en su mirada me hace estremecerme,

—¡Créeme, lo sé! Pero yo...

—¡Ahora tus extrañas declaraciones tienen sentido! —interrumpe—. Tú misma dijiste que sólo querías acostarte con un jugador de baloncesto para demostrarle algo a tu padre. ¿Qué? ¿Demostrarle que no pertenezco al equipo, y mucho menos al quinteto titular?

—¡No! Ese... Ese no era el punto en absoluto, yo... ¡Yo nunca tendría la intención de hacerte algo así! ¡Y nunca tuve la intención de contarle sobre esa noche!

—Eso es interesante. Entonces, por favor, explícame cómo planeabas demostrarle algo a tu padre si no se lo cuentas.

Me muerdo la mejilla.

—No estaba pensando bien, yo... estaba borracha.

—De un vaso de agua —se burla.

—¡No! Del champán.

—Por supuesto. —Su voz está literalmente cargada de sarcasmo. Claro, después de todo, siempre lo había negado—. ¿Cómo quedarías con dos vasos entonces? ¿Bailando desnuda sobre la mesa?

—Okay, no estaba exactamente borracha, pero... no estaba del todo en mis cabales y… y también estaba terriblemente disgustada y enfadada, pero no contigo, sino con mi padre y... Oh, tampoco sé qué me pasó.

—¡Oh, pero yo sí! ¿Acaso las niñas ricas como tú ya se aburrieron de buscar diversión acostándose con tipos raros que ahora se han propuesto destruir carreras?

—¡¿Qué?! —Atónita, lo miró fijamente.

—¿Mi villa te molesta? ¿O es mi dinero?

Sus palabras, en cambio, me atravesaron el alma. ¿Es así como me ve? ¿Es eso lo que piensa de mí?

—¿De qué estás hablando? No tengo ningún problema con nada de eso. ¡Sólo que los tipos como tú siempre piensan que el mundo gira a su alrededor sólo porque tienen dinero, son famosos y pueden manejar una estúpida pelota! ¿Eso es todo lo que te importa? ¡¿El dinero?! Pensé que estaba equivocada cuando creí que eras alguien avaricioso, pero al parecer estaba totalmente en lo cierto y ¡sólo te defines por tu dinero!

Se ríe amargamente.

—Eso demuestra lo poco que me conoces.

—Exacto: ¡no te conozco! ¡Y tú tampoco me conoces! Si no, nunca pensarías algo así de mí. ¡No

puedo creer de lo que me estás acusando!

—¡Querías rebelarte contra tu padre! Sólo me usabas para tus propios fines.

Sus palabras me golpearon con fuerza, sobre todo porque ya tenía remordimientos de conciencia al respecto.

—Lo sabías, y me atrevería a sugerir que estabas muy contento de que te utilizaran para ello —contraataco.

—No lo sabía, bueno no realmente, quiero decir... ¡Maldición, no se trata de eso!

—Así es. La verdad es que te molesta que ahora sea al revés.

—¿De qué estás hablando ahora?

—Oh, por favor. Eres cualquier cosa todo menos un inocente. ¡Tú eres el que suele utilizar a las mujeres que sólo se acuestan contigo porque esperan tener una relación!

—Si es así, no es culpa mía, porque siempre dejo claro desde el principio que no hay nada que esperar.

—¿En serio? Que yo recuerde, fui yo quien lo dejó claro después de aquella noche. Aparte de eso: Si pudieras pensar por un segundo, aunque sea de manera lógica, deberías haberte dado cuenta de que sigues vivo y en el equipo, ¿no?

Doy media vuelta y corro hacia el auto, luchando desesperadamente por contener las lágrimas. Solo cuando estoy dentro del auto y salgo del estacionamiento, les doy rienda suelta.

Pocas veces he estado tan enfadada. Y tan herida.

Capítulo 14

Colter

El ambiente en el pasillo frente a la puerta del estadio está lleno de tensión. Veinte mil personas nos esperan en el estadio de Miami, y muchas más en sus televisores. El ambiente es electrizante y el público aplaude a las animadoras, que se arremolinan en el aire al ritmo de la música y llevan trajes relucientes para preparar el partido con su espectáculo. Podemos seguir la acción en el estadio desde pequeñas pantallas.

—Colter. —El entrenador me pone la mano en el brazo y hago una mueca de dolor—. No tengo ni idea de lo que te ha pasado en la última semana, ¡pero has estado fuera de juego en los entrenamientos!

Lo sé. Y no sólo porque me pegaba regularmente.

—Después de lo que vi de ti la semana pasada, hoy debería tener a Wesley en el quinteto inicial. Pero creo en ti, ¡maldita sea! ¡Y espero que no traiciones mi confianza!

Después de todo, ya he traicionado la confianza de DeLuca, aunque no se haya dado cuenta. Pero, sobre todo, me atormenta la decepción que me he llevado con Riley. El hecho de que por primera vez sintiera que había alguien con quien estaba en la misma sintonía y que veía a la persona en mí, no sólo un medio para conseguir un fin... y luego resulta que para Riley no era más que eso.

Además, probablemente Riley se lo cuente a su padre, y es algo que ya especto, porque, después de nuestra discusión, tiene más motivos para hacerlo, y ese sería el principio del fin de mi carrera. Por supuesto, sé que no puede echarme del equipo, al fin y al cabo, hay contratos, pero pasar la mayor parte del tiempo en la banca equivaldría a lo mismo. Y sería aún peor, porque dañaría mucho más mi carrera si no se me permitiera demostrar lo que puedo hacer.

¿Es de extrañar que me estremezca cada vez que se dirige a mí? Pero no es principalmente por mi propio bien por lo que estoy preocupado, sino por lo que una potencial tormenta de caos podría hacerle a Emily si las circunstancias que rodean mi descenso salen a la luz. ¿Qué pasa si hordas de periodistas asedian la casa o...?

—¡Concéntrate, chico! —DeLuca me saca de mis pensamientos ansiosos.

Me esfuerzo por asentir, el entrenador me da una palmada paternal en el hombro (lo que hace que mi corazón se hunda otro nivel) y se dirige a todo el equipo.

—¡Denlo todo, chicos! Su futuro está ahí fuera.

En ese momento, las luces de la arena se atenúan, los vítores estallan brevemente, luego se hace un gran silencio, las voces apagadas de la gente sólo llenan el aire como un zumbido y un murmullo.

La tensa expectativa del juego me pone los pelos de punta, pero no por toda adrenalina del momento, sino por un nerviosismo paralizante.

Nunca me había pasado nada parecido.

—Ya casi es hora —nos da la señal uno de los empleados del estadio. La tensión aumenta, nos chocamos los cinco y todo el equipo aprovecha los últimos segundos para prepararse para el partido con su propio ritual, ya sea una oración, cruzarse de brazos o halarse los lóbulos de las orejas. Sólo que yo no tengo ninguno. Nunca lo he necesitado, pero ahora deseo desesperadamente tener uno.

Suenan los primeros sonidos de nuestra música de calentamiento. El bajo es tan fuerte que puedo sentirlo en el pecho. Los ritmos hacen que la adrenalina corra por las venas de los aficionados, quienes animan cada vez más fuerte a medida que la música sube de volumen.

Ahora las pantallas gigantes sobre la pista cobran vida y comienza una impresionante secuencia que muestra los mejores momentos de la temporada pasada, momentos dramáticos y mates espectaculares. Los aficionados enloquecen al ver a sus héroes en acción.

—Y aquí están, los Miamiiiiiiiii Flaaaaaames —suenan los altavoces y la sala se estremece con los vítores—. Nuestro base: Colteeeeeer Williaaaaaaaaams.

Veinte mil personas rugen de entusiasmo cuando entro corriendo por el enrejado formado por las animadoras, las luces parpadean, la gente viste los colores de nuestra camiseta, agitan banderas y pancartas.

¡Soy parte del quinteto titular! Debería estar feliz, maldita sea. Debería sentirme super feliz y orgulloso.

En cambio, estoy pensando en Riley. Al igual que lo he hecho toda la semana en el entrenamiento. Excepto que esto no es entrenamiento.

***

—No fue una derrota, fue una masacre —enfurece DeLuca, con las cejas fruncidas hasta el punto de que podrían pasar por una sola—. ¿Qué demonios le ha pasado a tu manejo del balón? Mi abuela podría manejar el balón mejor que tú hoy.

Lleva veinte minutos gritándome. Por desgracia, tiene una razón para hacerlo. Pero nadie podría estar más molesto que yo por mi mal juego. Por primera vez en mi vida, el mundo fuera del campo no desapareció cuando sonó el silbato.

—Esperaba que tomaras la iniciativa —grita DeLuca—. ¡Que dominaras el campo! ¿Dónde está tu concentración? Eres el base, ¡por el amor de Dios! ¡Eres el corazón de este equipo! Así que, maldita sea, ¡deberías haber actuado como tal!

No puedo estar en desacuerdo. Por supuesto, la derrota no es enteramente culpa mía, pero yo debería haber aportado la energía y la motivación para mantener todo unido.

—Te dije que este tipo no servía —dice Wesley con rencor. Es el único que parece satisfecho tras esta derrota.

Y tampoco estoy en desacuerdo con él. Porque aún peor que el discurso enojado de DeLuca es la

decepción de mis compañeros, que habían confiado en mí.

Así que soy el primero en salir de los vestuarios hoy. Sólo quiero ver a Emily.

Pero apenas abro la puerta me topo con Holden, y suelto un gemido.

—Ahora no, ¿sí?

—¡Oh sí, ahora!

—Holden, realmente no puedo ahora.

—¿Qué demonios te pasa? Nunca has jugado tan mal.

—¿Crees que no lo sé? —le digo bruscamente y me largo—. ¿Podrías decir algo bueno para variar?

—Eso es exactamente lo que estaba a punto de hacer. ¿Te das cuenta de que todo el mundo te odia ahora?

—¿Se supone eso que debería hacerme sentir mejor?

—Espera un momento. —Se aferra a mi camiseta.

Para no arrastrarlo, me veo obligado a detenerme.

—¡¿Qué pasa?!

—No te presentaste a la entrevista con The MIA-Trends, pero conseguí evitar lo peor. Si te reúnes con ellos, eso podría ser tu salvación después de este desastre.

—¿Acaso quieres tambien una visita privada a la casa? —pregunto con sarcasmo.

—En combinación con una entrevista exclusiva contigo y tu familia y...

—¡Ya basta!

—¡Por Dios, Colter! Necesitas fortalecer tu marca para que puedas ganar dinero con otras cosas aparte del baloncesto.

—No quiero ganar dinero con nada más. Tampoco necesito más. No juego al baloncesto por dinero, sino porque simplemente es lo que mejor se me da y lo que más me gusta.

Me doy la vuelta y Riley está delante de mí.

Y de repente mi corazón late muy fuerte.

—Lamento que hayas perdido —murmura abatida—. Y… por lo demás también.

Sólo resoplo.

—Es un poco tarde para eso.

Con eso, tomo la decisión de alejo para siempre.

Capítulo 15

Riley

¿Es demasiado tarde para recoger mis cosas y conducir hasta Tallahassee? ¿Qué hago aquí en una recaudación de fondos? ¿Una de los Miami Flames?

Me siento triste en el bar del enorme salón de un hotel de cinco estrellas. La sala está llena de mujeres que llevan joyas y hombres que exhiben sus gordas carteras, sus voces altas y sus risas exageradas casi ahogan la música del pianista de jazz.

Me siento más fuera de lugar que nunca. También me la he pasado pensando constantemente en Colter. No sólo porque de vez en cuando me encuentro con sus compañeros, que por cierto, los centros en particular destacan como faros entre el mar de gente, si no por la vergüenza del otro día, al menos por esa razón es poco probable que me lo encuentre por aquí hoy.

Pero Yvette tiene razón, sentarme en casa y seguir agotando mi reserva de chocolate en mi frustración tampoco es el mejor camino a seguir. Sólo consiguió salvar el último chocolate de mí, (y salvar mi trasero de aún más, eh, genes italianos) arrebatándomela literalmente. También fue Yvette la que me sacó de la cama porque no soportaba seguir viendo mi tragedia, y me amenazó con no volver nunca si no lo hacía. Al fin y al cabo, ya tengo bastante con que mi padre pareciera un limón con dos piernas desde que perdió el partido hace una semana.

De hecho, mi padre era mucho menos accesible que yo después de la vergonzosa derrota de su equipo. Claro, hubo muchas críticas de todos lados, especialmente del dueño Reeve Rockwell, por supuesto. Pero, sin duda la decisión de usar a Colter en lugar de Wesley fue la más criticada.

Por supuesto que no le mencioné el nombre de Colter a papá, aunque de todas formas no había oportunidad de hablar con mi padre de nada. Eso me dolió aún más de lo que ya estaba por su comportamiento, pero no tenía la energía para volver a hablar con él sobre el hecho de que el baloncesto significaba más para él que para mí. Así que, a falta de alternativas, dejé que Yvette me ayudara a ponerme un vestido de cóctel y me metiera en el auto con papá.

Lo cual fue un error, uno enorme, y al voltearme me doy cuenta del por qué... el corazón me da un vuelco. Después de todo, ¡Colter está aquí!

Y no sólo eso. También tiene entre sus brazos a una mujer que es la encarnación de todos los estereotipos sobre las mujeres de Miami: Pelo rubio platino decolorado, cintura de avispa, pechos operados, labios hinchados y piel morena, de la que muestra mucho, realmente mucho. Debe de haber comprado su ropa en la sección infantil. Tan ceñida a la tela brillante, los pechos

casi se le salen por el escote, y cada vez que Colter dice algo, echa la cabeza hacia atrás con una risa aguda artificial, que hace que los pechos sobresalgan aún más.

Bueno, que tenga una aventura con ella entonces. ¡Agh! ¡No estoy celosa! Y tampoco creo que Colter se vea despampanante en su elegante traje negro y camisa blanca con los botones de arriba abiertos.

Me vuelvo bruscamente hacia el camarero.

—¿Hay chocolate aquí?

Me mira como si estuviera loca. Lo cual, al menos en lo que respecta a Colter, no es tan equivocado.

—¿Le servirá un cóctel dulce?

Asiento con un suspiro y, un poco más tarde, me tomo la bebida azucarada con tanta rapidez que el camarero parece aún más ofendido de lo que ya estaba tras mi petición.

Pero no quiero disfrutarlo, quiero adormecer el caos que llevo dentro.

—¿Me das otra? —pregunto.

—Creo que ya has tenido bastante —dice una voz detrás de mí, cuyo sonido me produce escalofríos de calor y frío al mismo tiempo.

Me doy la vuelta y fulmino con la mirada a Colter, que al menos está sin su acompañante.

—¿Según quién? Puedo decidir por mí misma cuánto bebo.

—Claro, pero ahora los dos conocemos las consecuencias.

¿Tiene que mencionar lo que estoy tratando desesperadamente de no pensar?

—¡Las consecuencias son sólo asunto mío!

—Sólo quiero salvarte de que te acuestes con un baboso. Como planeabas hacer el otro día.

—Oh, por supuesto, mi caballero del corcel blanco. Perdóname por no reconocer inmediatamente tu noble hazaña. Pensé que el brillo provenía de tu ego sobredimensionado y no de tu armadura. Entonces, ¿qué quieres?

—Hablar contigo.

—No hay nada de qué hablar. —Lo dejo ahí parado y me apresuro a alejarme antes de que pueda decirme algo tan hiriente como el otro día.

Pero unos pasos más adelante, en las grandes puertas dobles que dan a la azotea, vuelve a alcanzarme.

—Okay, déjame ponerlo de otra forma, me gustaría disculparme.

Tropiezo y me detengo.

—¿Tú? —pregunto incrédula—. ¿Disculparte?

—Sí. Exageré. Te hice daño. Te acusé de cosas terribles y me comporté como el mayor idiota del mundo.

Sus palabras me dejan sin habla por un momento.

—Aunque sería útil que no estuvieras tan de acuerdo en este punto —dice con una sonrisa irónica.

Eso me saca de mi estupor.

—¿Cómo... cómo es que ya no estás enfadado conmigo? —pregunto, mientras un alivio infinito me inunda.

—Bueno... como dijiste el otro día: En realidad no le dijiste nada a tu padre. Ni inmediatamente después de nuestra noche juntos ni en el transcurso de la última semana, a pesar de que me porté tan mal contigo. —Con un gesto de vergüenza, se pasa la mano por la nuca—. Tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo.

—Para ser sincera... no estoy enfadada contigo —contradigo en voz baja—. Estoy dolida, sí, pero no enfadada. Ahora sólo estoy enfadada conmigo misma.

Ahora es él quien pone cara de asombro.

Me aclaro la garganta.

—Te he puesto en una situación terrible y… y puedo imaginar que el preocuparte por tu carrera te ha robado la concentración el día del partido. Lo siento mucho. Quería acostarme con un jugador de baloncesto para rebelarme contra mi padre que se la pasa diciéndome cómo debo vivir mi vida. En ese sentido, te estaba utilizando, es cierto. —Frunce el ceño y yo añado apresuradamente—. Pero no fue la única razón, la verdad, porque no lo habría hecho con nadie más. Te lo pedí porque me atrajiste desde el primer momento.

Sus ojos se abren por un momento, pero el resto de su expresión es impenetrable.

Muevo mis dedos, nerviosa.

—Aunque ahora pienses que sólo soy una de tus fans... ¡no lo soy! Y como ya he dicho, no se lo he dicho a papá ni se lo diré, porque a la mañana siguiente me di cuenta de que estaría poniendo en peligro tu carrera. Y yo nunca correría semejante riesgo, y tampoco te haría daño. En ese momento, sin embargo, no estaba borracha, pero definitivamente no estaba lo suficientemente sobria como para darme cuenta de las implicaciones de mi... plan. Ahora días después, me parece aún más estúpido que a la mañana siguiente. —Avergonzada, me paso la mano derecha por el brazo izquierdo.

Asiente, pero la expresión tensa de su rostro no ha desaparecido por mis tranquilizaciones, al contrario.

—¿Y quién es Lorenzo?

—¿Qué?

—Hablabas de un Lorenzo en sueños. Un italiano, supongo.

—Así es.

—Espero que sea tu ex y no tu novio actual.

Parpadeo, desconcertada.

—Lorenzo's es un restaurante italiano.

—Aaah…

Ahora por fin parece aliviado. Así que realmente tiene más normas morales. Amber tenía razón sobre su carácter.

Me escruta con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Orfeo también es un restaurante? Porque lo has mencionado en sueños.

Siento que me sonrojo.

—Sólo conozco al cantante de la mitología griega.

Me mira confuso, pero prefiero no explicarle mi comparación, ya está bastante convencido de sus cualidades para la cama.

—Okaaay —dice lentamente—. ¿Y por qué sueñas con cantantes griegos y comida italiana en vez de... sólo como ejemplo absolutamente aleatorio... conmigo? —Su tono serio contrasta con el brillo travieso de sus ojos.

Por fin volvemos a estar relajados. Me relajo y me quito el flequillo de los ojos.

—Porque eres un mujeriego egocéntrico.

Le tiemblan las comisuras de los labios.

—Deberías buscar el término groupie si crees que puedo pensar que eres una.

Sólo resoplo.

—Y de todos modos —continúa con fingida indignación—. ¿Qué te lleva a hacer una afirmación tan aventurada sobre mí?

—¿Quieres decir, aparte de las numerosas fotos y artículos en internet? Probablemente la chica que tienes detrás. —Hago un gesto con la cabeza en dirección a la mujer que antes iba colgada de su brazo. La mirada furiosa que ella me dirige no sugiere precisamente que me desee una larga y buena vida. Y la condescendencia con la que me escruta de arriba abajo deja claro que, en su opinión, no estoy a la altura de Colter. Como si no me sintiera ya lo suficientemente mal. Colter hace una mueca.

—Oh Dios, tengo que agradecérselo a Holden, así como mi presencia aquí. Me amenazó con renunciar, pero por favor, sálvame de esa Barbie, te lo ruego.

—¿No te gustan los labios que parecen barca inflable?

—Sólo si tengo que huir de una isla. —Temblando, se da la vuelta y vuelve hacia mí—. Entonces, ¿qué tiene de especial Lorenzo's para que sueñes con él?

—Es el restaurante al que solíamos ir con mi madre en ocasiones especiales. Está cerca de la Piscina Veneciana, una piscina histórica con forma de laguna construida al estilo de Venecia. —Sonrío con tristeza al recordarlo—. De niña iba a la Piscina Veneciana con mi madre. A veces incluso de noche, a escondidas. Mamá era una chica muy loca. Te podías divertir mucho con ella. Todo lo contrario a mi padre. —Suelto un profundo suspiro—. Quería ir a Lorenzo's con él el día de su cumpleaños, pero en vez de murales con vistas de Roma, terminé rodeada de cuerpos musculosos en un bar deportivo.

—Estoy seguro de que eso habría sido motivo de celebración para otros.

—¡Pero no para mí!

—Ahora lo recuerdo un poco diferente. —Me sonríe ampliamente.

Ahora siento el calor en mis mejillas.

—Déjame en paz, ¿quieres? —Molesta por mi propia vergüenza, le doy un puñetazo en el estómago, que ni siquiera le hace inmutarse, sino que sólo le divierte. No me extraña, tiene tubos de acero donde otras personas tienen músculos. Trago saliva al recordar cómo se sienten esos mismos músculos bajo mis manos.

—Sólo para estar seguros: ¿Haces ese tipo de cosas a menudo?

¿Acaso piensa que me la paso teniendo sexo siempre?

—¿Tener aventuras de una noche? —continúa. Por suerte, antes de que se me escapara el pensamiento.

—¿Tengo ese aspecto? —pregunto, irritada.

—¿Qué quieres decir? —sigue Colter, atrayendo de nuevo mi atención—. Eres guapa, genial y divertida. Estoy seguro de que muchos chicos quieren salir contigo.

¿En serio piensa lo que dijo de mí? Sacudo la cabeza con inseguridad.

—Hay una gran diferencia en invitar a salir a la hija del entrenador de uno de los mejores equipos de baloncesto del mundo, a invitar a cualquier otra chica.

Asiente lentamente.

—Entiendo lo que quieres decir.

Me río amargamente.

—No, créeme, no lo sabes. No sabes lo que es ser siempre la hija de. Estar siempre definida por mi padre. Nunca poder estar segura de si alguien, hombre o mujer, no buscaba sólo mi amistad para conseguir entradas VIP, autógrafos o acercarse a los jugadores a través de mí. Para la mayoría de los hombres, no soy una persona independiente, no soy Riley, a la que le encanta el chocolate y quiere ser profesora. Soy Riley, la hija del entrenador cuya vida entera gira en torno al baloncesto, ¡como si este deporte fuera el sol! ¡Ese estúpido baloncito es el centro del universo para todos los jugadores! Y a la mayoría de los chicos que quieren salir conmigo, ¡en realidad no les importo nada!

—¿Y crees que no sé cómo te sientes?

—¿También tienes a chicos coqueteando contigo?

—Sí, bueno más bien hablo de mujeres que quieren utilizarme para hacerse famosas. De supuestos amigos que sólo me ven como una gallina de los huevos de oro y de patrocinadores para los que sólo soy un producto más de publicidad. Estaría bien no estar siempre definido por cuánto dinero tengo gracias a mi juego y cuánto valgo como figura publicitaria. Se trata de mi juego en sí y de lo mucho que he luchado para llegar a donde estoy ahora.

Suena amargado, y sólo ahora me doy cuenta de lo mucho que debo haberlo herido.

—Lo siento muchísimo. Tanto por ofenderte como por dar la impresión de que no veía a la persona que había detrás de la estrella. Yo no soy así. De verdad.

—Lo sé —dice simplemente, y cuando me mira a los ojos, su mirada es suave, casi tierna.

—Gracias —digo en voz baja y me siento tan conmovida como confusa.

—Además, me imagino que para los de fuera es difícil entender lo absortos que estamos en nuestro deporte, pero... —Perdido en sus pensamientos, mira hacia la noche a través de las puertas dobles abiertas—... puede acabarse demasiado rápido para no hacerlo. En ningún lugar el triunfo absoluto y la derrota total están tan cerca como en el deporte de alta competición. En ningún sitio todo puede acabar tan rápido como aquí. Un aterrizaje equivocado o una caída estúpida... y se acabó. Ni siquiera tiene que ser una rótula destrozada o, lo que es aún más terrible, una parálisis. Basta con una herida leve que se cure mal o lentamente para que se acabe el sueño. Y solo así el futuro está destruido. El resto de la vida no tiene rumbo ni propósito. Esta es otra razón por la que debemos implicarnos en cada partido como si fuera el último. Porque en realidad puede ser así en cualquier momento.

Sus palabras me conmueven y me afectan. A la luz de la visión que Colter acaba de darme, me duele aún más en el alma que obviamente no haya sido capaz de ofrecer en su último partido lo que suele hacer normalmente.

—En realidad nunca lo miré desde ese punto de vista —confieso—. Supongo que estaba algo ensimismada porque estaba demasiado ocupada rechazando todo lo que tuviera que ver con el baloncesto. —Involuntariamente pongo mi mano sobre la suya.

Se queda mirándola con una expresión extraña, avergonzada, la aparto, pero de nuevo sus reflejos son más rápidos que los míos, y en cuanto tiene mi muñeca entre sus manos, su tacto me produce un agradable escalofrío.

—Déjala... —dice en voz baja y el tono repentinamente áspero de su voz provoca un tirón anhelante en mí.

Pero, aunque me cuesta, niego con la cabeza.

—No quiero que te metas en más problemas.

Sonríe irónicamente.

—¿Es eso posible?

—Como he dicho, no conoces a mi padre. Al menos sigamos hablando fuera. —Por lo menos allí, nadie puede leer en mi rostro los pensamientos completamente no juveniles que de repente me vienen a la mente.

—Lo haré sólo por ti, no por mí —dice y me suelta. Muy despacio, sin embargo, su mano me acaricia suavemente la piel, hasta la punta de los dedos, dejando tras de sí una sensación de hormigueo.

Trago saliva, observo hipnotizada sus dedos y no puedo evitar imaginarlos moviéndose también por el resto de mi cuerpo. ¿Qué hay de malo en repetir lo de la otra noche, ahora que sabe que no se lo diré a mi padre?

No, mala idea. ¡Muy mala idea! Correría el riesgo de perder mi corazón. Y no puedo hacer eso, porque a pesar de todo, Colter no es el tipo para una relación.

De un tirón, me doy la vuelta y salgo a toda prisa, a la azotea y me coloco detrás de una pared saliente donde sopla una suave brisa. Espero que me alivie el calor de la cara al menos. Sólo algo completamente distinto puede ayudarme contra el calor de mi interior. Algo en lo que ni siquiera puedo pensar.

La ciudad brilla como un océano de diamantes centelleantes. Tras los brillantes pilares de los majestuosos rascacielos, vislumbro Biscayne Bay. Las luces de los barcos y yates bailan como estrellas brillantes entre los puentes y las islas artificiales. El propio océano se funde con el horizonte, y la oscuridad sólo insinúa lo infinitamente lejos que se extiende. Una música apagada emana de los bares y clubes de la ciudad, mezclándose con las voces de los fiesteros y los sonidos del piano que emanan de la sala exterior.

Por desgracia, el aire nocturno sigue siendo demasiado cálido para refrescarme, sobre todo con Colter parado a mi lado en el balcón. Aquí afuera, donde su olor ya no se pierde entre el perfume empalagoso de las demás y la luz tenue, junto con la pared que nos da algo de privacidad, nos mantiene fuera de la vista de todos, se me hace aún más difícil controlar lo que me pasa por la cabeza.

Apoya las manos en la barandilla, nuestros brazos casi rozándose, y un cosquilleo delicioso me recorre con su cercanía. Mientras miro la vista impresionante de Miami iluminada, la sensación de que algo está a punto de pasar se vuelve imposible de ignorar.

Capítulo 16

Colter

Lo que daría por poder leer los pensamientos de Riley. Apenas un suspiro antes parecía sorprendida, incluso feliz, y me pareció que quería decir algo, pero no lo hizo y de pronto se mostró más reservada que antes.

Una vez más, no sé qué pensar de su reacción. Sin embargo, me entiendo a mí mismo incluso menos que a ella. Cómo reacciono ante ella, y la forma en la que hablamos. Me he acostado con tantas mujeres diferentes muchas veces que he perdido la cuenta. Pero nunca, de verdad, nunca hemos hablado de cantantes griegos, y mucho menos de lo que me molesta o de lo que quiero. De hecho, hace años que no mantengo una conversación con miembros del sexo femenino de mi categoría de edad que vaya más allá del coqueteo o de una cita sexual. Nunca había tenido el impulso de un momento a otro de tirar hacia mí a una mujer con la que recientemente estaba increíblemente enfadado y besarla tan fuerte que perdiera todo el sentido del humor.

Se aparta distraídamente el flequillo de los ojos y casi puedo reprimir el reflejo de quitárselo de la frente. Ahora, se aprieta el labio inferior entre los dientes, pensativa, y tengo que respirar hondo. Joder, cómo me gustaría poder besarla. Sin embargo, tengo la sospecha de que no reaccionaría bien, especialmente aquí y ahora. ¿Verdad?

—¿Por qué desprecias tanto las propuestas de Holden para entrevistas y cosas así? —me pregunta y quito con dificultad la mirada de sus labios.

Parece genuinamente interesada en mis motivos. Eso también es nuevo para mí. Normalmente, las mujeres sólo se interesan por las apariencias externas.

—Lo único que siempre he querido es jugar al baloncesto. Me da igual tener unos millones más o menos en mi cuenta gracias a un acuerdo publicitario u otro. Tengo más dinero del que hubiera podido soñar en mi juventud, después de todo siempre tuve que llevar en la cancha zapatos dos tallas más grandes que la mía.

En cuanto se me escapó, podría haberme abofeteado a mí mismo. Maldita sea, ¿qué me pasa? Mi vida privada no es asunto de nadie. Así es como siempre la he mantenido hasta ahora. Empiezo a pensar que, de los dos, soy yo el que ya no está sobrio. ¿O es el hecho de que me siento extrañamente seguro cerca de ella?

Me mira con preocupación.

—Mencionaste que solías cortarle el cabello a tu madre... —dice vacilante—. Lo hacías porque no tenían dinero para ir a la peluquería, ¿no? O para zapatos.

Genial. Lástima. Es lo último que necesito de ella.

—Siempre los llevaba con dos pares de calcetines gruesos, así que nunca me congelaba. —Intento convertirlo en una broma.

—Eres duro, ¿verdad? —Sigue pareciendo afectada, pero responde a mi broma con una tímida sonrisa, tras darse cuenta de que es mi forma de tomarme las cosas desagradables con calma.

—En todos los sentidos —respondo con un guiño deliberadamente insinuante, para burlarme un

poco más de ella y disipar la mirada de ciervo herido. Me encanta cómo se le iluminan los ojos cuando le molestan mis comentarios. Y, efectivamente, así es de nuevo.

—Eres imposible, Colter Williams —dice ella, negando con la cabeza, pero divertida.

—Prefiero el adjetivo único.

Por fin vuelve a reír.

Y me sorprende lo feliz que me hace. Y lo cómodo que me siento en presencia de una mujer con la que no estoy teniendo sexo. ¿Será porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien podría realmente preocuparse por mí? Por mí como persona. No sólo por lo que represento. ¿Es por eso por lo que tengo un deseo urgente de abrirme ante ella?

—Por supuesto, como seguro te das cuenta, el dinero me ha permitido hacer mucho, especialmente... —Me interrumpo justo a tiempo—. De muchas maneras. —Me aclaro la garganta y continúo antes de que pueda seguir—. Pero no me mueve el dinero. Nadie que sólo busque dinero llega a lo más alto en el baloncesto. El entrenamiento es demasiado duro, muchas cosas pueden salir mal y el riesgo de acabar sin nada es demasiado grande. Sólo se puede llegar donde yo estoy si se desarrolla una pasión por el deporte y se le dedica toda la vida, soportando un entrenamiento duro sin fin, el dolor y la decepción. Un paso en falso, un golpe desafortunado y te encuentras en el hospital, desde donde puedes decir adiós a tu carrera. En este sentido, por supuesto que el dinero es importante para mí, porque si mi carrera se acabara de la noche a la mañana por la razón que fuera, poco más podría contar. Pero no es ni de cerca lo más importante para mí. Son las personas que me rodean a las que puedo apoyar con él. En primer lugar, mi madre, a la que le debo tanto.

Asiente lentamente y contemplamos la ciudad en silencio durante un rato.

Capítulo 17

Riley

Estoy completamente confundida. Colter parece ser tan diferente en todos los sentidos de lo que pensé que sería. Mucho más amable, humano, comprensivo e indulgente. Colter tiene todo el derecho a estar resentido conmigo. O amargado por su infancia. Pero en lugar de eso, está lleno de humor, calidez y, además, no se dejó abatir, sino que luchó por sí mismo para llegar a la cima. Pocas personas me han impresionado tanto.

Al menos si lo que ha dicho es verdad. Si es que acaso todo esto no es solo una artimaña para impresionar a las mujeres y se lo cuenta a todas sus conquistas. Porque, después de todo, ¿qué significa esa vacilación? ¿Especialmente para qué? ¿Para alguien? Y si ese es el caso, ¿a quién se refiere? No puede ser su madre, porque no tuvo ningún problema en mencionarla, pero hablaba de gente de su entorno. ¿Quién más hay? ¿Quizás sí hay otra mujer después de todo?

Finalmente, siento que Colter me mira y vuelvo la cara hacia él.

—Volviendo a tu pregunta de antes —dice en voz baja—. Me gustan las bellezas naturales. O mejor dicho... —Su mirada me penetra tanto que me siento completamente distinta y contengo involuntariamente la respiración—. Como tú —Termina la frase con voz ronca.

Mi corazón quiere salirse del pecho, justo a tiempo le recuerdo que un “como tú” es algo completamente diferente a un “sólo como tú”.

Estoy indecisa entre querer repetir lo de la otra noche, y temo que después yo salga perjudicada porque para él no tendría el mismo significado que para mí. ¿Por qué debería comprometerse con una mujer cuando podría tener muchas en su lugar?

—Yo... no soy de... aventuras de una noche.

Su risa grave y oscura parece vibrar en mi cuerpo.

—Creo que tienes que buscar no sólo la definición de groupie, sino también la de aventura de una noche.

—¡Yo no soy así! —gimo avergonzada—. ¡Esa vez fue una desafortunada excepción!

—Creía que estabas muy contenta —contradice con una sonrisa pícara, pero luego vuelve a ponerse serio, levanta la mano hacia mi cara y me aparta suavemente el flequillo de los ojos. Me conmueve la ternura de este gesto—. Mira, Riley, sé que no soy inocente, pero sólo porque aún no te conocía. No he tenido nada con otra mujer desde nuestra noche juntos.

Trago saliva, quiero creerle y al mismo tiempo tengo miedo de hacerlo. Tener una aventura de una noche es una cosa, pero esto parece mucho más. Estaría arriesgando su carrera. Y mi corazón se quebraría si todo esto sólo son palabras vacías.

Nuestras miradas se encuentran, sus dedos recorren mi sien, mi pómulo y mi barbilla, levantándola suavemente. Me estremezco bajo su contacto, y lo que promete hace que un cosquilleo me recorra el cuerpo.

—¿Y si te convenzo de mis buenas intenciones? —susurra con dureza.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que debe de oírlo.

—¿Cómo? —digo y me llamo los labios, repentinamente secos, con la lengua. Su mirada la sigue, sus ojos se oscurecen... y el intenso anhelo que siento en mi interior clama con fuerza.

En lugar de responder, me pone el pulgar en el labio inferior y me lo acaricia suavemente. Al instante, todos los pelos de mi cuerpo se erizan. Como si me hubiera transferido una carga eléctrica. Su mano me agarra la barbilla y mi anhelo se hace aún más fuerte, enviando ondas de excitación por todo mi cuerpo. Lo único que deseo es volver a sentir sus labios sobre los míos y sus manos sobre mi cuerpo. Quiero enterrar mis dedos en su pelo, quiero apretarme contra él. Pero él sigue mirándome a la boca mientras el aire entre nosotros parece escasear.

Y entonces lo hago: me pongo de puntillas, le pongo las manos en la cara, lo atraigo hacia mí y le beso con toda mi lujuria contenida. Y él me devuelve el beso aún más caliente y hambriento de lo que yo recordaba. Al instante, me sube el dobladillo del vestido. Sus manos suben por mis muslos hasta mi trasero, lo agarran con fuerza y me levantan de un tirón. Antes de que me dé cuenta, estoy rodeando sus caderas con las piernas, empujándole mi pelvis, y él me presiona hacia atrás contra el saliente de la pared mientras sus labios se deslizan por mi cuello.

—Así es como quería convencerte —murmura con voz ronca y el calor de su cuerpo me envuelve.

—Son métodos injustos —murmuro con un sabroso suspiro mientras inclino la cabeza hacia atrás para dejarle aún más espacio para maniobrar, mientras este deseo deliciosamente ardiente sigue acumulándose en mi abdomen. Me pesan los pechos, mi centro palpita con los recuerdos de todas las cosas maravillosas que me hizo la última vez. La tensión es tan grande que estoy a punto de gritar para deshacerme de ella.

—Puedo ser mucho más injusto —susurra, deslizando el tirante derecho de mi vestido por encima de mi hombro y plantándome besos ardientes en él.

Sus labios recorren mi cuello y detrás de mi oreja hasta que un temblor recorre mi cuerpo. Sigue con el otro tirante hasta que mis pechos sólo quedan cubiertos por el sujetador sin tirantes. Me los agarra y sus pulgares rozan mis pezones, que se erizan de inmediato. Al instante siguiente, también me ha liberado los pechos de las copas del sujetador y sus pulgares me rodean los pezones. El calor y el frío se alternan en mí. Es como si todas mis terminaciones nerviosas estuvieran hipersensibilizadas. El olor de Colter, su calor, su tacto... Lo percibo todo muy claramente. Sus labios, su lengua, sus manos... están por todas partes, acariciándome, dejándome marcas cosquilleantes. Clavo los dedos en su pelo cuando llega a mis pezones, los acaricia con los labios y los rodea con la lengua. El corazón me palpita con fuerza, la adrenalina me recorre de arriba a abajo y la anhelante sensación de mi abdomen es cada vez más fuerte. Cielos, ¿cómo voy a aguantar esto?

Me suelta los pechos y se endereza de nuevo, pero sus dedos bajan cada vez más, acariciándome el vientre y deslizándose por debajo del borde de mis bragas. Todo en mi interior se tensa. Colter no me quita los ojos de encima mientras sus dedos rodean mi punto más sensible hasta que gimo, y entonces continúa con su tanteo.

—Es increíble lo bien que te sientes —murmura con placer. Sus ojos están oscuros de lujuria,

reflejando también mi deseo. Entonces sus labios vuelven a capturar los míos mientras me penetra con dos dedos y gimo en su boca. Enrosca los dedos, los mueve hacia delante y hacia atrás, masajeándome a la vez con el pulgar. Me provoca oleadas de excitación, todas con un único objetivo. El cóctel de endorfinas y adrenalina me emborracha, no soy más que lujuria y excitación. Mi respiración se acelera, un calor espasmódico me invade. Mi piel arde, ¡estoy extasiada! Y necesito más. Mucho más.

Mi respiración se entrecorta, mi pulso se acelera, mis manos vuelan sobre su cuerpo, tirando de los botones de su camisa y...

—¿Colter? —La voz de Holden nos interrumpe—. ¿Dónde estás?

—Oh, mierda —gimo, porque sólo ahora me doy cuenta de dónde estoy... y de lo que estaba a punto de hacer. No puede ser verdad. He olvidado todo lo que me rodea.

Colter me deja inmediatamente en el suelo y, con la respiración agitada, me aliso apresuradamente la ropa. Dios, no puedo creer que casi tengo sexo con Colter aquí, en público.

—Algún día le daré un trofeo por siempre aparecer en el peor momento —gime Colter.

Yo veo algo diferente lo de aparecer en el peor momento, porque no me puedo imaginar qué habría pasado si hubiera sido mi padre quien nos encontrara así. Ese habría sido el final no solo de su carrera, sino tal vez incluso de su vida, por muy buenas intenciones que Colter pudiera o no.

—¿Colter? —Holden llama de nuevo—. Aún tengo tu celular. Emily llamó.

Presa de un pánico repentino, miro a Colter. Parece asustado.

De repente, el aire parece demasiado pesado para respirar.

—¿Quién es Emily? —murmuro.

—Nadie —dice y se apresura a organizar su ropa.

—¿Nadie te llama? —pregunto escéptica, sin ocultar mi incredulidad.

—Es sólo mi ama de llaves, Riley, no es lo que piensas, de verdad, pero tengo que atender esto, lo siento.

Dudo un instante, luego aparto la imagen mental de una belleza vestida sólo con un delantal y blandiendo lascivamente su plumero. Colter me hizo partícipe de su reservada vida y me habló de su pasado. Confió en mí. Y yo confiaré en él.

Respiro hondo y puedo volver a respirar con normalidad.

—Hazlo, no te preocupes. De todos modos tengo que entrar antes de que mi padre venga a buscarme.

—¡Espera! —Me sujeta por la muñeca.

—Tranquilo, no le diré nada a mi padre.

Parpadea como sorprendido por lo que dije. Como si él mismo no lo hubiera pensado y quisiera

decir algo completamente distinto. ¿O simplemente estaba distraído?

—Sí. Vale... en fin... esta semana tenemos partidos fuera en la costa oeste, la semana que viene algunos en el norte, pero podríamos quedar el viernes.

—¿Para hacer qué? —pregunto sin aliento.

—Bueno... ¿qué tal si continuamos con esto? Si quieres. —Su voz suena tensa.

Dios, cuánto deseo eso. Sólo que no sé si debería. ¿Y a dónde va esto? ¿Sólo quiere continuarlo porque dije que mi padre no se enteraría? ¿O porque realmente va en serio conmigo? Hay una confusión total en mi cabeza. E incluso más caos en mi corazón.

—¡Colter, te vi salir! —grita Holden, aún más impaciente que antes.

—Un amigo se gradúa en el hotel Crystal esa noche —susurro a Colter antes de poder seguir pensando—. Pero... me voy de la fiesta a las ocho y media. —Con eso, le tomo la mano a Colter y luego me apresuro a cruzar la terraza de la azotea; por suerte, Holden está buscando a Colter en el lado opuesto.

Pero en cuanto entro en el vestíbulo, me tropiezo con alguien.

—Lo siento, lo siento —murmuro, protegiéndome la cara con la mano mientras me apresuro a seguir con la cabeza baja, ya que estoy bastante segura de que es más que obvio por mis labios hinchados lo que he estado haciendo hasta ahora.

—No pasa nada —le escucho decir. La voz me suena familiar, uno de los compañeros de Colter al parecer, por eso no levanto la vista ahora.

En lugar de eso, voy al baño. Dejo correr el agua fría en mis manos, mojo mi cara acalorada y noto cómo mi pulso vuelve a calmarse lentamente.

Al menos hasta que levanto la vista y descubro los chupetones en mi cuello. Genial, tendré que llevar bufanda los próximos días. Por ahora, me veo obligada a permanecer en el baño hasta que llegó una mujer que tenía maquillaje en el bolso y me da un poco de él.

Cuando vuelvo al vestíbulo, no hay rastro de Colter por ninguna parte, sólo de Holden, que está disfrutando en el bufé.

—Oye, Holden, ¿Colter sigue aquí?

—No, fue a casa de Emily.

Tengo frío.

—¿Y quién es Emily? —pregunto con voz temblorosa.

—Por lo que sé, es su ama de llaves —responde Holden sin vacilar, mientras sigue sirviéndose canapés cubiertos de caviar.

Parece que habla en serio. ¿Pero y si Colter nos ha mentido a los dos? ¿Y si Emily es algo más para Colter? ¿Es su novia? ¿Su aventura? ¿Su próxima aventura de una noche?

¡No! ¡Basta! Respiro hondo. Ha demostrado ser completamente diferente en muchos aspectos a

como yo pensaba. No quiero volver a prejuzgarlo. Tendrá una buena razón para ir donde esta Emily.

Espero sinceramente que no sea algo relacionado con sexo.

Capítulo 18

Colter

He pasado un tiempo agotador conduciendo mi vieja motocicleta Yamaha por Ocean Drive, en busca del hotel Crystal. También fue agotador porque no dejaba de pensar en Riley y, por lo tanto, tuve que darme muchas duchas frías. Si Holden no hubiera aparecido, probablemente lo habría hecho con ella en la terraza de la azotea la semana pasada. Sólo de recordarlo se me acumula el calor en la entrepierna y se me aprietan los pantalones, lo que no es precisamente favorable cuando vas en una moto como la mía. Así que me apresuro a volver a pensar en los partidos. Es deprimente, pero al menos no corro el riesgo de apretar contra mi moto partes de mi cuerpo que me son muy queridas.

Hemos perdido dos partidos y ganado otros dos por muy poco. Llegar al repechaje no es imposible, pero está muy difícil. Lo he dado todo, pero ni siquiera puedo acercarme a mi mejor rendimiento. Es como un hechizo. Antes no tenía problemas de concentración en la cancha. Siempre había sido capaz de bloquearlo todo durante los partidos, pero tengo que admitir que no ha habido nada en años que me haya preocupado tanto como para tener que bloquearlo activamente. Todas las mujeres, en particular, eran trivialidades. Ahora, sin embargo, de repente hay dos mujeres en mi vida que dominan constantemente mis pensamientos: Riley y Emily. Y por primera vez en mi vida, tengo miedo de tomar la decisión equivocada. Yo, que estoy acostumbrado a elegir entre cientos de opciones en una fracción de segundo en la cancha. Que nunca me detengo a pensar en lo que pasaría si fuera la decisión equivocada. Pero desde que Emily entró en mi vida, cada decisión me parece tan difícil porque sus consecuencias pueden ir mucho más allá de lo que me afecta sólo a mí. Si vamos a tener alguna oportunidad de llegar a los play-offs la semana que viene tiene que ser mucho mejor. Bueno, al menos Wesley está contento por mi mal desempeño en la cancha.

Frustrado, me froto las sienes con el puño, intentando sacudirme de nuevo estos pensamientos y vuelvo a centrar mi atención en Ocean Drive: como perlas en un hilo, se alinean discotecas, bares y los coloridos edificios Art Déco con sus carteles de neón. Risas, ruido de motores y música llenan el ambiente. Como siempre, la calle más emblemática de Miami está casi a rebosar de gente.

Miro nervioso el reloj, pero el tráfico aquí a estas horas es más lento que una tortuga. Debería haber salido antes, pero después de tanto tiempo fuera, primero tenía que pasar tiempo con Emily.

Finalmente me desvío y poco después me detengo frente al club del que hablaba Riley. Levanto el cuello y escudriño la acera. Ha llegado el momento, pero Riley no está.

¿Seguirá ahí o ha cambiado de opinión? Me rasco la barbilla, indeciso, y estoy a punto de desmontar para entrar al hotel Crystal a buscarla, cuando por fin la veo. Está esperando en la esquina de la calle de al lado, junto a un auto cool con llantas doradas, mirando a su alrededor en mi busca. Profundamente aliviado, vuelvo a parar y me dirijo hacia ella.

Un gesto de sorpresa se dibuja en su rostro cuando me ve. Su mirada va del auto de lujo a mí y viceversa. Está claro que pensaba que era el mío.

—Habría esperado al menos una Harley Davidson de una estrella millonaria de la NBL —me saluda y mira mi vieja y sucia Yamaha con expresión escéptica.

—Por favor, no insultes a Robertina —le digo con una sonrisa y le tiendo el casco que le traje.

—No sé qué debería preocuparme más: tu terrible elección de nombre o que esta cosa parezca que sólo sigue de pie por la suciedad.

—Era de mi abuelo —explico con una sonrisa—. El nombre fue su idea.

—Ojalá eso me tranquilizara, lo cual no, no lo hace. ¿Una cosa tan vieja es apta para circular?

—Sube y lo descubrirás.

Su rostro se muestra preocupado. No parece muy aficionada a las motos. Casi espero que se niegue, pero al final acepta el casco.

—Está claro que no te importa tu imagen.

—Lo siento, no soy un fan de los clichés, en lugar de un gran auto tengo realmente un gran...

—No lo digas. —Ella levanta las manos en señal de defensa.

—Jardín —termino la frase de buen humor y ella entrecierra los ojos. Es muy divertido molestarla un poco.

—Cualquier otra cosa también me habría sorprendido —me responde mordaz y con una mirada significativa a mis pantalones. Sigue sin tener pelos en la lengua.

—Si te hace sentir mejor —continúo alegremente—. Podría comprarme un auto de exhibición. ¿Qué tan grande debería ser para cumplir todas las expectativas de un jugador de baloncesto en la NBL?

—Yo lo mediría más por su ego y, en ese sentido, el tuyo al menos debería tener su propio código postal.

—¿Sólo eso? Creí que pensabas que mi ego era mucho mayor.

—Quería darte el beneficio de la duda: aún tienes tiempo suficiente para reforzar la mala impresión que tengo de ti.

—Pensé haberla mejorado un poco en la azotea —le respondo con una amplia sonrisa, porque si ahora me revientan los pantalones, al menos será por una buena razón—. Y ni siquiera te he acostado allí todavía.

—¿Porque habría sido otra decepción? —pregunta con una sonrisa inocente.

Dios mío, ¡cómo echaba de menos el brillo de sus ojos! La forma en que levanta la barbilla y se saca el flequillo de la frente.

—Venga, sube —digo divertido y añado con una sonrisa—: Antes de que tenga que demostrarte que te equivocas aquí y ahora.

Resopla con fingido desprecio y al momento siguiente su expresión es de pura alegría.

—¿A dónde vamos? ¿A otro club?

—Pensé que haríamos cosas normales de una cita, para variar.

—¿Esto es una cita? —Se le iluminan los ojos.

Me sorprende mi propia elección de palabras.

—Creo que sí —confirmo vacilante. Es una locura. Hacía años que no tenía una cita de verdad. Y hace apenas una semana, esquivé una respuesta real a su pregunta al respecto.

—¿Y qué es lo normal para ti? —Me saca de mis pensamientos.

—¿Normal? Lavar platos, remendar calcetines.

—¿Remendar calcetines?

—Odio tirar cosas que se pueden reparar. Es una vieja costumbre.

—¿Y quieres remendar calcetines conmigo? —Parece muy confundida.

—No, claro que no, yo... —Avergonzado, me paso la mano por la nuca y me aclaro la garganta —. Estaba pensando en un paseo por la playa. O algo así.

—Playa suena bien.

—Pues bien. Súbete.

Echa una última mirada preocupada a Robertina, luego se pone el casco, sube al estrecho vehículo detrás de mí y, vacilante, me pone las manos a los lados.

Casi me río a carcajadas y la miro por encima del hombro.

—¿Qué pasa? —me pregunta cuando no me pongo en marcha.

—Estabas dispuesta a que te follara en el baño del club, nos acostamos en una habitación de hotel y casi te cojo en la azotea durante una gala de recaudación de fondos, ¿pero te da vergüenza sostenerte de mí?

Sus mejillas se ponen rojas, lo que es muy bonito. Obviamente he acertado. Puede que sea bastante sarcástica, pero la verdad es que es tímida. Significa mucho más para mí que se haya involucrado conmigo, aunque al principio fuera por razones muy extrañas.

—Me resulta más cómodo así —afirma. Qué testaruda, pero también me gusta su terquedad.

—Pues diviértete —le digo—. Porque estarás besando el suelo después de sólo un metro.

—Oh. —Traga saliva visiblemente y se desliza todo lo posible hacia delante en el asiento, rodeando mi cuerpo con sus brazos.

Qué bien se siente sentir su cuerpo suave y cálido acurrucado contra mí. Enciendo la moto y me alejo despacio, incorporándome al tráfico, pero a los pocos metros me arrepiento de haberle pedido a Riley que se sostuviera de mí.

Maldita sea, no dije ni una palabra sobre que apretara sus pechos contra mí de esa manera. En estas circunstancias, ¿cómo diablos se supone que no voy a pensar en lo que sentí cuando se

apretó contra mí en la terraza? O cómo la tomé en la habitación del hotel o...

Un bache en el camino me arranca un gemido, pero no de los buenos. Necesito pensar urgentemente en otra cosa antes de que haya otro y provoque daños permanentes en una parte muy importante de mi cuerpo.

Así que repaso mentalmente las recetas de mi madre mientras conduzco con más cuidado de lo normal hacia North Beach. Por desgracia, siempre acabo pensando en las recetas que llevan melones. Rayos.

Capítulo 19

Colter

Siento un gran alivio cuando por fin llegamos a la calle 85. Aquí es donde el parque North Beach Oceanside bordea la playa en lugar de hoteles y complejos de apartamentos de lujo. Es como si alguien hubiera cortado una ancha franja verde a través del montón de edificios que se extienden a lo largo de lo que parece toda la costa a izquierda y derecha.

Salgo de la carretera, retumbamos sobre el bordillo, la acera y la hierba seca y, por fin, entro a la playa. La fina arena salpica bajo las ruedas, el olor a bronceador y a piedra caliente aún perdura en el aire, aunque poco a poco lo va enmascarando el olor a algas y a agua salada.

Me detengo en la última torre de los guardavidas.

No es tan colorido e inusual como los demás, pero sigue siendo único, como el resto. Cada una es única en forma, color y está construida sobre pilotes. Algunos son de colores vivos, otros están pintados en colores tropicales y otros en tonos pastel. Redondas, en forma de ovni, de estrella... unas tienen un diseño más imaginativo que otras. Las esquinas se cruzan con arcos y curvas. Ésta está pintada de rosa y blanco.

Apago el motor, cierro los ojos y, cuando vuelvo a abrirlos, la luz de la luna, llena y brillante en el cielo es suficiente para distinguir incluso las sombras de las pequeñas colinas de arena. En comparación con mi ciudad natal, aquí no es realmente de noche, ni siquiera en esta remota isla, gracias al colorido caleidoscopio de luces parpadeantes del distrito de ocio más famoso de Miami que tenemos a nuestras espaldas.

—¿Vives por aquí? —pregunta Riley en cuanto se quita el casco.

Antes de darme cuenta, estoy asintiendo y me gustaría darme una bofetada por haberlo dejado escapar. Pero al menos el barrio de North Beach es grande y por aquí es un término muy vago. Me quito la chaqueta y la extiendo en el suelo.

—Toma asiento.

Riley duda brevemente un segundo antes de acceder a mi petición.

—Habría pensado que eras más del tipo de Star Island —dice—. O alguien que vive en Fisher Island.

—Es todo demasiado artificial para mí. Si hubiera dependido de mí, hubiera preferido un barrio mucho más alejado, pero mi madre y… —Me detengo y me aclaro la garganta. De nuevo, sólo

consigo tragarme el nombre de Emily—. Compré un chalé aquí hace dos meses por el bien de mi madre. Ella vive conmigo. ¿Y tú? Tú debes de vivir en Tallahassee, en un lugar con un jacuzzi en la azotea, ¿no? —Lo principal es cambiar de tema rápidamente.

Hace una mueca de dolor.

—El jacuzzi no está incluido en mi piso compartido de estudiantes, la bañera es diminuta y el resto del piso no es ni moderno ni grande.

Levanto las cejas con asombro.

—¿Tu padre es entrenador de los Miami Flames, y me estás diciendo que no vives al menos en un piso exclusivo, sino en un simple piso compartido con otros estudiantes?

—¡Perdóname si no quiero vivir del dinero de mi padre, sino construir algo propio! A él le encantaría pagármelo todo, pero yo me niego a aceptarlo. Lo último que quiero es ser una de esas aspirantes a princesas mimadas cuyo único propósito en la vida es holgazanear en bikini en Instagram y consumir drogas para distraerse de la inutilidad de su existencia y del vacío que tienen dentro. No, mi objetivo es una vida normal en la que me gane mi propio dinero. Por eso no vivo en un piso de lujo ni conduzco un auto lujoso. Lo primero sólo sería una opción si pudiera permitírmelo, lo segundo nunca.

—Vaya. Estoy impresionado. —Lo digo en serio y se me nota en el tono de voz. Esta mujer simplemente me deja boquiabierto.

Se aparta un mechón de pelo de la frente, avergonzada.

—Quieres ser profesora, ¿verdad? —pregunto, recordando sus palabras del otro día—. ¿Por qué?

—¿De verdad te interesa? —pregunta asombrada.

—Por supuesto. Me interesa todo lo que tiene que ver contigo.

Me mira inquisitivamente, obviamente llega a la conclusión de que hablo en serio y empieza a hablar de sus estudios y del trabajo de sus sueños. Habla con tanta pasión que me deja literalmente boquiabierto. Sus ojos se iluminan y estoy seguro de que sus mejillas se sonrojan de entusiasmo. Cada vez más fascinado, la escucho, maravillado de cómo le da vida a temas que a mí me parecían los más aburridos del mundo.

***

Cuando suena a lo lejos la bocina de un barco y nos saca de nuestra conversación, me doy cuenta con asombro de que llevamos horas hablando. Nunca me había pasado algo así, pero lo más loco de todo es que estoy seguro de que podría hablar con ella durante horas, incluso días, sin aburrirme. Pasábamos de un tema a otro, hablando de Dios, del mundo, y yo siempre adoptaba una postura contraria a sus puntos de vista porque es muy divertido mantener una batalla de palabras con ella. Nunca me he reído tanto como en estas últimas horas.

—Sabes —digo finalmente pensativo—. De joven no prestaba mucha atención a la escuela ni a

los profesores, sino que pasaba cada minuto libre en la cancha de baloncesto y a menudo me saltaba las clases para hacerlo. Sólo cuando me di cuenta de que, a pesar de mi rendimiento en el equipo de la escuela, me expulsarían de mi último colegio y, por tanto, no tendría ninguna posibilidad de jugar al baloncesto en la universidad, que en la mayoría de los casos es el trampolín hacia la NBL, me recompuse y obtuve mi título. Pero creo firmemente que no habría tenido que llegar a esto si alguien como tú me hubiera enseñado.

Traga saliva, con un brillo en los ojos.

—Es lo más bonito que me han dicho en ese contexto.

—Es sólo la verdad.

—Gracias —dice en voz baja, tan conmovida que ahora soy yo el avergonzado.

Carraspeando, vuelvo al tema que inició nuestra conversación.

—Y aquí en Miami, vives con tu padre, ¿verdad?

—Así es, pero incluso aquí en Miami no llevamos una vida especialmente lujosa, sino acogedora.

—¿Así que no viven en Fisher Island?

—No, afortunadamente no, es poco más que una jaula dorada. O una zona de alta seguridad, como prefieras verlo. Desde ese punto de vista, en realidad es una maravilla que papá no se mudara allí, tan fanático de la seguridad como es. —Hace una mueca, pero parece deprimida.

—Tu padre es muy... sobreprotector, ¿eh?

—Oh, no puedes llamar a papá sobreprotector. Eso sería como insultar a las pirámides llamándolas castillos de arena.

—¿Tan mal?

—Le abrió la puerta a Mike, el chico con el que tuve una cita en noveno grado, con un bate de béisbol en la mano. Por pura casualidad, claro. Y entonces le susurró que lo golpearía en las pelotas si no se mantenía al menos a un brazo de distancia de mí. Pensé que mi desodorante había fallado toda la noche. No fue hasta años después cuando descubrí la verdadera razón. Y me costó casi más recuperarme del hecho de que Toby, el chico con el que fui al baile de graduación años después se pusiera pálido cuando intenté besarlo y saliera corriendo.

—¿Tu padre también lo amenazó con patearlo en los huevos?

—Mucho peor. Para él, al menos.

—Ahora tengo curiosidad.

—Amenazó con prohibirle la entrada a todos los partidos de baloncesto en nuestro estadio.

Me río a carcajadas.

—Al fin y al cabo, es muy imaginativo y conoce los puntos débiles de sus adversarios. Eso es precisamente lo que lo convierte en el mejor entrenador de baloncesto con el que he tenido el

placer de trabajar. Pero... ¿has pensado alguna vez que su excesiva preocupación, su sobreprotección hacia ti, es simplemente su forma de expresar su amor porque no puede hacerlo de otra manera, porque le cuesta hacerlo con palabras?

Me mira con los ojos muy abiertos y me paso la mano por la nuca.

—Aunque creas que no es posible —me aclaro la garganta tímidamente—, pero hablo por experiencia propia: soy cualquier cosa menos un experto en expresar mis sentimientos con palabras. Y… a veces tiendo a elegir las equivocadas.

—Nunca se me habría ocurrido. —Sonríe y sus ojos brillan divertidos a la luz de la luna.

—Y... no quiero ser un sabelotodo, pero... tal vez ocurra lo mismo con tu padre.

Su sonrisa desaparece.

—Esa no es la razón por la que papá y yo ya no nos llevamos bien.

—¿Por qué?

Está callada, sólo se oye el suave sonido de las olas rompiendo en la playa. Justo cuando estoy seguro de que no va a responder a mi pregunta y quiere cambiar de tema, por fin habla.

—Mamá murió de camino a uno de sus partidos en un accidente de auto. Sé que podría haber ocurrido en cualquier sitio y en cualquier momento, que no tuviera nada que ver con el baloncesto, pero... —Respira hondo—. Siempre he culpado al deporte por eso. Y… y no podía entender por qué papá seguía haciéndolo. Por qué él... por qué él no odiaba todo lo que tenía que ver con eso tanto como yo y… —Se interrumpe.

—Aún eras joven —le digo, rodeándola con el brazo y acercándola a mí, abrumado por la compasión.

Se acurruca contra mi hombro y durante un rato contemplamos en silencio el mar, que yace allí como un espejo de plata y en el que la luna se duplica.

—¿Cómo se llamaba? —pregunto.

—Nieve.

Noto que sonríe cuando dice el nombre y veo que se relaja.

—Según internet, tu madre se llama Cora y tu padre James, ¿verdad?

—Se llamaba James, lleva muerto mucho tiempo.

—Oh Dios, lo siento —exclama consternada y se levanta.

—No tienes por qué hacerlo. No era una buena persona. —¡Otra vez! Lo he vuelto a hacer.

¿Por qué se me escapan constantemente cosas en su presencia que, o bien entran en la categoría de cosas privadas, o bien me hacen quedar como un completa idiota? ¿Y por qué (a diferencia de otras mujeres, en las que no podría importarme menos lo que piensen de mí) me preocupa mi imagen en este caso? Pero con razón o sin ella, me importa lo que Riley piense de mí, así que vacilo y hago otra confesión.

—A menudo bebía demasiado y siempre se desquitaba con mi madre.

Sorprendida, se lleva la mano a la boca.

—Por eso no permites entrevistas con tu familia o acerca de ella, ¿verdad?

Asiento con un suspiro.

—A los periodistas les gusta escarbar en la basura. Mi madre ya ha sufrido bastante. No tiene por qué volver a pasar por todo eso sólo porque unos cuantos periodistas crean que necesitan más reportajes sensacionalistas. —Esa es una razón. La otra me la guardo para mí incluso ahora—. Hablemos de otra cosa, ¿sí?

Me escruta durante varias respiraciones y la inconfundible preocupación que se dibuja en su rostro crea un extraño calor en mi interior. Y un nudo en la garganta.

Finalmente, Riley asiente y me da un golpecito en el pecho.

—¿Y qué significa este tatuaje?

Genial, encontró el otro tema del que no quiero hablar.

—Son sólo números, nada más. —Mantengo mi afirmación del otro día.

Su expresión escéptica muestra claramente que no se lo cree, pero lo deja pasar y en su lugar me lleva la mano a la ceja.

—¿Y cómo te hiciste la cicatriz? —pregunta, trazándola con la punta del dedo—. Leí los rumores más disparatados en internet sobre eso.

Un agradable escalofrío me recorre y el calor de mi pecho se intensifica mientras saboreo esta desconocida, pero maravillosa, sensación de intimidad y seguridad. ¿Cómo puede un roce tan inofensivo y delicado desencadenar tales emociones?

—¿Cuál crees que es la verdadera?

—Buena pregunta. Apuesto por la teoría de que un marido cornudo y enfadado te atacó.

—No exactamente. Fue una estantería.

—La criatura más salvaje de la tierra.

—Al menos lo es cuando se supone que la estás construyendo, pero tienes dos manos izquierdas. —Se ríe y suena maravilloso, como un champán burbujeando por mis venas.

—Me encantaría bañarme en tu risa —murmuro, sin plantearme siquiera está loca idea. No puedo pensar con claridad cerca de Riley. Lo que me sorprende, sin embargo, ya no me importa expresar mis extraños pensamientos, lo que probablemente me hace parecer un completo idiota.

Afortunadamente, ella parece ver esto de otra manera, porque sonríe y acurruca su mano contra mi mejilla, y hay una calidez en su mirada que supera incluso a la que hay dentro de mí.

Giro un poco la cabeza y le doy un beso en la palma de la mano, y me alegro como un niño que le dan su regalo de cumpleaños cuando ella se estremece bajo mis labios y cierra los ojos de placer.

No puedo evitar aceptar esta invitación, coloco mi mano bajo su barbilla y beso sus labios con devoción. Suave e íntimamente, saboreando el momento al máximo. Suspira suavemente y, de repente, el deseo de sentir más del cuerpo de Riley se despierta con una intensidad que me sorprende. Tengo que controlarme para no agredirla, literalmente.

—Los chicos con los que salías —murmuro contra sus labios—. Debían de ser muy tontos para que tu padre les pusiera trabas. Si yo fuera ellos, nada ni nadie me habría impedido salir contigo, besarte y hacer lo que quisiéramos.

—¿Ni siquiera mi padre?

—Especialmente no tu padre.

—¿Ni siquiera tu entrenador?

—Especialmente no mi entrenador.

—¿Ni siquiera hoy? —Se separa de mí, por desgracia, escrutándome nerviosamente.

—Lo mismo se aplica.

—Pero... ¿y si se entera de lo nuestro? —Su voz suena insegura—. Quiero decir... ¿qué hay entre nosotros?

Aunque me daba cuenta de que eventualmente llegaría este momento y de que su pregunta iba dirigida a una relación comprometida, trago saliva. De repente me siento inseguro, igual que me siento actualmente inseguro y demasiado indeciso con mis decisiones en la cancha por miedo a equivocarme. ¿Estoy preparado para renunciar a mi antigua vida? ¿O se trata sólo de algo momentáneo, que surgió gracias a estos sentimientos que nunca había experimentado? ¿Me cansaré de esto de las relaciones estables dentro de unos días? ¿Volveré a ser el de antes?

¡No! ¡Esto es real! Al menos eso es lo que siento en este momento.

—Quiero ser honesto —digo lentamente—. No sé cómo va a terminar esto. Sólo sé que quiero estar contigo, tener una relación.

La alegría de sus ojos brilla más que cualquier estrella, pero vuelve a apagarse un instante después.

—Pero tu carrera... —Su voz tiembla de tensión—. A papá no le hará ninguna gracia. Quiero decir, claro que espero que al final lo acepte, pero ¿y si no lo hace? ¿Y si no te deja jugar más?

—¿Sobreviviré? Mientras tenga personas como tú a mi alrededor que se preocupen por mí como persona.

Me mira incrédula un instante y luego suelta un suspiro de alivio. Ya me estoy inclinando para besarla de nuevo cuando levanta la mano.

—Espera. Hay algo más.

La miro interrogante.

Respira hondo.

—Por favor, no creas que insisto en saberlo todo sobre ti. Tampoco tengo ningún problema si no quieres decirme qué significan esos números que llevas en el pecho. Ni te preguntaré nunca por cosas de tu infancia o juventud de las que no quieras hablar. Y no necesito saber con quién tuviste una relación y cuándo. Pero si... si voy a involucrarme contigo, entonces necesito estar segura de que puedo confiar en ti. Que no tienes secretos para mí que podrían... interponerse entre nosotros.

—¿Supongo que estás hablando de otras mujeres?

—Lo que pudiera interponerse en el camino de una relación basada en la confianza.

Dudo sólo brevemente.

—No hay nada.

Se muerde el labio, su mirada recorre mi cara como si mis pensamientos estuvieran escritos en ella, pero luego también asiente:

—¿Dónde estábamos hace un momento? —pregunta con picardía.

Me inunda el alivio y la felicidad.

—Que yo recuerde, estábamos a punto de irnos —digo con picardía.

Se ríe suavemente.

—Creo que ya he mencionado que tu memoria deja mucho que desear, pero estoy encantada de ayudarte. —Me rodea el cuello con los brazos y me besa hasta que soy yo el que jadea.

—Me estás volviendo loco, Riley, lo sabes —susurro mientras volvemos a separarnos.

—Se me da fácil —dice alegremente, sin darse cuenta de cuánta razón tiene.

Le acaricio suavemente el pelo por encima del hombro, vuelvo a inclinarme hacia delante, le beso el cuello, la garganta y el punto detrás de la oreja que la hace temblar. Me levanta la barbilla, me besa y me agarra la nuca con la otra mano. Su mirada se nubla, me arrastra hacia atrás con ella. Y yo la sigo encantado, admirando su sonrisa a la luz de la luna y apartándole suavemente el pelo de los ojos.

—¿No queríamos continuar algo? —pregunta con picardía.

Me río en voz baja. Esta mujer es increíble.

—Si insistes.

—Claro que sí. —Su mirada repentinamente lujuriosa hace el resto por mí.

Nuestros dedos se entrelazan y aprieto suavemente sus manos en la suave arena junto a su cabeza. Nuestros labios se buscan y se encuentran de nuevo, nuestros besos no tienen fin, pero están llenos de pasión. El sentimiento se apodera de nosotros y acoge todas las preocupaciones. Y con cada prenda de ropa que quito de su maravilloso cuerpo, mi deseo de perderme en ella crece desmesuradamente. Nuestros jadeos acaban por ahogar incluso el sonido de las olas, pero me contengo, aunque casi me mata.

—Esta vez nos tomaremos nuestro tiempo —le susurro—. Tenemos tiempo de sobra.

Y eso es lo que hacemos. Pierdo todo sentido del espacio y del tiempo mientras nuestros cuerpos se funden el uno en el otro sin que nuestras miradas se rompan. Me dejo caer, arrastrado por la pasión y la lujuria.

Cuando por fin gime mi nombre, es como si se liberara una avalancha. El deseo me inunda con una fuerza que me arrastra por completo. Me ahogo en un orgasmo incomparable y llegamos juntos al clímax.

Mientras estamos tumbados en la arena, los dos exhaustos y felices, ella en mis brazos, su cabeza en mi pecho, escuchando los latidos de mi corazón y yo mirando las estrellas, me doy cuenta de que por primera vez no sólo he tenido sexo. Sino algo más, algo mucho más profundo.

Capítulo 20

Colter

—¡Genial, hemos vuelto a la carrera! —grita Drake en cuanto llegamos a los vestidores. El resto del equipo también está lleno de euforia, a pesar de que ganamos por poco.

En el estadio, los aficionados contrarios eran mayoría absoluta, por lo que los abucheos eran más fuertes que los vítores de los nuestros, pero eso no quebranta en lo más mínimo nuestro ánimo. El vestidor vibra de energía y no puedo ocultar la enorme sonrisa que se me dibuja en la cara mientras miro fijamente el trofeo de MVP que tengo en la mano. Todo el mundo me felicita efusivamente por este premio. Todos menos Wesley, claro. Pero me da igual. De hecho, he sido elegido el Jugador Más Valioso de este partido contra los Houston Hunters.

Inmediatamente busco mi celular, tomo una foto de mi trofeo y quiero enviársela a Riley, porque ella es la razón por la que una vez más puedo alcanzar mi mejor rendimiento, pero el entrenador ya está a mi lado y me apresuro a salir de la lista de contactos para que no vea el número de su hija.

—No hay que confiarse —dice el entrenador, devolviéndonos a la tierra—. Todavía nos queda un camino complicado por delante.

Por desgracia, tiene razón. Seguimos en la parte baja de la tabla de puntuaciones, y sólo tenemos posibilidades reales de entrar en los play-off si conseguimos ganar nuestro próximo partido con una significativa diferencia de puntos.

—Sin embargo, esta noche nos vamos de fiesta —contraataca Artos—. Nos lo ganamos, entrenador.

—Es verdad —anuncia para sorpresa de todos—. Y mañana pasaremos todo el día viajando de regreso de todas formas, así que puede, dormir hasta tarde, ni siquiera me importa que se queden toda la noche esta vez. —Sus palabras son recibidas con gran entusiasmo.

—Y ya sé a qué club vamos a ir —dice Felipe con una sonrisa sugerente, desplazándose por su teléfono móvil—. ¡Es conocido por ser muy caliente!

En ese momento suena mi celular, en la pantalla aparece el nombre de Emily y miro interrogante al entrenador.

—No pasa nada, ya terminé —me dice y, para mi sorpresa, me da una palmada en el hombro mientras salgo—. Bien hecho, muchacho.

Casi tropiezo por la sorpresa. ¿Oí mal? No, el orgullo de sus ojos habla por sí solo. Claro que ha recibido muchas críticas por su decisión de ponerme a mí en la cancha en vez de a Wesley de base. Trago saliva. Sin querer, se ha convertido en una especie de padre sustituto para mí, y me siento fatal por haberlo traicionado con Riley. Deprimido, me apresuro a salir al pasillo antes de aceptar la videollamada.

—Hola, cariño —le digo mientras se carga la imagen y unos grandes ojos saltones marrones me miran. Los ojos de su madre. Como siempre, su mirada me inunda de un amor infinito y de unas ganas irrefrenables de querer protegerla del mundo entero. Sí, entiendo perfectamente al

entrenador cuando se trata de Riley.

—¡Te echo de menos! —dice con voz temblorosa.

—Yo también, cariño.

—¿Cuándo vas a volver por fin?

—Mañana por la noche, cuando ya estés dormida.

—¿Tan tarde? —exclama horrorizada, apartando un poco el celular de su cara para que sus rizos salvajes y los tirantes de su vestido rosa también salgan en la foto.

—Lo siento, cariño, no puedo evitarlo.

—Pero... pero... ¿de verdad vas a volver? Me lo prometiste. —Me duele en el alma cómo su boquita de muñeca empieza a temblar ante el temor de que pueda no hacerlo.

—Por supuesto, ángel mío. Siempre volveré a ti. Palabra de honor de gran jugador de baloncesto. Y cuando vuelva, tendré una sorpresa para ti.

—¿En serio? —Por fin vuelve a estar radiante. Su sonrisa brilla más que el sol de Florida y me muero de ganas de tenerla en mis brazos—. ¿Cuál?

Dudo. Nunca había presentado a Emily a ninguna de las mujeres con las que me he acostado o he planeado acostarme. De repente vuelve a mí el miedo a tomar la decisión equivocada. O de haber tomado ya una. ¿Y si estaba equivocado sobre mis sentimientos por Riley? ¿Y si le fallo en la próxima fiesta? No sólo lastimaría a Riley, sino también a Emily. Y ella no podría soportarlo otra vez.

—Colter, ¿dónde estás? —La voz de Felipe llega por el pasillo—. La fiesta está esperando. Y las mujeres calientes también.

Bueno, esta será mi prueba de fuego.

Capítulo 21

Riley

Papá y yo nos sentamos frente a frente en la mesa del desayuno, él con huevos revueltos y yo con panecillos de mermelada. Como siempre. Y como es costumbre, comemos en silencio. Nadie que haya visto a mi ruidoso y colérico padre en la cancha de baloncesto sospecharía que puede ser tan silencioso.

Pero hace años que no tenemos mucho que decirnos, cada uno está ocupado con sus pensamientos y su lectura matutina. Él con estadísticas de jugadores y yo con mis novelas de romance.

Sin embargo, no estoy concentrada porque mis pensamientos giran en torno a Colter. Como básicamente ha sido el caso desde que nos conocimos, pero desde anoche volvió de sus partidos fuera de casa, igual que mi padre, y estoy deseando volver a verlo hoy en el entrenamiento. Incluso he visto sus partidos por televisión, la primera vez que veo un partido de baloncesto en casa desde hace años. Yvette estaba asombrada. Finalmente, recojo los platos y me siento junto a mi padre.

—¿Cómo fueron los partidos fuera de casa la semana pasada? —pregunto.

Papá levanta la vista, sorprendido.

—¿Perdón?

—Los partidos que han perdido y los que han ganado, los vi en la tabla de clasificación, pero ¿cómo alinearás a tus chicos en el futuro? ¿Estás contento con el rendimiento de Colter? ¿Vas a mantenerlo en el quinteto titular?

Ahora parece tan desconcertado como si le hubiera pedido su opinión sobre la teoría de la relatividad.

—¿Desde cuándo te interesa el baloncesto? —pregunta desconcertado.

—Oh, ya sabes ... tienes que empezar por alguna parte. ¿Entonces? ¿Estás contento con tu equipo o ha habido otro fracaso total?

Todavía me mira con incredulidad, y no puedo culparlo, porque durante años había bloqueado sistemáticamente todos sus intentos de explicarme algo sobre baloncesto.

Pero entonces se le iluminan los ojos y se me acerca tan rápido con sus documentos, como si temiera que pudiera cambiar de opinión en el minuto siguiente.

—Bueno, por supuesto que las cosas están mejorando y especialmente en el primer partido la defensa no estuvo bien, pero al menos Colter me sorprendió positivamente. Parece haberse recuperado, lo que me da un gran alivio. El chico no sólo tiene un gran talento como jugador de baloncesto, sino también para llevar la iniciativa en el juego. Ahora sólo tiene que demostrarlo en su próximo partido en casa. Es una locura que no lo consiguiera precisamente allí. Normalmente, los partidos fuera de casa son la mayor prueba para los nervios de un jugador cuando los aficionados contrarios son mayoría. Aunque... aquí en Miami, Colter por desgracia no tiene ningún fan después de su último partido, al contrario. El partido de este fin de semana en casa

será el más importante para mantenernos en la carrera por los play-offs. Sinceramente espero que mantenga sus nervios guardados en el partido en casa de este fin de semana.

Yo también lo espero y sigo escuchando atentamente las explicaciones de papá. Habla y habla como si quisiera ponerse al día de los últimos años, y no es tan descabellado. De repente, el baloncesto ya no es el muro que nos separa, sino una base desde la que podemos empezar de nuevo. Es una locura que precisamente lo que mi padre quería evitar a toda costa (que yo empezara una relación con un jugador de baloncesto) nos haya vuelto a unir de repente.

Ahora sólo necesito saber cómo contarle.

***

Sigo dándole vueltas a esta pregunta cuando más tarde me uno a la sesión de entrenamiento. Sentada en la fila de detrás de la banca, observo nerviosa a los jugadores. Especialmente a Colter, por supuesto. Lo echo mucho de menos y esperaba que me llamara desde Houston, pero sé que los chicos, al igual que mi padre, apenas tienen tiempo para asuntos privados durante los partidos fuera de casa.

Pero antes de saber si puedo contarle a papá lo de Colter, cuándo y cómo, necesito saber si nada ha cambiado entre nosotros. Si se le acelera el pulso cuando me mira, como me pasa a mí. Si se le revuelve el estómago cuando piensa en mí, como a mí cuando pienso en él. Si aparezco en sus sueños como él en los míos. Cada vez más inquieta, me deslizo de un lado a otro en la silla, casi sin poder esperar a que termine la sesión de entrenamiento.

Finalmente, papá hace sonar su silbato, los chicos vuelven a la banca, donde les entregan toallas y botellas de agua, y cuando Colter me dedica esa maravillosa sonrisa traviesa suya, mi corazón se detiene por un momento de felicidad.

Tengo que obligarme a no quedarme mirándolo y sonriendo enamorada, mientras sale del pasillo con su bolsa de entrenamiento en dirección a los vestidores. Pero tengo la sensación de que no lo estoy haciendo muy bien, porque Wesley me lanza una mirada extraña con las cejas fruncidas mientras habla con el entrenador de atletismo. Su voz me recuerda a la de la noche de la recaudación de fondos. Debe de ser el jugador con el que me crucé. Pero como es poco probable que haya sufrido alguna lesión, me abstengo de recordárselo con una disculpa.

—Oye, papá, ya me voy, ¿sí? —le grito a mi padre, que normalmente sigue hablando con los otros entrenadores incluso después de que los jugadores hayan terminado de entrenar.

Levanta el pulgar en el aire.

—Nos vemos esta noche, cara mía.

Salgo del vestíbulo y me sorprende ver a Colter ya en el estacionamiento. Ni siquiera se ha cambiado y ya está dando vueltas de espaldas a mí hablando por teléfono.

La anticipación estalla en mi pecho mientras corro hacia él.

—Lo sé, Emily —le oigo decir y se detiene bruscamente—. Yo también te quiero.

Me quedo mirándolo atónita. De repente me siento increíblemente mal y mareada, la sangre me corre por los oídos y apenas puedo entender sus siguientes palabras, mucho menos clasificarlas.

Giro sobre mis talones y tropiezo con el auto, aturdida.

Siento como si me partieran el corazón por la mitad.

Capítulo 22

Riley

Colter tenía razón. Estoy completamente loca. Porque honestamente creí que había algo especial entre nosotros. Que yo era especial para él. Que él cambiaría por mí. No, que ya había cambiado.

Qué estúpida soy. No, aún peor. Qué ingenua fui.

Obviamente, papá tenía razón con su afirmación.

¿Debería haberme enfrentado a Colter? Así al menos podría haber descargado mi ira con él en lugar de con el auto. Pero estaba demasiado conmocionada en ese momento. Y ahora estoy demasiado herida. No quiero hablar con él. Nunca más. ¿Qué sentido tendría? Al final solo me haría sentir aún más humillada.

Lanzo con fuerza los cubiertos que saqué del lavavajillas al cajón y lo cierro de golpe. La rabia ayuda a contener el dolor que me recorre por dentro. Yvette, escucha el estruendo y asoma ansiosa la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Estás bien, niña?

—Por supuesto —digo y saco los platos del lavavajillas.

—Déjame hacerlo —exclama horrorizada y se apresura a acercarse.

—No, no, quiero ayudarte —insisto y ordeno los platos en el armario. Tal vez con demasiado vigor, o más bien rabia, pero sin esa rabia no podría resistir los sollozos que me suben por la garganta.

Yvette hace una mueca de lástima mirando los platos.

—¿No tienes que estudiar para la universidad?

—Sí, pero ahora no puedo concentrarme en eso —digo, agachándome a recoger los vasos lavados—. Necesito hacer algo para desahogarme. ¿Hay madera fuera que pueda cortar?

Me mira como si dudara de mi cordura.

—Ni siquiera tienes chimenea.

—¡No es por eso, sólo quiero golpear algo! —anuncio sombríamente, ante lo cual Yvette me quita apresuradamente los vasos de la mano.

—Podrías limpiar el jardín, el jardinero está enfermo —sugiere con cautela.

Lanzo un profundo suspiro. No es lo mismo que golpear un bloque de madera con fuerza bruta, pero al menos es algo.

—De acuerdo, lo haré, pero por favor guarda el resto del chocolate, no es bueno para mi trasero.

Ella mira la mesa.

—¿Te refieres a este trocito de aquí? —Enarcando una ceja y señalando con los dedos, levanta la migaja envuelta en papel de plata—. ¿Esto es todo lo que queda de las dos barras que me quitaste

hace un rato?

—Eran más pequeños de lo habitual —digo.

—Así que cien gramos de repente pesan menos. —Pone los ojos en blanco y saca la llave del armario donde tengo los chocolates para evitarme comerlos por la noche en un arrebato de locura.

—¡Eh! —exclamo un momento después con los ojos muy abiertos al echar un vistazo al interior del armario—. ¡Todavía hay barras de mi sabor favorito!

—Para emergencias —anuncia.

—¡Esta es una!

Los saca con un suspiro, pero yo me recompongo y sacudo la cabeza. Lo único que necesito es que mi culo aumente aún más por culpa de este idiota.

—No, mejor no.

Salgo de la cocina por la puerta trasera hacia el jardín y cojo el escardillo del cobertizo.

De pie junto al pequeño macizo de flores que hay en el patio, casi dejo caer el escardillo, porque oigo la voz de Colter al otro lado de la verja.

¡Esto no puede ser verdad! Tiene mucho valor para aparecerse aquí. Pero si espera que lo deje entrar, se equivoca. No lo haré, pero me doy cuenta en cuanto entro corriendo en casa que Yvette ya lo ha hecho y oigo su voz desde la puerta abierta.

¡Mierda, mierda, mierda!

—El señor DeLuca no está en casa, pero ¿me firma un autógrafo para mi hijo? —pregunta Yvette con entusiasmo cuando llego al vestíbulo. Está frente a mí, pero Colter sigue de pie delante de la puerta, oculto a mi vista. Y yo, afortunadamente, de la suya.

—Con mucho gusto. —Sigue una pausa, durante la cual probablemente firma el mencionado autógrafo y yo saludo con la mano en un intento de atraer la atención de Yvette.

¿Qué sentido tiene esta monstruosidad de sistema de seguridad si Yvette deja entrar a este tipo? Vale, un jugador millonario del equipo de mi padre no es necesariamente comparable a un ladrón, ¡pero aun así!

—Pero yo no quería ver al entrenador, sino a su hija —anuncia Colter justo cuando Yvette me descubre y sigue confundida mi frenético saludo con la mano—. ¿Está ahí? —pregunta.

—¡No! —digo en silencio con los labios mientras sacudo la cabeza de forma demostrativa.

Frunce el ceño, confundida.

—¿No quieres hablar con él? —pregunta en voz alta.

Dios mío. Me apresuro a retroceder detrás de una columna y espero fervientemente que malinterprete sus palabras y no se dé la vuelta.

—Puedo ver tu culo, Riley —dice la voz de Colter.

¡Mierda! Debería comer menos chocolate.

Respiro hondo y salgo de detrás de la columna, con las mejillas sonrojadas.

—¿Por qué demonios lo dejaste entrar, Yvette?

—Pues porque está en el equipo de tu padre. ¡Y es Colter Williams! —anuncia, radiante de alegría—. El Colter Williams.

—Lo sé —respondo con amargura, mientras el propio Colter se coloca a mi lado con las piernas abiertas y una sonrisa al menos igual de amplia.

—Necesito chocolate, Yvette —anuncio sombríamente.

Mientras ella suspira y se dirige hacia la cocina, yo fulmino a Colter con la mirada.

—¡Vete de aquí! Ahora mismo.

—Qué cortés bienvenida.

—Oh, disculpa, olvidé que eres "El Colter Williams" después de todo. Así que aquí tienes: ¡Vete de aquí El-Colter-Williams!

—Me iré apenas me hayas explicado por qué estás tan enfadada conmigo.

—¡El hecho de que aún tenga que explicártelo habla por sí solo! —siseo—. ¿Te quiero, Emily? ¿Te suena?

Yvette regresa de la cocina y parece confusa, pero Colter suelta un suspiro.

—Temía que lo hubieras oído.

—Bueno, entonces has recorrido un largo camino para eso, así que ya puedes irte y seguir follando. —Señalo enfadada hacia la puerta.

Levanta las manos apaciguadoramente.

—No, lo estas malinterpretando.

—Sí. Por supuesto. Ella no significa nada para ti, ¿verdad? Por eso dices que la quieres. O le contarás cuentos de hadas como me los contaste a mí y probablemente a otras veinte mujeres. —Me tiembla la voz, me tiemblan las piernas—. ¿Tienes el chocolate que te pedí, Yvette?

Pone los ojos en blanco y se mete la mano en el bolsillo del delantal, pero no me da el chocolate.

—Riley, no es así, por favor, ¡no estoy teniendo una aventura o lo que sea con quien sea! Créeme, Riley, no he tenido nada con ninguna mujer desde nuestra noche juntos. ¡Por Dios, ni siquiera puedo pensar en otra mujer que no seas tú!

—¡Mentiroso!

—¡Por favor! Dame diez minutos para explicártelo todo.

Respiro bruscamente por la nariz.

—¡Cinco!

—De acuerdo. Cinco. —Cierra la puerta delantera detrás de él—. Sin embargo, preferiría que primero guardaras cualquier herramienta que tenga el potencial de cometer asesinato.

—¿Qué? —Confundida, sigo su mirada hacia el escardillo que tengo en la mano, pero dejo el escardillo sobre la cómoda, aunque sólo sea para recoger el trozo de chocolate sobrante envuelto en papel aluminio que Yvette sacó de su delantal en lugar de guardarlo. ¿Porque sospechaba que se lo iba a pedir? Aprieto los dientes y se lo devuelvo. Si Colter miente, no vale la pena.

Suspirando aliviada, Yvette lo toma y vuelve a la cocina.

—¿Y? —vuelvo a preguntar a Colter, con las manos entrelazadas a los lados.

Respira hondo.

—¡Emily no es mi amante o lo que creas que es!

—Oh, ¿entonces es tu abuela?

—No del todo. Sólo tiene diez años.

Me quedo mirándolo sin habla, en un momento me inunda un alivio absoluto... pero en el siguiente mi corazón ofendido vuelve a gritar.

—¿Y crees que eso mejora las cosas?

—Eh. ¿Sí? —me responde, confuso, y no puedo creer que realmente piense que todo volverá a estar bien.

—Me encantan los niños, de lo contrario no querría ser maestra, pero el hecho de que no me hayas dicho que eres padre me duele profundamente. Se supone que teníamos confianza y…

—Espera, no, no es mi hija. Es mi sobrina.

Perpleja, parpadeo. ¿De verdad puede estar pasando esto? No. ¡No vuelvas a ser ingenua, Riley!

—Sí, claro. Primero es tu ama de llaves, luego das la impresión de que es tu hija y, cuando eso no funciona, de repente afirmas que es tu sobrina...

—¡Es mi sobrina! Lo del ama de llaves es sólo la excusa que digo para mantener a Emily fuera del ojo público y así protegerla.

Me río con sarcasmo.

—¿Me estás diciendo que tu sobrina no para de llamarte a las horas más imposibles y tú lo dejas todo para contestar al teléfono? Debes estar bromeando. ¿Por qué no llama a su madre o a su padre? Además, no he leído en ningún sitio que tengas hermanos.

—Porque su madre era mi hermanastra.

—¿Era?

—Murió hace seis años. De cáncer.

Me siento mal.

—Eso... yo... Oh, Dios, ¡lo siento mucho!

—No tenías forma de saberlo —me tranquiliza Colter—. Emily vivía con su padre hasta hace poco, pero es un cabrón que no la cuidaba. Hace poco que mi madre y yo tenemos la custodia de Emily. El padre de Emily sólo se pone en contacto conmigo cuando quiere dinero. Por eso hago todo lo que puedo para mantenerla alejada del ojo público. Los paparazzi, los reporteros y todo el revuelo mediático harían el resto por ella. Y de todos modos, sigue muy ansiosa, así que siempre me llama. Para asegurarse de que no la decepcione también, pero no lo haré. Jamás. El tatuaje en mi pecho es su fecha de nacimiento. Porque para mí, Emily es como mi hija.

Trago saliva.

—¿Vas... vas a entrar? Necesito sentarme.

Me sigue por la casa hasta la cocina, donde Yvette ha vaciado el resto del lavavajillas y no se ha percatado de la entrada de Colter.

Me desplomo en la silla y miro a Yvette.

—Me vendría bien un poco de chocolate ahora mismo.

Esta vez el suspiro de Yvette es aún más profundo, saca el chocolate... y se lo da a Colter.

—Creo que eres más adecuado que yo para cuidarlo de Riley.

Colter mira a Yvette con el chocolate que tiene en la mano, tan perplejo como yo.

Encogiéndose de hombros, lo explica.

—Riley es adicta al chocolate y tiene un problema con su trasero. —Y sale de la cocina.

El calor se dispara en mi cara.

—¡Eso no es cierto! —protesto indignada—. ¡Mi trasero es culpa de mis genes italianos!

—Bueno, yo se lo agradecería a tus genes italianos —afirma Colter, con los ojos centelleantes—. Tu trasero es increíble. Me encanta.

Siento que se me dibuja una sonrisa en la cara y un calor en el corazón.

—Eso alegra a mi trasero y mis genes italianos. No obstante, me gustaría decirte una vez más que siento muchísimo lo que te ha pasado y de lo que te he acusado.

—No pasa nada, de verdad. —Colter se sienta a mi lado, toma mi mano entre las suyas—. A estas alturas deberías saber que realmente te perdono por todo. —En sus ojos brilla la picardía—. Incluso si quisieras volver a utilizarme sólo para tener sexo ahora mismo.

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa.

—¿Tienes que hacer un chiste de todo?

Se pone serio.

—No. No de todo. No de esto. No de nosotros. —Toma mi mano entre las suyas—. Nunca he conocido a una mujer como tú. Una que ocupe mis pensamientos día y noche, pero, sobre todo,

mi corazón. Una con la que puedo reír tanto y divertirme incluso sin sexo. —Hace una pausa y añade con un brillo en los ojos—: Mucho más con él, por supuesto.

Aunque sus palabras me hacen llorar de emoción, tengo que reírme de su pequeño añadido. Sus bromas forman parte de él tanto como su nombre. Pero entonces vuelve a ponerse serio.

—Escucha, Riley, si hay algo que soy, es enfocado. Si quiero algo, nada ni nadie puede detenerme.

—¿Y qué quieres?

—A ti. Sólo tú y sólo tú.

Me deslizo desde mi silla a horcajadas sobre su regazo, le rodeo el cuello con los brazos y le beso con ternura. Pero, de repente, la puerta se abre con tal fuerza que nos sobresaltamos y mi corazón se detiene un instante al ver a mi padre de pie en el umbral.

—¿Me estás tomando el pelo, Colter? —ruge, pálido de rabia.

—¡Papá! —Me deslizo del regazo de Colter tan apresuradamente que casi me caigo sobre la silla que tengo detrás. El corazón se me acelera del susto.

Colter también se levantó de un salto.

—Entrenador, yo...

—Así que Wesley tenía razón —dice mi padre, aun completamente alterado.

—¡¿Wesley?! —exclama Colter, con los ojos desorbitados.

El momento de la terraza me viene a la memoria. Así que realmente fue a Wesley a quien me encontré en la azotea. Si vio a Colter doblar la esquina poco después, no tiene que ser un genio para sacar las conclusiones correctas, dado mi aspecto trastornado y los chupetones de mi cuello.

—¡Ese bastardo! —gimo, y la ira de Colter también se ha apoderado de mí. Aprieta tanto la mandíbula que casi la oigo crujir.

—¡Oh, no! Por el contrario ¡el bastardo está de pie delante de mí!

—¡Papá! —grito indignada, mientras Colter frunce el ceño, pero guarda silencio, probablemente por respeto a su entrenador.

—¿Desde cuándo pasa esto? —me suelta mi padre—. ¡Te advertí sobre tipos como él! ¿Por qué no me hiciste caso?

—¡Estás siendo completamente exagerado e irracional! —le espeto, con la voz temblorosa por la rabia—. ¿Por qué no te das cuenta de que soy adulta y tomo mis propias decisiones? —Levantando la barbilla, añadiendo con palabras deliberadamente claras—: ¡No es asunto tuyo con quién me acueste! —Me doy cuenta de su respingo con cierta satisfacción y continúo con la misma rotundidad—: Y no es asunto tuyo cuánto tiempo llevamos Colter y yo, pero si tanto deseas saber ahí lo tienes: ¡semanas!

Los ojos de papá se abren de par en par, sus fosas nasales se estremecen. Y antes de que me dé cuenta, ha cruzado la cocina a grandes zancadas y ha agarrado a Colter por la camisa sin detener

su delirio.

En algún lugar cerca de la puerta, Yvette grita horrorizada, pero yo estoy demasiado conmocionada como para emitir un sonido, mirando a papá con los ojos muy abiertos, pero en el momento siguiente le arranco a Colter de las manos.

—¿Te has vuelto loco? —Se me quiebra la voz. Estoy completamente aturdida, nunca esperé que papá explotara así.

El propio Colter retrocedió con las manos levantadas en señal de apaciguamiento.

—No quiero que esto vaya a más, entrenador, yo sólo...

—¡Entonces deberías haber mantenido tus sucias manos lejos de mi hija!

—Papá, ¡ya basta! —le grito mientras la ira corre por mis venas como un fuego abrasador, pero no puedo detenerlo.

—¿Cómo te atreves a seducir a mi hija? ¿No he dejado suficientemente claro que ella está fuera de los límites y...?

—¡Papá!

—...dije claramente que debían mantener sus manos alejadas de ella, y que cualquiera que siquiera la mirara...

—¡Cállate ya, no hay motivo para que explotes así! —intento interrumpirle de nuevo.

Pero sigue furioso, no parece oírme, no parece verme, como si estuviera en un túnel.

—...le coserán los malditos huevos en el hospital, y luego vienes y… —Su cara es ahora de un rojo intenso. Todavía parece como si pudiera arremeter contra Colter en cualquier momento, y tengo mucho miedo. Por mi padre, principalmente. Porque aparte del hecho de que no tendría ninguna oportunidad contra alguien con el físico de Colter, parece a punto de sufrir un ataque al corazón.

Cualquier intento de Colter de intervenir en su defensa es simplemente rechazado a gritos por papá, y aparentemente Colter le tiene demasiado respeto como para hablar él mismo.

—...que puedes olvidarte de tu carrera y...

—¡Ya basta! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Ya basta! ¿Estás loco? Deja de interferir en mi vida. —Me tiembla todo el cuerpo—. ¡Tengo mi propia vida! ¡Puedo besar a quien quiera, cuando quiera!

—¡Pero él no! —me interrumpe—. ¡No un tipo que va detrás de cada falda! Que sólo te utiliza para su propia diversión y...

—Entrenador, con el debido respeto, ¡no voy a hacer eso! Nunca más. Por Riley.

—¡Cállate! —Papá grita de nuevo—. ¡Confié en ti, Colter! ¡Te apoyé! ¡Te di una oportunidad tras otra! ¡Incluso cuando todo estaba en tu contra! Ni siquiera después de tu fracaso total. ¡Maldita sea, fui el único que siguió creyendo en ti! ¿Y así es como me lo pagas? ¿Ir a mis espaldas? ¿Seduciendo a mi hija? ¿Engañándome? ¿Y engañando a Riley? —Las venas de sus

sienes son tan prominentes que parecen un mapa de carreteras.

Colter se ha puesto pálido.

Y eso me choca mucho más que las acusaciones.

El pánico hierve en mi interior.

—¿Colter? —pregunto con voz temblorosa—. Tú... tú no... ¿verdad?

—¿Qué? —Se levanta bruscamente como si hubiera despertado de un trance—. ¡No! —Arruga las cejas y me agarra la mano con tanta fuerza que me duele—. ¡No lo he hecho! Tienes que creerme, Riley. Es como te dije, desde que entraste en mi vida, ¡no hay sitio en ella para ninguna otra mujer!

—¡Tienes que estar bromeando! —Papá suelta de nuevo—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa! ¡Ahora mismo! Y si en serio crees que tienes alguna posibilidad de seguir en mi equipo bajo mi liderazgo, ¡estás totalmente equivocado!

—¡Si echas a Colter, me echas a mí también! Él ha cambiado. Le creo y creo en él.

Papá suelta un suspiro agudo, pero antes de que pueda replicar, Colter me ha empujado a un lado.

—No, Riley, es tu padre. No quiero interponerme entre ustedes. Tienes mi número. Por favor, quédate y habla con él en privado. Necesito hablar con Wesley.

No quiero dejarlo que se marche, lo quiero a mi lado, pero él ya se ha separado de mí y sale rápidamente de la cocina. Papá no le dedica ni una mirada cuando Colter pasa a su lado, sólo mira al aire con la mirada perdida, los labios apretados y los puños cerrados.

Estoy dividida entre querer correr tras Colter y querer regañar a mi padre.

El portazo de la puerta al cerrarse me quita la decisión de las manos. Como a cámara lenta, me vuelvo hacia papá.

—¿Por qué me haces esto? —Mi voz se quiebra literalmente—. ¿Por qué destruyes algo que me hace tan feliz? ¿Sólo por tu orgullo herido? ¿Sólo porque un jugador de tu equipo rompió tus reglas? Puede que este estúpido baloncesto sea toda tu vida, ¡pero por una vez esto no se trata de baloncesto, papá! ¡Se trata de mí!

—Lo sé —dice mi padre, y cuando me mira, hay tal tristeza en su mirada que casi me estruja el corazón—. Yo también lo sé. Eres lo más importante de mi vida. Mucho más importante que el baloncesto. Precisamente por eso he echado del equipo a mi mejor jugador. Alguien que tiene un talento increíble y que podría haberme traído la última y mayor victoria de mi carrera como entrenador.

—Pero ¿entonces por qué lo hiciste?

—Porque chicos como él rompen los corazones de chicas como tú.

—¡No lo conoces en absoluto! No como yo lo conozco.

—¡Te engañó, Riley!

—¿Eso es lo que dice Wesley? Pues déjame decirte que tiene motivos para estar celoso de Colter. —Dejé escapar un bufido despectivo—. ¡Estás actuando como un acosador, papá, y deberías ser la última persona en quitarme mi libertad!

—No, Wesley no. Y no es mi intención quitarte nada, Riley. Sólo quiero que seas feliz y estés a salvo. ¡No puedo perderte después de lo de tu madre!

Por fin. Por fin estamos hablando del verdadero problema que normalmente ignoramos. Él nunca ha hablado de cómo le afectó la muerte de mamá, y yo he evitado meter el dedo en la llaga. En lugar de eso, nos hemos enfrentado como dos arietes, chocando con toda nuestra fuerza, sin percatarse que hace tiempo el castillo por el que luchan se redujo a escombros.

—No has superado la muerte de mamá, me doy cuenta, pero yo también la echo de menos. Cada día, cada minuto. Y estoy sufriendo tanto como tú, y tengo miedo de perderte también. ¡Pero no por eso tienes que volverte loco e intentar controlar mi vida! ¿No ves que me has alejado haciendo precisamente eso? ¿Que simplemente no podía soportar estar aquí contigo? Puedo entender que eches de menos a mamá y que tengas miedo de perderme a mí también, ¡pero vas camino de hacerlo! Si no dejas que Colter entre en mi vida, papá, tendré que dejarte a ti fuera de ella.

—¡Riley! —El pánico parpadea en su mirada.

Siento haber tenido que herirlo así, pero quizá ahora por fin haya una oportunidad de que se dé cuenta de verdad.

—Sí, tienes razón, tengo miedo por ti. Siempre. En todo momento. Miedo y pánico. Porque eres todo lo que me queda, y sí, me doy cuenta de que a menudo he ido demasiado lejos en mis esfuerzos por protegerte, pero en lo que respecta a Colter, tengo razón. Wesley sólo dijo que los vio juntos. Sé por otra fuente que Colter te engañó. —Con eso, saca su celular y parece buscar alguna evidencia en él.

Confundida, mantengo mi mirada fija en su teléfono. Está buscando alguna publicación en redes sociales.

El título en negrita dice:

“Así de salvaje se pone Colter Williams tras su victoria contra los Houston Hunters."

Y las fotos muestran a Colter. Con cinco mujeres más o menos desnudas. Besa a una de ellas mientras su mano descansa sobre el trasero de una segunda, una tercera se sienta desnuda a horcajadas sobre su regazo y las dos restantes están desnudas frente a él.

¡¿La victoria contra los Houston Hunters?! Ese partido fue... anteayer.

Me siento mal. ¿Es por eso por lo que Colter se puso pálido antes? ¿Es por eso por lo que se echó atrás tan rápido y se fue? ¿Era todo mentira? ¿Lo que dijo sobre su pasado? ¿Sus historias cambiantes sobre Emily? Pero, sobre todo, ¿sus sentimientos por mí?

—Lo siento —dice mi padre, con la voz quebrada—. Realmente desearía que las cosas fueran diferentes.

Ni siquiera soy capaz de asentir, hundiéndome contra la encimera. Un vaso cae al suelo y se rompe en mil pedazos. Igual que acaba de hacerlo mi corazón.

Capítulo 23

Colter

Mi ira es como un volcán a punto de hacer erupción. Y Wesley va a sentir esa explosión. ¿Qué se cree que está haciendo ese maldito idiota?

Pero mi ira hacia Wesley ni siquiera es lo peor. Si no, la gran culpa que siento hacia el entrenador DeLuca.

Las palabras del padre de Riley sobre lo mucho que lo había defraudado me golpearon hasta la médula. Porque tenía razón. Me dio su confianza, fue el único que creyó en mí, y como nunca tuve un padre que se comportara como tal, veía a DeLuca como una especie de figura paterna.

Lo mucho que lo había decepcionado y molestado me golpeó con fuerza y me dejó sin habla por un momento. Podía sentir toda la sangre dejando de mi cara. Pero eso no significa que vaya a renunciar a Riley sin luchar. Aunque preferiría que no hubiera que luchar. Ya ha perdido a su madre, ¿cómo puedo quitarle a su padre? Y luego está Emily. De repente soy responsable de una niña. Y puedo entender por qué el entrenador se asustó. Yo probablemente habría reaccionado de la misma manera.

Dios mío, ¿cómo ha podido complicarse tanto mi vida en tan sólo unas semanas?

Pero al menos una cosa puede resolverse fácilmente y sin tener que hablar: el ajuste de cuentas con Wesley.

—¡Wesley! —grito por el pasillo del centro de formación, pero no hay respuesta, aunque sé que Ernie está aquí también. Vi el auto de Wesley en el estacionamiento. Aparte del personal, es el único que sigue aquí a estas horas de la noche.

Mi ira contra él no conoce límites mientras pisoteo los pasillos. No me he metido en una pelea desde el instituto, me impuse la norma de no responder nunca a las provocaciones con violencia física, pero ahora mismo me apetece romper esa norma, pero ¡demasiado! No es en sí porque Wesley le dijera al entrenador de que Riley y yo estábamos juntos. Es porque sólo lo hizo para deshacerse de mí, para reemplazarme.

Por fin oigo ruidos, metálicos. Wesley debe de estar en el gimnasio. Sigo el sonido hasta la puerta, que está entreabierta, y estoy a punto de abrirla de un tirón cuando oigo su voz; parece que está hablando por teléfono.

—Lo sé, cariño. Por supuesto que las deudas son increíblemente altas, yo también me doy cuenta, pero confié en él. ¡Por Dios, él era responsable de mis finanzas! ¿Cómo podría haber adivinado que pondría mi dinero en negocios dudosos y...? No... Olvídalo... Nunca volveré a ver ese dinero. Deja de llorar, por favor. Y deja de preocuparte, puedo arreglar esto. Sólo tengo que entrenar más duro para volver a mi antigua forma. Entonces el próximo contrato nos salvará, seguro, yo... —Se interrumpe. ¿He hecho ruido? Al momento está de pie en la puerta, con el celular pegado a la oreja, y sus ojos se abren de par en par al verme—. Tengo que irme, cariño, te llamaré más tarde.

Cuelga y nos quedamos mirándonos sin movernos durante minutos. Mis puños siguen cerrados. Respiro hondo.

—En realidad, no deberías salir de esta habitación sin un ojo morado —digo despacio—. Pero... ¿qué tal si en vez de eso trabajamos juntos regularmente el manejo del balón? —Vuelvo a abrir los puños.

Me mira con la boca abierta, incrédulo, y luego se aclara la garganta.

—Bueno, aunque la decisión sea realmente difícil, me inclino más por el manejo del balón. —Sonríe irónicamente y respira hondo—. Gracias, Colter.

—Al menos durante los entrenamientos... —añado resignado—. Porque DeLuca definitivamente no me utilizará en un partido en lo que queda de temporada.

—Oh. Mierda. Estaba convencido de que sólo bromeaba sobre su hija. Lamento haberle contado lo tuyo con Riley, de verdad. Estaba teniendo un día de mierda total y… sí, estaba cabreado porque eres jodidamente bueno, lo admito. Tan bueno como yo era antes, pero nunca volveré a serlo después de esta miserable lesión. Realmente no esperaba que reaccionara tan fuerte.

Lanzo un suspiro resignado.

—Hubiera preferido decírselo yo mismo y el momento fue muy desafortunado, pero el hecho es que Riley y yo estamos juntos e íbamos a tener que decírselo en algún momento de todos modos.

—¿Y ahora?

—Riley y su padre están hablando ahora mismo. —Miro nervioso mi móvil. Aún no he recibido ninguna llamada suya.

Para superar mi nerviosismo, cojo una de las pelotas de baloncesto de la cesta que hay junto a la puerta y hago un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

—Bueno, a ver si puedes seguirme el ritmo.

Una hora más tarde sudábamos a mares, pero Riley seguía sin llamar.

¿De verdad puede ser que hable con su padre durante tanto tiempo?

Intento llamarla, pero no contesta. Un poco más tarde vuelvo a intentarlo. De nuevo sin éxito. Finalmente, no aguanto más.

—Tengo que irme —le digo a Wesley, intercambiamos un choque de puños y me apresuro hacia la puerta.

—¿Colter?

Me detengo y miro hacia atrás por encima del hombro.

—¿Hm?

—Eres muy bueno y claramente el mejor de los dos para el puesto de líder. Muchos tienen talento, pero pocos tienen grandeza. Siento mucho haberme dado cuenta demasiado tarde. Haré todo lo posible para que DeLuca también se dé cuenta.

—Gracias, Wes —digo en voz baja y me apresuro hacia mi moto.

Cuando vuelvo a la casa de Riley, ya es de noche.

Una vez más, la mujer a la que Riley llamaba Yvette me recibe, pero está completamente alterada.

—¿Es ella? —La voz de DeLuca resuena por toda la casa en cuanto Yvette abre la puerta.

¿Ella? ¿A quién se refiere?

Al momento siguiente, DeLuca llega corriendo, jadeando, se ve preocupado.

—¡Tú! ¿Por qué sigues aquí? ¿No has hecho suficiente?

Levanto las manos en señal de aplacamiento y doy un paso atrás.

—Por favor, entrenador, escuche. Sí, estoy con su hija. Pero voy en serio con ella y lo único que lamento es haber defraudado las expectativas que usted tenía puestas en mí y que sienta que he traicionado la confianza que me dio. Esa nunca fue la intención y yo...

—¡Ya basta! ¡Basta! —me interrumpe—. ¿Te atreves a pronunciar este sermón a pesar de todas las pruebas?

—¿Qué? ¿Pruebas de qué...? No he hecho nada...

—¡Esto de aquí! ¿Cómo vas a negar esto? —Molesto, me pone delante de las narices la pantalla de su teléfono celular. Tardo un momento en reconocerlo. Cuando lo hago, se lo arrebato, atónito. Las fotos. El maldito canal de chismes al que no fui para la entrevista las ha publicado las fotos en las redes.

—¡Eso es mentira! ¡No es verdad! Las fotos son de antes que conociera a Riley. —Me apresuro a sacar mi celular, marco el número de Holden y se lo tiendo al entrenador—. Tome... por favor... pregúntele a Holden si no me cree. Le confirmará que estas fotos fueron tomadas en un club de striptease durante la despedida de soltero de un amigo. Eso fue hace muchas semanas. Desde que conocí a Riley, ¡todo ha sido sobre ella para mí! ¡Por Dios, me quedaré en la banca el resto de mi contrato sin que me dejen jugar! Aunque no hay nada más importante para mí que jugar en los Miami Flames, ¡preferiría renunciar a eso, al dinero y a la fama antes que a Riley!

El entrenador me mira fijamente, luego al celular, desde cuyo altavoz se escuchan las confusas preguntas de Holden.

De repente, DeLuca me aparta la mano con el celular, se hunde impotente contra el marco de la puerta y de repente parece años más viejo.

—De todas formas, ya no importa —susurra. Nunca lo había oído susurrar y un escalofrío me recorre la espalda. DeLuca siempre es colérico y ruidoso, independientemente de si algo iba bien o mal. Verlo así delante de mí me da mala espina.

—¿Dónde está Riley? —pregunto alarmado.

—Se ha ido.

Estoy helado.

—¿Qué? ¿cómo? ¿A dónde?

—No lo sé. Ella... Cuando vio el artículo, salió corriendo de casa completamente angustiada y desesperada. Sin su celular, no sé dónde está, cómo localizarla o cómo encontrarla.

—¡La buscaré! —exclamo asustado, queriendo correr hacia mi moto, pero él me agarra del brazo.

—Por favor, tráemela de vuelta. Por favor. Dile que me arrepiento de todo, que no volveré a interferir en su vida. Lo más importante para mí es no perderla a ella también.

No puedo decir nada, sólo asentir. El miedo me consume.

¿Por dónde empiezo? ¿Cómo puedo encontrarla?

Pero de repente, un recuerdo pasa por mi mente.

Enciendo mi moto.

Capítulo 24

Riley

La iluminación nocturna bajo la superficie del agua da vida a la piscina veneciana.

El suave vaivén del agua proyecta un ballet de brillantes reflejos azul verdoso sobre la arquitectura mediterránea circundante. Tocan suavemente el puente elegantemente curvado y bailan a través de la pintoresca gruta rocosa, que parece la entrada a un mundo de cuento de hadas. Un cuento de hadas como en el que, por error, creí estar.

Este lugar es precioso durante el día, pero impresionante por la noche. Aunque esta piscina histórica está cerrada a esta hora del día, aún sé por dónde es más fácil trepar por la valla de hierro.

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada al borde de la piscina, con las piernas recogidas y los brazos rodeándome las rodillas. Con la esperanza de que este lugar, donde tanto me gustaba estar con mi madre, me ayude a encontrar un camino a través del caos que llevo dentro.

El comportamiento de papá ya era demasiado. El comportamiento de Colter fue la gota que derramó el vaso. Una vez más, mi cabeza y mi corazón no quieren apuntar en la misma dirección. Sin embargo, tomo una decisión, respiro hondo y me pongo de pie.

Sin embargo, escucho una maldición pronunciada en voz baja desde algún lugar detrás de las palmeras junto a la valla que me hace darme la vuelta. ¿Es la seguridad? Suele empezar sus rondas mucho más tarde. Sobresaltada, quiero huir entre los edificios cuando una voz me hace detenerme.

—¿Riley?

Me congelo.

—¿Colter?

—¡Riley! ¡Gracias a Dios!

Se apresura hacia mí entre los árboles.

—Riley, por favor, no te engañé, esas fotos son de hace varias semanas y el post es falso, porque yo...

—Colter. —Levanto las manos en señal de defensa.

—...digo la verdad, tienes que creerme, es...

—¡Colter!

—... no ha habido otra mujer para mí desde que te conocí. Eres tú quien ve a la persona que hay en mí. Eres tú con quien puedo ser yo mismo. Es en ti en quien pienso durante el día y con quien sueño por la noche. Tú puedes...

—¡Colter, te creo! —Le agarro de las manos para sacarlo de su idea.

—...llamar a Holden y te confirmará que estas fotos son... espera. ¿Qué has dicho? —Me mira

fijamente, perplejo.

—Te creo, Colter.

—Pero... pero... ¿sólo así? —Atónito, me mira fijamente.

—Tal cual.

—¿No... no quieres hablar con Holden por teléfono primero?

—No.

—¿O con el tipo en cuya estúpida despedida de soltero se tomaron esas miserables fotos hace muchas semanas?

—No.

—Pero... —Traga con fuerza, como si luchara contra un nudo en la garganta—. ¿Por qué?

Respiro hondo.

—Porque mi corazón me lo dice.

Esto lo deja sin habla por un momento. Pero sus ojos brillan en el siguiente.

—Gracias —susurra, se lleva mi mano a sus labios y me da un beso en la palma y cierra los ojos un momento mientras él respira hondo... y a mí se me llenan los ojos de lágrimas de la emoción.

—No te imaginas lo que significa para mí —dice en voz baja, y cuando vuelve a abrir los ojos, hay una ternura infinita en su mirada—. Yo... como sabes, no soy muy bueno expresando mis sentimientos con palabras, pero quiero que sepas que renunciaría a todo lo que ha sido lo más importante de mi vida por ti. Que tu padre me exilie a estar en la banca el resto de mi contrato, me eche del equipo y arruine mi carrera. No me importa. Lo principal es que te tengo a ti.

Las estrellas del cielo parecen titilar contra el agua, pero no pueden brillar ni de lejos tanto como yo en este momento.

—Te equivocas.

—¿Qué? —Sorprendido, su mirada va y viene entre mis ojos—. ¿Qué quieres decir?

—Realmente eres bueno expresando tus sentimientos con palabras. O en cualquier caso, ha sido lo mejor que he escuchado.

Exhala el aire que ha estado conteniendo con alivio y me atrae suavemente hacia él.

—¿De verdad? ¿Así que no necesito decir las famosas dos palabras?

—Oh, puedes decirlo de todos modos —respondo y pongo mis manos en sus mejillas con una sonrisa.

Respira hondo, me acerca y, por fin, vuelve a tener esa línea traviesa en la boca que tanto me gusta.

—¿Chocolate o yo?

Me río, y con lágrimas de felicidad en los ojos, me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos.

—Definitivamente tú.

—Que alivio —dice con una sonrisa, se inclina hacia mí y me besa con una intimidad que no necesita más palabras.

Epílogo

Colter

Una vez más, la tensa expectación me pone los pelos de punta. Una vez más, el aire frente a la puerta del estadio brilla de tensión, el ambiente está cargado.

El entusiasmo de veinte mil personas por el espectáculo de las animadoras no consigue distraerme de mi nerviosismo.

Aunque Holden consiguió convencer al padre de Riley de que la publicación de The MIA-TRENDS era mentira, había tenido sus reservas a la hora de mantenerme en el equipo. Le preocupaba que la conexión entre Riley y yo causara resentimiento en el equipo, distracciones para mí y malas decisiones para él. Pero me dio otra oportunidad para demostrarle que estaba equivocado después de que Riley y Wesley lo convencieran. No sólo sigo en el equipo, sino que también estoy en el quinteto titular. Pero esta vez es significativo. Este es el partido más importante de mi vida. No sólo por el baloncesto, sino también por el bien de Riley. Para que ella y su padre puedan seguir construyendo su relación, ya que él también está haciendo claramente un esfuerzo, incluso yendo a Lorenzo's con ella regularmente para hablar de sus estudios y de su día. Y para que ella no haya trasladado en vano sus estudios a Miami para estar conmigo. Porque su padre no se había opuesto a esto último desde aquella noche. Nunca habría creído que nuestro duro entrenador pudiera llorar, pero cuando me planté ante su puerta con Riley, las lágrimas corrieron por sus mejillas como torrentes de alivio. No sólo abrazó a Riley con fuerza, sino que le prometió que la dejaría vivir su vida como ella quisiera. Evidentemente, el miedo a perder a su hija había sido curativo para él.

—Colter. —El entrenador me pone la mano en el brazo y me estremezco—. Concéntrate.

Respiro hondo y asiento con la cabeza. Luego se dirige a los demás.

—¡Denlo todo, chicos! Sólo si ganamos ahora llegaremos más lejos, ¡pero somos un equipo! Podemos hacerlo.

En ese momento, las luces se apagan, los vítores estallan brevemente, pero enseguida se apagan de nuevo y se hace un silencio expectante. Cuando se reproduce la secuencia del saque de banda en las pantallas gigantes, el rugido del público hace temblar las gradas de tal manera que puedo sentir las vibraciones bajo mis pies.

La tensión aumenta, nos chocamos los cinco y cada uno aprovecha los últimos segundos para entrar en ambiente con su propio ritual. Y esta vez, yo también tengo uno. Giro la banda de sudor de mi muñeca y miro la foto impresa en el interior. Riley rodea con el brazo a Emily, quien está acurrucada contra ella, y las dos se ríen a la cámara. Riley tiene un don con los niños, quiere a

Emily tanto como yo, y ha conquistado su corazón tanto como el mío. Aún me cuesta creer cómo todo ha encajado. Sonrío y le doy un beso a la foto.

—Y aquí están, los Miamiiiiiiiii Flaaaaaames —suenan los altavoces y el estadio tiembla aún más violentamente por los vítores. Me ajusto la cinta del sudor, respiro hondo y dirijo la mirada hacia la puerta del estadio—. Nuestro base: Colteeeeeer Williaaaaaaaaams.

Veinte mil personas rugen de entusiasmo mientras corro por el arco formado por las animadoras, las luces parpadean, la gente viste nuestras camisetas, agita banderines y pancartas.

Y cuando esta vez entro corriendo en el estadio, la adrenalina recorre por fin mi cuerpo como antes.

***

Riley

Estoy al borde de un infarto, como la mayoría del público, por no hablar de mi padre.

Estamos a dos puntos y los últimos segundos ya están corriendo.

La tensión casi me mata, no aguanto más en mi asiento, le grito a Colter que creo en él, aunque él no puede oírme, claro, porque parece que toda la sala ruge y delira.

Los adversarios tienen a Colter clavado en tres a la vez. Colter busca un hueco en la defensa, decide en una fracción de segundo entre todas las jugadas posibles y pasa el balón a Kiano a sus espaldas, pero luego se lanza a la carrera mientras Kiano pasa el balón a Emerson, que lo pasa de nuevo a Colter, como probablemente había planeado. Sin embargo, el número 23 rival lo ve venir y se lanza a por Colter. Con un salto, Colter intercepta el balón en el último momento y lo convierte con un gancho, un lanzamiento con el brazo extendido que es casi imposible de defender, pero que suelen realizar los centros y los ala-pívots. Nadie esperaba que lo hiciera. ¡Y desde la línea de tres puntos! Si entraba, ganaban por un punto.

Sonó la bocina, pero el balón ya había salido de la mano de Colter, por lo que una posible canasta seguiría contando. Toda la sala contiene la respiración, mi corazón martillea contra mis costillas con tal fuerza que literalmente duele, mientras yo no puedo apartar los ojos del balón, que se desplaza en un arco alto y...

¡Sí!

Ni siquiera tocó el aro cuando entró. ¡Un golpe perfecto!

¡Ganamos!

Grito de alegría, aunque ya estoy afónica, saltando en mi asiento como una loca, mientras a mi alrededor la gente se abraza en un frenesí de alegría.

Colter aprieta el puño en un gesto de victoria, sus ojos buscan los míos y ríe feliz cuando los encuentra.

Wes, que estaba en la banca, corre a la cancha y se abalanza sobre él, animando igual que los demás chicos, para chocar los cinco con él, darle un puñetazo en la parte superior del brazo o envolverlo en un abrazo que a otros les habría sacado el aire de los pulmones. Corro hacia mi padre y primero lo abrazo a él, que también grita de felicidad y alivio, riendo, e incluso abraza a Stanley, que deja caer sus notas conmocionado, y luego voy a la cancha, hacia Colter. Se separa de la multitud de sus compañeros, corre hacia mí, me envuelve en sus brazos y me hace girar rápidamente mientras ambos reímos y gritamos de felicidad.

—¡Lo hiciste! ¡Lo conseguiste! —le aclamo sin cesar y le colmo la cara de besos.

—¡No, lo conseguimos! —contradice riendo, dejándome en el suelo y tomándome las manos entre las suyas—. Escucha, Riley, siempre pensé que esta euforia indescriptible que siento ahora mismo sólo se produce al ganar, pero eso no es cierto. El baloncesto ha sido mi vida, mi pasión, mi amor. Pero ahora eres tú. Significas más para mí que cualquier victoria, cualquier trofeo o cualquier título.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me corren por las mejillas de la emoción.

—¿Sabes qué, Colter? Estoy sobria y sé exactamente lo que quiero.

—Es bueno saberlo. ¿Y eso sería?

—A ti. Para siempre.

—Ja. Sabía que no serías capaz de resistirte a mí.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Cállate y bésame de una vez.

—Primero tengo que decir algo.

—¿Qué?

—Te amo, Riley.

La felicidad estalla en mi pecho y lo atraigo hacia mí para demostrarle todo el amor que siento por él.